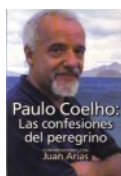


PAULO COELHO: LAS CONFESIONES DEL PEREGRINO



(CONVERSACIONES CON JUAN ARIAS)

1999

Este libro fue pasado a formato digital para facilitar la difusión, y con el propósito de que así como usted lo recibió lo pueda hacer llegar a alguien más. HERNÁN



Para descargar de Internet:
"ELEVEN" – Biblioteca del Nuevo Tiempo
Rosario – Argentina

Adherida a: Directorio Promineo: www.promineo.gq.nu
Libros de Luz: <http://librosdeluz.tripod.com>

Índice

La conversación en Copacabana ¿Quién es Paulo Coelho?

- I. LAS SEÑALES
- II. MANICOMIO, CÁRCEL Y TORTURA
- III. LA VIDA PRIVADA
- IV. POLÍTICA Y ÉTICA
- V. LO FEMENINO
- VI. LA MAGIA
- VII. LAS DROGAS
- VIII. LA CONVERSIÓN
- IX. EL ESCRITOR
- X. LOS LECTORES
- XI. PAULA, ANA Y MARÍA

© 1999, Juan Arias

Primera edición: marzo de 1999

Primera edición argentina: junio de 1999

LA CONVERSACIÓN EN COPACABANA

Estas conversaciones-confesiones con Paulo Coelho tuvieron lugar en su casa de Río de Janeiro, frente a la espléndida playa de Copacabana, a primeros de julio de 1998, en plena fiebre del Mundial de Francia, de manera que sólo se vieron interrumpidas para que el escritor no dejase de ver los encuentros sobre los cuales debía informar para la prensa francesa.

Durante aquellas largas conversaciones, Coelho abrió su alma y desveló, por vez primera, momentos dolorosos de su pasado, como la travesía por los desiertos de las drogas, de la magia negra y satánica, el manicomio, la cárcel y la tortura. Al término de las conversaciones, manifestó su deseo de no tener que volver a hablar de su vida en los próximos veinte años.

En aquellos encuentros participó mi compañera, la escritora y poeta brasileña Roseana Murray. Al principio, tenían lugar por la tarde, después de que Coelho hubiese dado su habitual paseo por la playa, nada más

levantarse. Porque el escritor trabaja durante la noche, se acuesta al amanecer, duerme por la mañana y dedica la tarde a encontrarse con la gente y a revisar los montones de correspondencia, fax, mensajes electrónicos y llamadas de teléfono que le llegan desde los cuatro puntos del mundo.

Por eso, nuestras conversaciones -que se realizaban en su dormitorio, situado en la parte de la casa que da a la playa de Copacabana, y donde tiene instalado su ordenador- se veían interrumpidas muchas veces por los mensajes que recibía continuamente. A veces esos mensajes se oían amplificados por un altavoz. Coelho aguzaba el oído y, según de qué se tratase, se levantaba o no a contestar. Una de las veces dijo: «Perdonad, pero me anuncian que me va a llegar un fax de Boris Yeltsin invitándome a ir a Moscú.»

Alguna tarde quiso abrir la abultada correspondencia que recibe cada día para comentarla con nosotros. Suelen ser cartas de gente anónima, a veces de muchas cuartillas, que le hablan de lo que sienten leyendo sus libros, que le piden las cosas más peregrinas y que se confiesan con él como con un mago bueno. Aquella tarde, entre las docenas de cartas había también una del ministro del Ejército de Brasil. Le decía que había leído su libro *El guerrero de la luz*. «Esto no es normal», dice Coelho. «La gente importante no se molesta en escribir, aunque cuando se encuentran conmigo me dicen que leen mis libros, como hizo Shimon Peres, durante el congreso de Davos, en Suiza, en la reunión de los grandes genios de la economía mundial, a la que este año me invitaron para que les hablase.»

Comentando aquel encuentro en Davos, al que por parte de Brasil fueron invitados sólo Coelho y el presidente de la República, Fernando Enrique Cardoso, el escritor diría en estas conversaciones que los «verdaderos juegos de *magia*» los *realizan* hoy los economistas y los financieros y no los pobres magos de profesión.

Aquella vista sobre el mar de Copacabana, que iba adquiriendo todos los tonos de azul a medida que la tarde se iba echando encima, hizo que Coelho usara con frecuencia la imagen del mar para responder a nuestras preguntas. Lo hizo siempre en español, una lengua que ama y domina. El autor de *El Alquimista* no es hombre de medias tintas; es más bien de extremos, pasional, acostumbrado a lo que él llama «el buen combate», a quien no le importa polemizar, aunque le distingue siempre una enorme sencillez, que no le hace sentirse seguro de nada, que le lleva a saber escuchar y a admitir que ha podido equivocarse.

Una tarde hubo que interrumpir durante una hora la conversación porque había llegado una representante de su editorial de Brasil con un fotógrafo profesional, que debía realizar toda una serie de nuevas fotografías para el lanzamiento de su última novela, *Verónica decide morir*. Quiso que asistiéramos a aquella sesión fotográfica que le inmortalizó en todas las poses, incluso descalzo, sentado con las piernas cruzadas en su mesita del ordenador. Observando la maestría del fotógrafo, era evidente que iban a ser las mejores fotografías que se le habían hecho hasta entonces. Por eso, la editora le comentó: «Y ahora, ¿qué hacemos con las fotos anteriores?» Coelho contestó: «Puede enviarlas a los periódicos de provincia.» En aquel momento, mi compañera, Roseana, le recriminó con cariño: «Paulo, estás haciendo como el Primer Mundo rico hace con nosotros: enviarnos su basura.» Coelho no lo pensó dos veces: «Tienes razón, Roseana», y pidió que se prescindiera de las fotos anteriores y que se enviaran las nuevas también a los periódicos de provincias.

Días después comentaba yo este episodio con el teólogo Leonardo Boff, en su nueva casa en medio de la floresta de Itaipava, cerca de Petrópolis. Boff siempre ha defendido a Coelho contra sus críticos, porque considera que en un mundo tan distraído y frío él despierta con sus libros el amor por el misterio y por el espíritu. Oído el episodio de las fotos, Boff comentó: «Siempre aprecié a quienes no temen reconocer sus errores. Supone, en definitiva, grandeza de alma.»

Durante los últimos días, las conversaciones tuvieron lugar de noche. Coelho, acostumbrado a trabajar cuando la gente empieza a dormir, se siente fresco como una rosa. Más comunicativo incluso. Interrumpíamos sólo

cuando a nosotros nos podía el cansancio. Si de él dependiese, hubiésemos continuado toda la noche. Sólo había un momento en que el escritor hacía una pausa: a medianoche. Es una hora ritual para él, al igual que las seis de la tarde, al caer el sol. Pide unos segundos de silencio para un momento de oración.

En aquellas noches, más íntimas, más de confesiones, participaban a veces otras personas. Su mujer, Cristina, delicada y discreta, preguntaba siempre si podía quedarse a escuchar. En un cierto momento, Coelho le dice: «Estáte muy atenta porque vas a oír cosas que ni tú has escuchado nunca, ya que he decidido contarlo todo, desnudarme, para que todos sepan quién he sido y quién soy, y no se me construyan personajes falsos.»

Por la noche manteníamos nuestras conversaciones en la sala del comedor, en la parte opuesta de la casa. Sobre la mesa había siempre unas fuentes con tapas, a la española, de jamón y queso, regadas con un soberbio vino italiano. Todo invitaba a la confidencia. Y sobre todo, nadie del exterior interrumpía, porque a esas horas enmudecían teléfonos, fax y ordenadores varios. Y en la casa se masticaba el silencio, ausente durante el día por el acoso mundial al que se ve sometido el escritor más de moda en la actualidad.

En una de aquellas noches participaron en el encuentro tres jóvenes universitarias españolas: las hermanas Paula y Ana, y María, una amiga de ellas. Sus padres trabajan en una multinacional en Río de Janeiro, ellas estudian en Madrid y en las vacaciones se reúnen con sus padres. Las conocí en el avión, viniendo de Madrid. Al tener noticia de que iba a hacer un libro con el escritor Paulo Coelho se les iluminaron los ojos. Y cada una de ellas me mostró un libro del escritor que venían leyendo: eran *Brida*, *La Quinta Montaña* y *A orillas del río Piedra*. Observé en sus ojos que su sueño sería poder conocerle.

Coelho, que es muy sensible a ciertas señales, interpretó mi encuentro con aquellas tres jóvenes universitarias, que venían a Río leyendo sus libros, como un feliz auspicio para la tarea que teníamos entre manos.

El encuentro del escritor con las jóvenes universitarias fue no sólo emotivo sino también vivaz, atrevido y sincero. Y contó con una presencia de excepción: la de Mauro Salles, empresario de publicidad, intelectual y poeta, una personalidad muy respetada en Brasil, a quien Coelho considera como su padre espiritual. Suelen celebrar, junto con sus mujeres, el fin de año en la soledad de la gruta de Lourdes. Salles presenció el encuentro de Coelho con las jóvenes sentado entre ellas, tomando apuntes de lo que decían e interviniendo como uno más.

El escritor y mago Coelho es muy fiel a ciertos rituales y no los oculta. Así, la noche en que se decidió a abordar sus dolorosas experiencias del pasado con la magia negra y con los ritos satánicos, hizo apagar la luz eléctrica e iluminó la sala con velas de cera. «Así me siento más a gusto para hablar de estas cosas», comentó. Y contó todo, sin que yo necesitara casi hacerle preguntas, como si estuviese hablando consigo mismo, recordando viejas heridas de su alma.

Uno de los momentos de mayor tensión emotiva se produjo cuando, al relatar su experiencia espiritual en el campo de Dachau, en Alemania, que habría de cambiar radicalmente su vida, rompió a llorar. Tras unos momentos de silencio, para quitarle importancia, comentó: «Quizá he bebido demasiado.» Y el momento de mayor gozo fue cuando su mujer, Cristina, recogió una pluma blanca de ave de debajo de la mesa y se la entregó a su marido. «Mira, Paulo, lo que había aquí.» Y colocó la pluma sobre la mesa. Coelho, radiante, le tomó la mano a su mujer y le dijo emocionado: «¡Gracias, Cristina!» Y es que para él la señal de que va a nacer un nuevo libro suyo es la aparición fortuita a su lado de esa pluma blanca de ave. Y en aquel momento estábamos ya casi al final de este libro.

Quiso que terminásemos nuestras conversaciones en el mismo lugar donde habíamos comenzado, en su dormitorio, frente a la playa de Copacabana iluminada por el sol del dulce invierno de Río. Le pregunto si se considera un mago además de escritor, y responde: «Sí, soy también un mago, pero como lo son todos los que saben leer el lenguaje oculto de las cosas en busca de su destino personal.»

He querido mantener en el libro el carácter informal de conversaciones amistosas con el escritor. Conversaciones que a veces tuvieron su punta de polémica y otras de confesión por el clima de intimidad que se había creado. En un gesto de confianza, Coelho no ha querido revisar el texto dejándome toda la responsabilidad del mismo. Por ello, cualquier tipo de error que contenga será sólo culpa mía.

Agradezco de corazón a Mauro Salles, la persona que mejor conoce de cerca a Paulo Coelho, el apoyo moral e informativo que con gran generosidad me brindó para profundizar mejor en la compleja y rica personalidad del escritor brasileño.

Y a los lectores antiguos y nuevos de Coelho quiero asegurarles que fueron ellos, en todo momento, el objeto de atención del escritor. Los tuvo delante cada vez que emitía un juicio o revelaba una faceta desconocida de su vida rica y ajetreada. Ellos son, pues, los auténticos protagonistas y destinatarios de este libro.

¿QUIÉN ES PAULO COELHO?

Paulo Coelho, uno de los escritores más vendidos del mundo, nació en el barrio de Botafogo de Río de Janeiro, bajo el signo de Virgo, el 24 de agosto de 1947. Nació -cosa de la que se siente orgulloso- el mismo día, el mismo mes y bajo el mismo signo, aunque muchos años después, que su ídolo literario, Jorge Luis Borges. Para conocerle personalmente, después de haberse aprendido de memoria sus poesías, siendo aún muy joven, se subió a un autobús en Río de Janeiro y viajó durante cuarenta y ocho horas hasta Buenos Aires. Le encontró al cabo de no pocas peripecias y, cuando estuvo ante él, se quedó mudo. Le miró y pensó: «Los ídolos no hablan», y regresó a Río.

No niega que hay mucho de Borges en sus obras, empezando por *El Alquimista*, el libro que le ha hecho famoso en todo el mundo. Sin duda, fue el genial escritor argentino quien metió en la cabeza del entonces inquieto hijo de un ingeniero, Pedro Queima Coelho de Souza, el deseo de ser escritor, cuando en realidad su padre quería que fuese abogado. Por desobedecerle, acabaría internado en un manicomio.

En realidad, el niño Paulo, que llegó al mundo tras un parto difícil -lo que llevó a su madre, Lygia Araripe Coelho, profundamente religiosa, a bautizarle en la misma clínica donde había nacido-, soñó desde siempre con ser artista, algo que agradaba muy poco en su hogar de clase media alta. Quizá por ello le costaron mucho los estudios. A él le gustaba leer no sólo a Borges sino también a Henry Miller, y empezó a encariñarse con el teatro. Sus padres, al ver que no progresaba en los estudios, acabaron ingresándole en el entonces severo colegio jesuíta de San Ignacio, en Río de Janeiro, donde aprendió a ser disciplinado en la vida pero donde también perdió la fe religiosa. Que no había perdido, sin embargo, el gusto por la literatura lo demuestra el que ganara en el colegio su primer concurso de poesía.

Coelho fue siempre un inconformista, un buceador de cosas nuevas, lo cual le llevó a probar todo lo bueno y lo malo que se le presentaba en su camino. Cuando en plena fiebre del 68 nacen los movimientos guerrilleros y hippies, el futuro escritor se enamora de Marx, Engels y Che Guevara. Participa en comicios y manifestaciones callejeras. Se introduce en todos los movimientos progresistas y forma parte de la generación Paz y Amor.

Es en este momento cuando Coelho empieza a poner en crisis su ateísmo y sale en busca de nuevas experiencias espirituales recurriendo a drogas y alucinógenos, a sectas y a magias, viajando por toda América latina tras las huellas de Carlos Castañeda.

Al final hace caso a su padre y se matricula en la Facultad de Derecho, en la Universidad de Río de Janeiro. Pero pronto abandonaría los estudios para dedicarse al teatro, su nuevo sueño. Con el dinero que gana como actor y,

tras escapar del manicomio, marcha a Estados Unidos, donde los movimientos hippies le ayudan cuando se le *acaba* el dinero.

Su pasión continúa siendo la escritura y así escarcea con el periodismo y funda una revista alternativa con el título de *2001*. La revista sobrevivió sólo dos números, pero fue para él de enorme importancia ya que, a través de uno de los artículos, entró en contacto con el productor musical Raúl Seixas, para quien acabaría escribiendo cientos de letras para sus canciones. Fue su primer gran momento de gloria. El cantor se movía a nivel de multinacional y Coelho empezó a ganar tanto dinero con sus letras que acabó comprándose cinco pisos. Escribió también en el diario *O Globo* de Río hasta que, en 1974, publica su primer libro sobre el teatro en la educación.

Son también los tiempos más duros de sus experiencias de magia negra, inspirada en Aleister Crowley. Una experiencia de las más duras y difíciles de su vida, de la que habla a fondo en este libro de confesiones. Cuando consiguió liberarse de aquellas cadenas de la magia negra, que le estaban llevando al borde del abismo, le tocó vivir otra de las experiencias más duras de todas: su secuestro y la tortura a manos de un grupo de paramilitares en la época de la dictadura brasileña.

Escapó con vida de aquel secuestro y de las duras torturas sufridas casi de milagro. Decidió entonces poner punto final a la locura de las drogas y la magia negra y se propuso emprender una vida normal trabajando con varias casas discográficas. Pero, en 1976, de nuevo el gusanillo del escritor le roe por dentro y se traslada a Inglaterra como corresponsal de algunas revistas brasileñas, y decide relatar su vida, a lo que dedicó un año. Sin embargo, antes de regresar a Brasil, olvida sus manuscritos en un pub de Londres y su vida queda sin publicar.

Después de tres matrimonios fallidos, en 1981 se casa con la que aún es su feliz esposa, Cristina Oiticica, una pintora con la que iba a compartir los grandes éxitos de su vida como escritor de fama mundial. Pero su pasión por los viajes, a la búsqueda de su misión personal, no se había apagado. Con el dinero que tenía, emprende un viaje de seis meses por todo el mundo hasta que en Alemania, en un campo de concentración, tendría una experiencia espiritual muy intensa que imprimiría un nuevo cambio en su vida, devolviéndole la fe católica de sus padres. Es el momento en que, con su maestro espiritual, recorrerá durante cincuenta y cinco días los setecientos kilómetros del camino de Santiago de Compostela, como los viejos peregrinos medievales.

La experiencia del camino de Santiago le empujó a publicar el que sería su primer texto literario: el *Diario de un mago*. Tras éste llegarían sus otros libros, desde *El Alquimista* hasta el reciente de *Verónica decide morir*, que le consagrarían como uno de los diez autores con mayores ventas en el mundo, un escritor que suscita polémicas, odios y amores desenfrenados, pero que sigue adelante, sonriente y seguro, en su camino de intentar despertar en los hombres y mujeres de este final de milenio el gusto perdido por el misterio y por la magia, que salva del tedio y del desamparo en el seno de una sociedad mecanizada y aburrida.

Coelho suele decir que tiene dinero suficiente para tres reencarnaciones. Gana tanto que ha decidido dedicar cada año cuatrocientos mil dólares de sus derechos de autor a una fundación que lleva su nombre y de la que se encarga su mujer, Cristina, dedicada a ayudar a los niños abandonados de las favelas más miserables de Río, a los ancianos más desprotegidos, a promover la traducción a otras lenguas de autores clásicos brasileños y a la investigación de los orígenes paleontológicos de su Brasil que tanto ama y al que considera el país más mágico del mundo, porque, según dice, en él no existe diferencia entre lo profano y lo sagrado y nadie se avergüenza de creer en el espíritu.

CAPÍTULO PRIMERO

Las señales

«La señal es un alfabeto que desarrollas para hablar con el alma del mundo.»

Paulo Coelho es más que un escritor, cosa que muchos de sus críticos literarios no han entendido. Es un personaje polifacético y emblemático en este final de siglo. Sus libros son más que pura ficción, por eso desencadenan pasiones enfrentadas y adhesiones inquebrantables. De ahí también que sus relaciones con los lectores no sean las de un escritor cualquiera. Pude comprobarlo en Rio de Janeiro, en el Centro Cultural Banco de Brasil. Coelho, en el programa llamado Ruedas de lectura, fue a leer unas páginas de su libro La Quinta Montaña y a que el público -unas mil personas- le hiciera preguntas. Pues bien, el acto cultural se convirtió, a pesar suyo, en una sesión de psicoterapia colectiva, las preguntas deberían haber sido por escrito, pero se rompieron todos los esquemas, y la gente se levantaba para hablar directamente con él, confesando en público cómo alguna de sus obras había transformado sus vidas. Querían saberlo todo de él. Se le abrazaban llorando al acercarse para que les firmara un libro, una operación que duró varias horas con una suerte de aventuras provocadas por su sola presencia.

Para Coelho, su vida está hoy centrada fundamentalmente en ser un escritor, algo por lo que luchó toda la vida y que ha conseguido por encima de sus mismas expectativas. Vero es un escritor a quien le gusta sumergirse en la vida, escudriñarla, leer el alfabeto secreto del universo, las señales que nos envían, como mensajes cifrados, las cosas que nos rodean.

Precisamente con una de esas señales comenzó nuestro encuentro en Rio de Janeiro. La primera cita estaba fijada para las dos de la tarde. Estaba programada desde hacía seis meses. Cuando llegué a su casa, a orillas de la playa de Copacabana, el portero me dijo que aún no había regresado de su paseo matutino por la playa, un paseo que aprovecha para saborear el agua de un coco y saludar a la gente que, al reconocerle, se le acerca para hablar con él. Me senté a esperarle en el bar que está junto a su casa. Llegó con media hora de retraso, sonriente pero preocupado. Y antes aún de encender el magnetofón que recogería nuestras conversaciones, se apresuró a contarme lo que le había sucedido ya que lo consideraba como una de esas «señales» que te obligan a reflexionar en la vida. Se trató de algo que le impresionó tan poderosamente que lo hizo tema de uno de sus artículos dominicales del diario O Globo de Río de Janeiro, titulado «Un hombre tumbado en el suelo», que transcribimos a continuación:

«El día 1 de julio, a las trece horas y cinco minutos, un nombre de unos cincuenta años estaba tumbado en la acera de la playa de Copacabana. Yo pasaba por allí, le eché una ojeada rápida y continué mi camino en dirección a un chiringuito donde cada día suelo beber agua de coco.

»Como carioca, ya crucé centenares (¿millares?) de veces ante hombres, mujeres y niños tumbados en el suelo. Y como persona acostumbrada a viajar, ya he visto esa misma escena en todos los países que he visitado -desde la rica Suecia a la miserable Rumania-, y las he visto en todas las estaciones del año: en el invierno helado de

Madrid, Nueva York o París, donde moran cerca del aire caliente que sale de las bocas del metro; en el suelo ardiente del Líbano y entre los edificios destruidos por la guerra. Personas echadas en el suelo -borrachas, desabrigadas, cansadas- no son una novedad en la vida de ninguno de nosotros.

»Tomé mi agua de coco. Tenía que volver en seguida, pues había concertado una cita con Juan Arias, del diario español *El País*. A mi regreso, vi que el hombre continuaba tumbado allí, bajo el sol, y que cuantos pasaban a su lado hacían como yo: miraban y seguían adelante.

»Sucede que -aunque yo no lo percibiese- mi alma estaba ya cansada de ver esa misma escena tantas veces. Cuando volví a pasar al lado de aquel hombre, algo más fuerte en mí me llevó a arrodillarme para intentar levantarlo.

»Él no reaccionaba. Yo ladeé su cabeza y había sangre cerca de sus sienes. ¿Y entonces? ¿Se trataba de algo serio? Limpié su piel con mi camiseta: no parecía nada grave.

»En aquel momento el hombre empezó a murmurar algunas palabras como: "Pídeles que no me peguen." Bien, entonces estaba vivo y yo tenía que levantarlo y llamar a la policía.

»Paré al primer hombre que pasaba por allí y le pedí que me ayudara a arrastrarlo hasta la sombra, entre la acera y la arena de la playa. Él dejó todo y vino a ayudarme. Su alma debía de estar también cansada de observar aquella escena.

»Una vez colocado el hombre a la sombra, me dirigí hacia mi casa. Sabía que allí cerca había un puesto de la policía y podía pedir ayuda. Pero antes me crucé con dos guardias. "Hay un hombre herido delante del número tal", les dije. "Lo he colocado en la arena, habría que llamar a una ambulancia." Los policías me dijeron que se iban a interesar. Bien, yo había cumplido con mi deber. ¡La buena acción del día! El problema estaba ahora en otras manos, ellos debían responsabilizarse. Yo pensaba que el periodista español estaría llegando a mi casa.

»Había dado apenas diez pasos cuando se me acercó un extranjero. Me habló en un portugués casi ininteligible: "Yo ya había avisado a la policía sobre aquel hombre", me dijo, "pero ellos me contestaron que si no se trataba de un ladrón no les concernía".

»No dejé que el hombre terminase de hablar. Me volví hacia los guardias, convencido de que me conocían como persona que aparece en la televisión y escribe en los periódicos. Me volví hacia ellos con la falsa impresión de que el éxito puede resolver muchas cosas. "¿Es usted alguna autoridad?", preguntó uno de ellos, viendo que yo pedía ayuda de manera más incisiva. No tenían ni la mínima idea de quién pudiera ser yo. "No", les respondí, "pero vamos a arreglar este asunto inmediatamente".

»Yo iba mal vestido, con mi camiseta manchada con la sangre del hombre, pantalón corto recortado de unos viejos vaqueros, sudando. Yo era para ellos un hombre común, anónimo, sin mayor autoridad que mi cansancio de ver gente tumbada en el suelo, durante años de mi vida, sin jamás haber hecho nada por ellos.

»Y aquello cambió todo. Existe un momento en que te encuentras más allá de cualquier miedo. Hay un momento en el que tus ojos miran de un modo distinto, y las personas entienden que estás hablando en serio. Los guardias me acompañaron y fueron a llamar a una ambulancia.

»De regreso a casa, recordé las tres lecciones de aquel paseo:

»a) Todos podemos detener una acción cuando somos aún puros; b) siempre hay alguien que te dice: "Ahora que empezaste, ve hasta el final." Y finalmente: c) todos somos autoridad cuando estamos absolutamente convencidos de lo que hacemos.»

J. A.-El tema de las señales, del tipo de la que acabas de vivir en la playa antes de encontrarnos, cómo reconocerlas, y qué pueden significar en nuestra vida, es un tema recurrente en tus libros. Vero ¿cuándo

consideras que se trata de una verdadera señal? Sería fácil leer señales en todas las cosas...

P. C.-Tienes razón, porque a fuerza de ver señales en todo podríamos acabar paranoicos. Mira, yo en este momento veo bordada una rosa en el bolso de Roseana, tu compañera, y ahí en el ordenador tengo a santa Teresita de Lisieux y una rosa. O podría ver eso como una señal muy concreta de complicidad hacia santa Teresa, pero entonces puedes volverte loco, porque ves un cigarrillo *Galaxy* y puedes pensar que tienes que hablar de las galaxias. Y no es eso.

-¿Qué es entonces una señal?

-La señal es una lengua, es el alfabeto que desarrollas para hablar con el alma del mundo, o del universo, o con Dios, o el nombre que le des. Como todo alfabeto, es individual, sólo aprendes equivocándote, y eso evita que globalices la búsqueda espiritual.

-¿Qué entiendes por globalizar lo espiritual?

-Mira, a mi juicio, en los próximos cien años la tendencia de la humanidad va a ir hacia la búsqueda de la espiritualidad. Veo que la gente hoy está ya más abierta a este tema que en el siglo que acaba. Hemos ido dándonos cuenta de que eso de que la religión es el opio del pueblo no aguanta, porque además quienes lo decían probablemente nunca habían probado el opio.

»Lo que ocurre es que cuando las personas empiezan a bucear en lo religioso, entran en un mar desconocido. Y, cuando nos hallamos hundidos en un mar que no conocemos, nos entra miedo y en ese momento nos agarramos a la primera persona que tenemos a mano para que nos ayude. Todos necesitamos conectarnos con los demás, estar en comunión con el alma de los otros.

»Pero al mismo tiempo necesitamos caminar con nuestros propios pies, como cuando haces el camino de Santiago. Lo emprendes a oscuras, sin saber qué vas a encontrar, aunque deseando encontrar pistas para hallarte contigo mismo, con tu destino. Y estas pistas nos llegan a través de un alfabeto más rico, que nos permite intuir qué se debe o no se debe hacer.

—Pero ¿no crees que el peligro es que veamos las señales que nos conviene o que nos puedan desviar del verdadero camino? ¿Cómo alcanzas la certeza de que estás ante una señal verdadera?

-No. Lo que ocurre es que al principio no creemos casi en nada; en un segundo momento pensamos que nos hemos equivocado; en el tercero todo nos parecen señales, y sólo al final, cuando una señal se cruza en nuestro camino una y más veces, sin buscarla, adviertes que estás ante un lenguaje que va más allá de la realidad.

-¿Podrías poner un ejemplo personal de algo que te haya ocurrido últimamente y que hayas interpretado como una señal?

-Os hablé antes de que tengo a santa Teresa de Lisieux ahí en mi ordenador. Os podrá parecer curioso, pero mi devoción a esta santa francesa, que murió casi niña, nació a través de un proceso parecido al que acabo de indicar. Yo no tenía nada que ver con ella. Pero poco a poco empezó a aparecer en mi vida. Leí un libro suyo y la sensación primera fue penosa: me pareció una pobre histérica.

—Un paréntesis. El primer libro que se escribió en Francia sobre la grafología de los grandes santos de la Iglesia causó escándalo. El resultado era que, de no haber seguido el camino religioso, aquellos grandes personajes venerados como santos hubiesen sido o grandes criminales, los varones, o grandes prostitutas, las mujeres. La explicación que dio entonces el grafólogo fue que se trataba de personalidades tan fuertes que, de no haber sublimado religiosamente sus pulsiones, podrían haber sido grandes asesinos o prostitutas.

-Sin duda alguna. Y eso no sólo pasa con los santos. Se dice que los mejores cirujanos tienen que tener una gran dosis de sadismo sublimada, de lo contrario no operarían bien. Como se dice que el buen psiquiatra tiene que tener por lo menos una pizca de locura.

-¿Y los escritores?

(Paulo Coelho se ríe y responde: «Yo creo que los escritores tenemos también algo de criminales, sobre todo los que escriben de misterio y crimen.»)

-Volvamos a tu santa Teresa. ¿Cómo empezó todo?

-Empezó el año pasado, unas semanas antes de conocerte a ti en Madrid. Yo volvía de Alemania. Era el padrino de un niño y el cura que ofició el bautismo empezó a hablarme de santa Teresa durante la cena y me dio un libro de ella. Lo dejé en el hotel, porque ya sabes lo incómodo que es cuando se viaja cargar con libros, y más si no te interesan. Pero antes de despedirme de él le pedí que me bendijera, porque tenía que emprender una gira muy larga. Me llevó a un rincón del hotel y me bendijo. Pero después se arrodilló él y me dijo: «Ahora bendíceme tú.» «¿Yo?», le dije sin entender nada, porque yo sabía que son los sacerdotes los que bendicen a la gente, no al revés. Pero él insistió y yo le bendije para no desagradarle.

»Allí empezó todo. Antes del Salón del Libro alguien se acercó a mí -yo ya había tirado el libro que me había dado el cura sin leerlo- y me dijo: «Tengo un mensaje de santa Teresa para ti.» Te hago un paréntesis para decirte que he llegado a un momento de mi vida en que me lo creo todo. Si alguien me dice: «Ven, que vamos a ver volar los caballos», yo voy. Mi primer impulso es dar un voto de confianza a la gente, aunque, eso sí, soy implacable con la mentira. Pero he visto ya tantos milagros en mi vida, que cuando aquel desconocido me dijo que me traía un mensaje de santa Teresa me lo creí.

-Pero tuvo que haber algo más para que lo entendieras como una señal de que esta santa iba a ser importante en tu vida.

-Claro, porque a partir de aquel momento fui descubriendo cosas que nunca hubiera imaginado. Por ejemplo, supe por mi padre -el que me recluyó en un manicomio cuando era muy joven- que mi madre había sido siempre muy devota de esta santa. Ahora están haciendo una película sobre mis viajes internacionales, es una producción franco-canadiense-americana, y el cámara me dijo en Japón -nunca habíamos tocado el tema-: «Estoy haciendo una película sobre santa Teresa, porque es mi santa de devoción, ¿puedes hablarme de ella? Sé que no crees en santa Teresa, pero...» «¡Cómo que no creo en santa Teresa!», le digo. Ésas son las señales. Te estoy contando la historia, porque en principio empiezas a rechazar y, después, cuando las señales se manifiestan, lo hacen en un lenguaje muy individual e inequívoco.

-¿Pero qué ocurre si te equivocas y sigues la pista de una señal falsa? ¿No puede eso estropear tu vida?

-Es un tema delicado e importante. Para mí, el peligro no consiste en que puedas equivocarte siguiendo una señal que al final resulte falsa. Para mí, el gran peligro en la búsqueda espiritual son los gurús, los maestros, el fundamentalismo, lo que yo llamaba antes la globalización de la espiritualidad. Cuando alguien viene y te dice: Dios es eso, es aquello, mi Dios es más fuerte que el tuyo. Así empiezan las guerras. La única manera de escapar de eso es entender que la búsqueda de la espiritualidad es una responsabilidad personal que no puedes transferir ni encomendar a otros. Mejor equivocarse siguiendo las señales que en conciencia crees que te están guiando, a que otros decidan tu destino. Y todo esto no es una crítica a la religión, un aspecto que considero muy importante en la vida de los hombres.

-¿Qué es entonces para ti la religión?

-Yo la veo como un grupo de personas que encuentran una manera colectiva de adorar. Digo de adorar, no de obedecer. Son dos cosas muy distintas. Este grupo de personas puede adorar a Buda, a Alá, a Dios de Jesús, no importa. Lo que importa es que en ese momento, juntos, nos conectamos con el misterio, nos sentimos más unidos, más abiertos a la vida y advertimos que no estamos solos en el mundo, que no vivimos aislados. Eso es para mí la religión, no un conjunto de reglas y mandamientos impuestos por otros.

-Pero si no me equivoco, tú aceptas los dogmas de la Iglesia católica, a la que te convertiste después de tu período de ateísmo.

-Lo de los dogmas sería una discusión muy larga. El dogma lo aceptas sólo porque lo quieres aceptar, no porque te lo imponen. Cuando era niño decía, sin entender, lo que todos: que María había concebido sin pecado original, que Jesús era Dios, que Dios es Trinidad. Después conocí la teología de derechas, la de la liberación, todas. Son formas que cambian y evolucionan. Pero yo tengo cincuenta años y los dogmas tienen siglos. Según Jung, los dogmas son tan absurdos en apariencia que constituyen la manifestación más clara, mágica y genial del pensamiento humano, porque están más allá de la conciencia.

»Hoy, los dogmas, por absurdos que me parezcan, los acepto libremente con el corazón. No por imposición, no porque me vea forzado a ello, como en el pasado, sino porque intento ser humilde ante el misterio. En el fondo, todas las religiones tienen sus dogmas, que son paradigmas del misterio más profundo y arcano. A mí eso me parece bonito, porque no tiene por qué no ser verdad lo que no entiendo con mi razón. El misterio existe.

-Lo malo es que las religiones intentan imponerte los dogmas mediante el miedo a los castigos eternos.

-Eso ya lo viví en mi juventud. Por eso abandoné la religión y me hice ateo. Me convencieron de que el catolicismo era la peor cosa del mundo, una secta más.

Por eso tuve que hacer un largo camino antes de volver a él. No digo que el catolicismo sea mejor o peor que otras religiones, pero está en mis raíces culturales, en mi sangre. Para mí ha sido una elección personal y libre. Podía haber escogido el islamismo o el budismo, o nada. Pero sentí que necesitaba algo más en mi vida que el ateísmo y elegí el catolicismo como la forma de comulgar con el misterio, con otras personas que creen como yo. Y eso no tiene nada que ver con el cura que celebra la misa. El dogma es algo que está más allá de los ritos, la búsqueda del misterio es una búsqueda de gran libertad.

-Pero ¿no te crea problemas el saber que esos dogmas que tú aceptas como forma de conectar con lo divino provienen de una institución que creó la Inquisición, que actuaba contra quienes no aceptaban sus dogmas?

-Sí, y de una Iglesia que aún sigue negando a la mujer su derecho a participar de lleno en la vida eclesial.

-Que es una institución que ha abusado tantas veces del poder y ha encadenado no pocas conciencias.

-Eso en América latina lo sufrimos mucho, y en España también lo padecisteis, ¿no?

-Y a pesar de eso no te crea problemas...

-No, porque sé distinguir entre la esencia de la religión y las actitudes de sus hombres, que pueden ser buenos o malos y pueden abusar de la religión. Yo veo la religión como el conjunto de personas que forman un cuerpo vivo que se desarrolla con todas sus miserias y sus cosas sublimes.

—Si he entendido bien, lo que tú rescatas de la religión es lo que tiene de misterio y de comunión entre los creyentes.

-Sí. A mí me interesan las personas que creen en ese misterio, no quien celebra el misterio, que puede ser indigno. El misterio está más allá de los ministros que lo celebran. En la parábola del buen samaritano, Jesús reprocha la conducta del levita que pasa al lado del herido y no se detiene. Y el levita era el hombre religioso de aquel tiempo. Al revés, alaba al samaritano que atiende al herido. Y los samaritanos eran los ateos de entonces.

-¿Crees que toda búsqueda espiritual necesita de una Iglesia instituida?

-No. Al contrario, hay que estar muy atento cuando entras en una iglesia para que no intenten sustituirse a tu responsabilidad. Lo que creo es que la religión como tal -no lo que a veces se hace de las religiones- no está en contradicción con una búsqueda personal de lo espiritual. Lo importante es conseguir hacer un gran vacío en tu interior; despojarte de lo superfluo, saber vivir con lo esencial, estar siempre en camino.

»Yo recuerdo en mis tiempos hippies que teníamos las casas abarrotadas de cosas: pósters, discos, libros, revistas, objetos de mil formas. No quedaban espacios vacíos. Hoy me he liberado de todo eso. Como ves, mi

casa es muy grande pero está vacía. Conservo sólo algunas cosas simbólicas. Hasta mis libros los tengo escondidos, porque no quiero exhibir ante los demás lo que leo o dejo de leer.

-Me interesa mucho la importancia que das al vacío. Hay una poesía preciosa de Lao-tsé que dice así:

Treinta radios convergen en el círculo de la rueda.

Y por el espacio que hay entre ellos

es donde reside la utilidad de la rueda.

La arcilla se trabaja en forma de vasos.

Y en el vacío reside la utilidad de ellos.

Se abren puertas y ventanas en las paredes de una casa,

y es por los espacios vacíos que podemos utilizarla.

Así, en la no-existencia reside la utilidad, y en la existencia, la posesión.

-Es preciosa esa poesía de Lao-tsé. Yo, de hecho, hoy intento simplificar mi vida al máximo, a lo esencial. Incluso cuando viajo llevo sólo lo imprescindible, para sentirme libre y ligero.

»Buda decía: «Es muy fácil para el impotente hacer voto de castidad y para el pobre renunciar a la riqueza.» Yo no he hecho voto de castidad, pero por otro lado, como viajo tanto, poco a poco voy descubriendo lo simple que es la vida y lo poco que se precisa para vivir feliz. De hecho, cuando viajo llevo una maleta insignificante. Y me he dado cuenta de que esa maleta mínima me sirve tanto para viajes cortos como largos. Nadie puede sentirse lleno si antes no ha sabido vaciarse en su interior, como muy bien han explicado siempre todos los grandes místicos de las grandes religiones.

-Tú insistes mucho en que el hombre debe seguir un camino del espíritu, el que sea, porque no puede ser plenamente feliz sólo con las cosas materiales, por interesantes que éstas sean. Pero ¿no crees que, a veces, es el miedo el que lleva a refugiarse en lo espiritual?

-No. ¿Por qué? En todos los tiempos los hombres han buscado lo desconocido, lo que no es evidente, tangible, material. Lo han buscado de mil maneras, a veces equivocándose, a trompicones, pero en todos los tiempos los mejores hombres y mujeres han sido peregrinos en busca de lo desconocido.

-Precisamente porque cada vez es más grande el campo de lo descubierto por el hombre, éste tiende a buscar lo aún desconocido, sea lo que sea, ¿no?

-Exactamente. Lo que ocurre es que a veces vivimos atrapados por la falacia de las utopías: la utopía marxista pretendía cambiarlo todo cambiando las estructuras de la sociedad y acabando con el capitalismo. No lo consiguió. Otra utopía es la freudiana, que supedita la curación del alma al regreso al pasado. Y la tercera utopía es la del conservadurismo, que pretende que todo se soluciona dejando las cosas como están, inmóviles, sin cambiar nada o cambiando sólo lo justo para que todo siga igual. Ahora bien, todas estas utopías del siglo que acaba han fracasado, por lo menos en buena parte.

-¿Cuál es la alternativa?

-Es la gran búsqueda, el caminar hacia un punto aún desconocido, un mar difícil, sembrado de peligros, de trampas, de gurús, de maestros que quieren imponernos su visión del mundo y de las cosas.

»Tú hablabas antes de que a veces las personas van hacia la búsqueda espiritual por miedo, pero por miedo la gente también se queda sentada en la playa sin intentar nada. La humanidad está en una encrucijada: por un lado, el camino ya conocido del conservadurismo, las cosas cristalizadas, los reglamentos e imposiciones legales, la religión como sistema legal de conducta. Por otro, la foresta oscura, desconocida, lo nuevo, la verdadera cultura creativa, la búsqueda de preguntas que aún pueden tener respuesta, la aceptación de la vida como aventura del espíritu.

-Hay un crítico tuyo que afirma que cuando acabe este siglo y milenio ya nadie necesitará de tus libros.

-Curiosamente, para mí no cambia nada el que acabe o no un siglo. Es algo convencional. Y además, dentro de dos años ya no volveremos a hablar de fin de milenio, porque además habremos visto que nada ha cambiado y que todo sigue igual. Esos que me critican quizá piensan que va a ocurrir algo especial, mientras yo estoy seguro de que nada va a pasar. Los problemas que tendremos aquella medianoche seguiremos teniéndolos en el primer día del nuevo milenio y el universo continuará y los hombres seguirán con los mismos miedos, las mismas esperanzas y las mismas ganas de seguir buscando algo que aplaque esa sed de infinito que nunca los ha abandonado a lo largo de los siglos, y que los impulsa a buscar lo desconocido.

(En este momento de la conversación, por el cielo de la playa de Copacabana pasa un helicóptero arrastrando un gigantesco cartel publicitario sobre la nueva estación de metro de Río de Janeiro que, después de quince años de espera, ha llegado a cincuenta metros de la mítica playa de Copacabana. Coelho explica que le habían pedido que patrocinase aquel anuncio con una frase suya pero que se negó, porque se habría tratado de hacer publicidad a los políticos.)

-Volviendo al tema de la búsqueda espiritual, ¿es verdad que la ves como una gran aventura?

-Es la gran aventura, la cosa más excitante que tenemos. En la Granada de España -esa ciudad tan mágica para mí- en 1492 toda la lógica llevaba a aquel país hacia África; Granada estaba conquistada. Habían expulsado a Boabdil, el último moro, ¿cuál iba a ser la próxima aventura? Cruzar el Estrecho e ir hacia África. Un hombre que estaba allí viendo la rendición del último moro, decía: «¡Qué África! África ya la conocemos, quiero dinero para ir a las Indias.» «¿Cómo las Indias, hombre?» Y es que la lógica era África. Por eso, a mí no me gusta tanto seguir la lógica, me gusta más la filosofía de la paradoja, que es la que muchas veces acaba triunfando sobre todas las lógicas y las evidencias. El hecho es que aquel hombre, Cristóbal Colón, estaba allí aquel año y no quiso dejarlo para otro año, ni lo hizo un año antes. Lo hace el mismo año en que se reconquista Granada. El 12 de octubre de aquel 1492, aquel hombre llega a América y todo el flujo de energía de España, que conforme a la lógica se habría dirigido hacia África, cambia el rumbo hacia América.

—*Y gracias a eso estamos nosotros aquí.*

-Quizá. Eso no lo podemos saber, pero seguramente la historia de España hubiese sido otra. El caso es que fue un hombre, no un sistema político o una lógica militar, un cabezota aventurero, quien consiguió cambiar todo lo que pretendían los políticos de la época.

»Son esas cosas las que cambian el mundo. Y hoy sigue pasando lo mismo, en lo grande y en lo chico. Claro que hoy es más difícil que un hombre solo pueda cambiar el rumbo del mundo. Pero cuando se suman todos esos aventureros que siguen creyendo en la búsqueda de lo desconocido y que se dejan llevar por la energía de su espíritu, sin sentirse atenazados por la rígida disciplina de la lógica cartesiana, acaba creándose una masa crítica capaz de cambiar las cosas. Hoy existen más aventureros del espíritu de lo que muchos creen. Caminan por mares desconocidos y son ellos quienes al final, sin que se sepa cómo, cambian de repente el viento de la historia.

-¿Es posible reconocer a esos aventureros del espíritu entre la masa de quienes se contentan con el mendrugo de pan de cada día?

-Sí, porque en sus ojos brilla la llama del entusiasmo. Yo escribí un libro que se llama *Manual del guerrero de la luz*. Hablo de las personas comunes que siguen creyendo en lo desconocido. Son los maestros sin ser maestros. La verdad es que hoy todos somos discípulos y maestros muchas veces al día. Como el extranjero que me advirtió sobre la actitud de la policía ante el hombre herido en la playa de Copacabana. Fue mi maestro, porque me hizo reconocer que yo podía hacer algo por ser brasileño. Somos todos maestros. Los guerreros de la luz, los nuevos aventureros del espíritu, se reconocen porque tienen los defectos, las vanidades, los sentimientos de culpa de todos los mortales, pero tienen al mismo tiempo algo distinto, que es ese fuego en los ojos. Viven con entusiasmo las cosas y la vida, aunque sin sentirse diferentes ni privilegiados.

-Es un antídoto contra el derrotismo y la soledad que invade generalmente hoy al hombre contemporáneo, que piensa que ya no hay espacio para nuevas aventuras fuera de lo cotidiano.

-Sí, porque ellos saben que no están solos. Yo creo que uno de los éxitos de mis libros, que muchos no se explican, radica en que ayudan a reconocerse en estos buscadores de aventuras del espíritu. Porque mis libros están llenos de estas señales. Yo no hablo de señales, sólo en un párrafo de *El Alquimista*, pero todos entienden exactamente de qué estoy hablando.

-¿Y eso por qué?

-Porque estamos todos dentro de una misma vibración. El escritor aquí es sólo un compañero más de esa aventura, no es el que enseña. ¿Qué novedades contienen mis libros? Ninguna. ¿Qué comparto yo con mis lectores? Mi vida, mi experiencia. Entonces el lector de Japón, que posee una cultura muy distinta de la mía, me dice: «Yo ya sabía eso, no lo tenía a nivel consciente, pero advierto que está hablando de mí.»

»Ahora, en mi nueva novela, *Verónica decide morir*, en la que se aborda el tema de la locura y del suicidio, hice diez copias del manuscrito y las di a leer a otras tantas personas. Y cuál no sería mi sorpresa al advertir que todas ellas habían tenido una historia de suicidio o de locura en su familia. Recibí un fax desde Inglaterra: «Me llegó tu libro. Me encantó. Creo que el único momento de mi vida en que me sentí lejos de Dios fue cuando intenté el suicidio, pero sobreviví.» Lo firmaba Amelia. Pues bien, Amelia es una mujer que trabaja conmigo desde hace veinte años, y yo no tenía ni la más puta idea de que había intentado suicidarse.

-O sea, el escritor como catalizador de las experiencias de los demás.

-Sí, catalizador, no elemento transformador. La función del catalizador es precisamente ésa, que no se mezcla con las cosas pero permite que se manifiesten. Las personas van descubriendo cosas. Uno está estudiando Derecho, pero se da cuenta que lo que le gustaría es trabajar como jardinero. Tengo ahí miles de cartas de gente a quienes les gustaría cambiar de trabajo y dedicarse a la jardinería. Algunos dicen que en sus familias piensan que ser ingeniero es lo mejor, pero que ellos lo que amarían sería poder trabajar en un jardín, al aire libre, en contacto con la naturaleza.

-Todo eso es muy bonito. Pero ¿no te ha ocurrido alguna vez que alguien por querer seguir este mensaje tuyo haya fracasado?

-Sí, yo mismo.

-Eso es sólo una broma.

-Pues ahora, sin bromas. En realidad, yo no envió mensajes a nadie. Yo me limito a contar en mis libros lo que a mí me ocurrió en la vida. Digo que eso me pasó a mí, pero no añado: haz tú lo mismo. No. Yo hablo de mi tragedia, de mis errores, de cómo salí a flote de ellos, pero no digo que ésa sea la solución para todos, porque cada vida es distinta y personal. De hecho, si pusiéramos en fila a todos los seres humanos que viven sobre la tierra no encontraríamos dos iguales.

»Yo no creo en los mensajes colectivos, creo en un elemento catalizador y deflagrador. Por ejemplo, intento hacer comprender, por experiencia propia, que no es lo mismo fracasar que ser derrotados. Fracasan los que ni siquiera intentan combatir su batalla y son derrotados los que han sido capaces de luchar. Y esa derrota no es una vergüenza. Puede ser un trampolín para nuevas victorias. Y, como dice muy bien José Saramago en tu libro *El amor posible*, nunca existen ni derrotas ni victorias definitivas, porque una derrota de hoy puede convertirse en una victoria de mañana.

-Te declaras creyente. ¿Quién es Dios para tí?

-Es una experiencia de fe. Y nada más. Porque considero una trampa definir a Dios. En una conferencia me hicieron esta pregunta. Yo dije: «No lo sé. Dios para mí no es la misma cosa que para ti», y el auditorio explotó

en un aplauso. Es lo que siente la gente, que no existe un Dios a la medida de todos, porque es algo muy personal.

-Leonardo Boff suele decir que Dios es una «gran pasión».

-Y en ese sentido, sí es el mismo para todos, porque todos somos capaces de albergar y concebir una gran pasión.

~¿Qué sería entonces para ti un ateo?

-Para mí, el hecho formal de creer o no creer en Dios no cambia nada. Conozco ateos que se comportan en su vida mil veces mejor que muchos que se llaman creyentes. Porque a veces el creyente tiene la tentación de convertirse en juez de su prójimo por el hecho de que cree en Dios. Para mí, un ateo es el que manifiesta a Dios sólo a través de sus obras. Como decía Santiago el Apóstol, lo que nos permite reconocernos como hijos de Dios son las obras, no nuestra profesión de fe. «Muéstrame tus obras y yo te mostraré tu fe», decía.

»Por otra parte, los que nos consideramos creyentes tenemos que confesar que nuestra fe es siempre muy frágil. Hoy creo, por ejemplo, que tengo mucha fe, y por la noche esa seguridad se ha desvanecido. La fe no es una línea recta.

-El escritor siciliano Leonardo Sciascia solía decir que, a veces, creía en la acera de la calle y que cuando cruzaba la calle ya no creía.

-Exactamente. La diferencia es que el creyente tiene una cierta convicción de que algo existe más allá, aunque muchas veces él no sienta esa fe.

-En un momento de estas conversaciones has dicho que cuando te conectas con el centro de la energía sientes un placer. ¿Qué es para ti el placer?

-No es una cosa simple. Yo he estado trabajando sobre sadomasoquismo y es muy complicado entender el placer, porque a veces procede del dolor. Yo no suelo usar metáforas. Borges dice que existen sólo cuatro verdaderas metáforas, pero yo voy a usar una: para mí el placer es el «buen combate», es decir, algo muy distinto de la felicidad. Yo no relaciono la felicidad con el placer. La idea que tengo de la felicidad es aburridísima: una tarde de domingo en la que no ocurrió nada. Mi libro *Manual del guerrero de la luz* habla de lucha y combate, del entusiasmo de combatir una batalla por algo que te ilusiona. A veces pierdes y otras ganas, pero no importa, lo que cuenta es luchar para conseguir las cosas. Eso es para mí un placer de la vida. Entonces, digamos que placer es todo lo que haces con entusiasmo en la vida, en la que puede haber dolor y sufrimiento, pero que no anula el placer de fondo de saber que estás luchando por algo que amas.

-Y sin embargo todos los hombres corren en busca de la felicidad que elimina el dolor.

-Creo que es una trampa. La felicidad es una pregunta sin respuesta, como la de ¿quién soy yo? Son preguntas inútiles. Y sin embargo la humanidad ha pasado miles de años en busca de esa vana felicidad sin sentido. Para mí la felicidad es algo muy abstracto. Yo, en verdad, nunca estoy feliz.

-¿Ni siquiera cuando sale un nuevo libro tuyo que se vende como rosquillas?

-No. Siento alegría. Es un momento de tensión, de desafío. Y eso me produce alegría, porque es el fruto de una batalla que he conducido con sacrificio, pero felicidad, no. Felicidad sería decir: «Qué bien, he publicado un libro con éxito. Ya soy un escritor afirmado. Ya puedo dormir feliz.» Y eso no es verdad. Yo soy una persona contenta, con sus altibajos, sus batallas ganadas y perdidas, sus derrotas, pero siempre con alegría, con la alegría de un torero. De hecho, adoro las corridas de toros, aunque sé que es la cosa más políticamente incorrecta.

-Yo no la adoro.

-Pues yo sí, porque es el momento en que se encuentran frente a frente la vida y la muerte. Ahí no hay lugar para filosofías, porque uno de los dos, el toro o el torero, va a morir. Por eso, los aficionados hablan de que una de las cualidades que tienen que tener tanto el toro como el torero, es la alegría. Un toro sin alegría no es bueno para la corrida.

-Pero suelen morir más los toros que los toreros.

-Es cierto, pero a veces *muere* también el torero. Él sabe muy bien que se juega la vida cada vez que sale al ruedo, por eso suele rezar siempre a la Virgen antes de empezar la corrida. Para mí, cuando sale un nuevo libro mío, es como si me lanzara al ruedo, estoy contento aunque sé que es peligroso. Estoy contento porque estoy aceptando un nuevo desafío. Luché por conseguirlo, me eché al ruedo sabiendo que podía ser derrotado, que podían crucificarme, pero siento la alegría de haber conseguido lo que quería: dar a luz un nuevo libro.

»Para mí, la vida es como una corrida, tengo que enfrentarme cada momento con el toro de mi responsabilidad y nunca sé si voy a acertar o no. Todo eso me produce alegría, pero no felicidad.

-¿Qué es entonces para ti la infelicidad? ¿Cuándo te sientes infeliz?

-Me siento infeliz en los momentos de cobardía, cuando busco un camino demasiado confortable. Paradójicamente, me siento infeliz cuando busco la comodidad de la felicidad.

-Has dicho que te consideras una persona que ama los extremos. En ese caso, tampoco te gustará la armonía de la paz conquistada, si lo que prefieres es la alegría por la lucha.

-Exactamente. Yo nunca he buscado la armonía en mi vida. Creo que la vida acaba en el momento en que dejas de luchar y dices: «Ya he llegado.» Eso sería la felicidad, que ni amo ni busco. Mira, Juan, yo en mi vida me he sentido así dos o tres veces, es decir, feliz, inmóvil, llegado al final de un camino. Pero duró poco, porque el buen Dios muy pronto me dio un puntapié y me puso de nuevo en movimiento.

»Yo creo que los hombres se dividen entre los que buscan la paz del espíritu y los guerreros de la luz, que como decía san Pablo, aman combatir siempre sin sentarse sobre su felicidad conquistada. Son los hombres a quienes gustan los desafíos continuos, la brega, la búsqueda sin fin. El guerrero de la luz es como el torero, que no concibe su vida sin estar el máximo tiempo posible en los ruedos. La vida de un escritor es también ese desafío de estar siempre en la brecha, expuesto tanto a los trofeos como a los abucheos.

—Si tuvieras que explicarle a un grupo de jóvenes quién es Paulo Coelho, ¿cómo te describirías?

-Como un peregrino que recorre un camino que no tiene final. Como el peregrino que sabe que existe un tesoro, que mira a ese tesoro guiado por las señales, como el pastor de *El Alquimista*. Para él, es importante llegar al tesoro, pero cuando llega advierte que ya no es el mismo, ha cambiado, es otro. Es el camino y la búsqueda lo que te forja y te cambia. Yo sigo buscando.

CAPÍTULO II

Manicomio, cárcel y tortura

«Lo terrible que descubrí en el manicomio
es que yo podía escoger la locura
y vivir tranquilo sin trabajar.»

«La cárcel fue la experiencia del odio,
de la crueldad y de la impotencia total. Fue mil
veces peor que el manicomio.»

La infancia y juventud del futuro escritor Paulo Coelho no fueron fáciles, pero sí ricas en experiencias muy distintas, a veces extremas y crueles, como las del manicomio y las de la cárcel, donde fue torturado por un grupo de paramilitares durante la dictadura brasileña.

Fue siempre un niño y un muchacho rebelde, ávido de todas las experiencias, hijo fiel del 68, la época de las aperturas y de las locuras, siempre a la búsqueda de algo que le llenara por dentro, sin dejarse domeñar por las convenciones familiares o sociales. Fue un inconformista declarado, aunque capaz de reconocer sus errores cuando se equivocaba y de dar marcha atrás en sus excesos. Como confiesa en estas conversaciones, nunca sintió odio ni rencor hacia sus padres, que por tres veces le internaron en un manicomio siendo aún casi un niño, convencido de que lo habían hecho por su bien.

-¿Cómo viviste tu infancia? ¿Tienes hermanos?

-Tengo una hermana que es ingeniero químico. Yo era el mayor de toda una generación y el más rebelde. Empecé por comprender la verdad de la vida, que es la siguiente: hagas lo que hagas, si tú eres el mayor de la familia, tienes siempre la culpa de todo lo que ocurre a tu alrededor. Tú eres siempre la víctima. Al principio, aquello me molestaba muchísimo, porque había cosas que no eran culpa mía, claro, hasta que un día dije: «Bueno, si es así, y puesto que cargo con la fama de lo malo que hacen los otros, voy a hacer todo lo que se me antoje.» Así era de rebelde ante la injusticia.

-¿Cuáles son tus primeros recuerdos de niño?

-Es curioso, pero tengo algunos recuerdos muy claros. Vivíamos en Botafogo, un barrio clásico de aquí, en Río de Janeiro, donde he vivido toda mi vida. Y te voy a contar algo que no te vas a creer y que ni yo mismo me he explicado nunca. Incluso se lo he preguntado a algunos médicos para saber si eso puede ocurrir y si le ha pasado a otros niños. Y es que recuerdo nítidamente que nada más nacer reconocí a mi abuela, que estaba allí. Recuerdo que abrí los ojos y me dije: «Ésta es mi abuela.» Y eso recién nacido.

-¿Qué recuerdos tienes de tus padres?

-Mi padre era ingeniero, de una familia muy tradicional; mi madre había estudiado Museología en la universidad. Mi padre todavía vive; tiene una personalidad muy dominante y eso influyó mucho en mi madre.

-¿Ibais a misa? ¿Erais católicos?

-Recuerdo que me obligaban a ir a la iglesia todos los domingos pero en los últimos años del colegio, en los jesuitas, teníamos que ir todos los viernes. Mi educación fue absolutamente formal. No sé cómo se ven ahora a los jesuitas, pero entonces eran muy conservadores y severos. Mi madre muy pronto empezó a entrar en crisis. Entró en contacto con una teología más abierta, menos tradicional, que no era todavía la Teología de la Liberación, pero sí algo muy cercano que le abrió los ojos. Empezó así a cuestionar su fe. Conoció a unos religiosos muy abiertos y a unos arqueólogos y empezó a ver las cosas religiosas desde otro ángulo, menos severo y tradicional. Fue un período en el que yo no estaba muy cerca de mi familia.

-Ahora los jesuitas son más bien progresistas, sobre todo en el Tercer Mundo.

-Entonces, no. Eran el ejército de Cristo. Me dieron excelentes bases para la disciplina, pero me provocaron también horror a la religión, de la que acabé alejándome. Por eso, por contraste con aquella formación rígida y cerrada, en cuanto salí del colegio, donde mis padres me habían mandado porque iba mal en los estudios, busqué los movimientos estudiantiles más avanzados, no creyentes. Y empecé a familiarizarme con los escritos de Marx, Engels, Hegel, etc.

-Pero acabaste volviendo al catolicismo.

-Cuando volví a interesarme por una búsqueda espiritual, yo ya estaba convencido de que la última cosa que iba a buscar era el catolicismo, porque le tenía horror; estaba harto y totalmente convencido de que aquél no era el camino, era un Dios de la derecha, que no tenía una cara femenina, era un Dios del rigor, sin misericordia, sin compasión, sin misterio, y al mismo tiempo empecé a experimentar todas las otras religiones y sectas, sobre todo

las de origen oriental. Las probé todas: Hare-Christna, budismo, filosofía yoga, todo. Volví a ir regularmente a misa sólo después de haber hecho el camino de Santiago.

-Eras un inquieto.

-Totalmente. Y después de esto volví al ateísmo, tras una terrible experiencia con la magia negra que ya te contaré.

-¿Qué estudiaste en la universidad?

-Estudié Derecho, pero obligado. No lo terminé. Hasta finalizar la secundaria, el curso de paso a la universidad, tenía esa fuerza de la rebelión totalmente controlada, oprimida por mis padres, por la sociedad, por mi ambiente. Pero cuando exploté, exploté completamente. Eso sucedió cuando entré en la universidad, pero antes hubo un momento en que no salía adelante en los estudios, me pasé tres años en la secundaria, no terminaba, no conseguía salir de allí, hasta que al final mi familia pagó para que pasara de curso y pasé. Así.

-Cuando explotaste de esa forma, ¿qué reacción tuvo tu familia?

-Cuando exploté la primera vez, me internaron en un manicomio, como a un loco.

-¿Cómo podían internar a uno sano en un manicomio?

-Entonces era posible. Y, de cualquier manera, mis padres lo consiguieron. Me internaron tres veces porque yo me escapaba siempre. Como aquel manicomio aún existe, he querido hoy saber qué motivos alegaron para que me encerraran allí con los locos. Y me he llevado la sorpresa de saber que las motivaciones eran banales. Se dice en el atestado médico que yo era irritable, que hostilizaba a la gente políticamente, que en la escuela iba empeorando progresivamente, y que mi madre creía que yo tenía problemas sexuales, que no había madurado lo suficiente para mi edad y que cuando quería una cosa intentaba conseguirla por todos los medios, por lo que revelaba actitudes cada vez más radicales y extremistas. Y que todo aquello les llevó a internarme.

-¿Cómo te sentías tú en tu interior?

-Mira, yo en aquel momento tenía diecisiete años. Lo único que quería era escribir; ya había empezado a trabajar como reportero para un periódico, y acababa de leer toda la obra de Oscar Wilde. En el fondo era un idealista y pensaba en mi fuero interno que alguien que quería ser escritor era justo que tuviera que pasar por todas las experiencias, incluso la del manicomio, que había sido un destino de tantos escritores y artistas, empezando por Van Gogh. Lo veía como parte de mi leyenda personal, de mis ansias de aventura. En el manicomio escribía poemas, pero acabé escapándome porque era muy consciente de que no estaba loco; lo que quería era vivir a tope las cosas, todo lo que me gustaba. Hoy algunos creen que me metieron allí por la droga. Nada de eso. Yo no había probado entonces droga alguna. Mi experiencia con los estupefacientes empezó mucho más tarde, hacia los veinte años.

-¿Qué lección sacaste de aquella experiencia límite de sentirte en medio de los locos sin serlo tú?

-Quiero serte muy sincero. Creo que el gran peligro de la locura no es la locura, es el hábito de la locura. Lo que descubrí en aquellos momentos que pasé en el manicomio es que yo podría elegir la locura y pasar toda mi vida sin tener que trabajar, sin hacer nada, haciéndome el loco. Era una tentación fortísima, como aparece en mi último libro *Verónica decide morir*, donde, aunque novelada, está latente una parte de mi experiencia en aquel lugar.

»La experiencia del manicomio me ha demostrado que el tercer día yo ya decía: «Bueno, me estoy acostumbrando, no es tan malo esto; hasta se está cómodo y protegido de los problemas de fuera.» Era como un útero materno que te daba tranquilidad.

-¿Cómo te relacionabas con los internos?

-¿Con los locos? Me parecían todos normales. Tenían momentos de rabia, pero como tenemos tú y yo en la vida normal. Había, eso sí, algunos esquizofrénicos, que habían perdido el contacto con la realidad, pero sólo tres o

cuatro, con los otros hablaba, discutía de filosofía, de libros, de todo. Teníamos televisión y podíamos escuchar música y nos divertíamos mucho.

—¿ Y los electroshocks?

-No eran agradables, pero tampoco creas que sentías mucho. Fueron terribles, espantosos cuando me los aplicaron en los genitales durante las torturas que me infligieron los paramilitares, cuando me secuestraron años más tarde. Aquello sí era doloroso, humillante y vergonzoso. Era un horror.

-La primera vez que te internaron te dieron el alta por buena conducta. Vero la segunda vez, según los informes médicos de aquella época, te escapaste del manicomio, ¿cómo lo conseguiste?

-Estaba totalmente encerrado en un noveno piso, no podía salir, se me consideraba un loco peligroso; había locos que podían salir, me daban muchas medicinas, electroshocks. En aquel piso permanecí casi dos meses, sin ver el sol; eso sí que es para volverse loco de verdad. Había un ascensor, pero era el ascensorista el que te subía y te bajaba, hasta que un día subí al ascensor con él y otras personas, bajé, salí e increíblemente me sentí libre en la puerta. Fue como un cuento de Kafka.

-Es todo muy simbólico, estabas preso pero en realidad no lo estabas.

-Es de un simbolismo terrible. Hay un cuento de Kafka que narra la historia de una persona que llega ante la puerta de un castillo y pregunta: «¿Puedo entrar?» El guardia no contesta, y cuando está en el final de su vida, vuelve y le dice al guardia: «¿Por qué no me dejaste entrar?», y el guardia, que también está viejo, le contesta: «Pero si yo nunca te dije que no. Tú me preguntabas y yo no podía hablar, ¿por qué no entraste?» Lo mismo me pasó en el manicomio: bajé en el ascensor como estaba, con el pijama, y ya no volví, claro, ni para coger algo, estaba sin dinero, sin nada. Me fui a casa de un amigo caminando, me dio una guitarra, algo de dinero, y a partir de ahí me dije: «¿Qué hago ahora?», y empecé a viajar y a trabajar.

-¿No llamaste a tu familia?

-No contacté con mi familia hasta después de dos meses, cuando ya estaba muy mal, porque no tenía ni para comer. Llamé y, claro, me dijeron que volviera lo más rápidamente posible, que no había ningún problema, que no volverían a internarme. Me enviaron dinero, porque estaba muy lejos, y acabé volviendo. Así pasó otro año y de nuevo decían: «Paulo es un loco y ahora quiere hacer teatro», porque mi nueva pasión, junto con la de ser escritor, era hacer teatro. Y me volvieron a internar por tercera vez. Y me volví a escapar, pero esta vez habían avisado al ascensorista para que me vigilara y no me dejara escapar. La segunda vez me escapé aprovechando que tenía que ir al dentista, porque el médico que se hacía responsable de mí llegó a la brillante conclusión de que era un diente que iba a nacer lo que me tenía descontrolado, porque me causaba dolor. Según él, yo no comprendía que el dolor me venía del diente y por eso me ponía muy agresivo con todo el mundo. A la vuelta del dentista me escapé.

»Otra vez me fui por ahí a viajar y otra vez volví a la familia porque no tenía nada, no tenía dinero, y cuando llegué dije: «Ahora sí estoy loco», porque en aquellos momentos ya estaba convencido de que no estaba cuerdo y no quería volver a huir. Pasaron unas dos semanas y estaba muy apático, sin capacidad para reaccionar.

-No tuvo que ser fácil tampoco para tu familia, ¿no?

-La verdad es que en aquel momento no pensaba en eso. Pensaba sólo en mí mismo. Lo entendí sólo más tarde. Pero me ocurrió algo paradójico que iba a cambiar radicalmente mi vida. Un día, recuerdo que estaba en mi cuarto, tenía mi mesa, mi cama, mi ropa, todas las cosas que amaba. Pues bien, cerré la puerta y me dije: «No puedo seguir viviendo así.» Porque había perdido mi trabajo en el periódico, había perdido a mis amigos y había tenido que abandonar el teatro. Entonces pensaba que quizá tenían razón mis padres, que estaba loco. Y por primera vez me puse a hacer el loco de verdad: cerré la puerta de mi habitación y empecé a destruir todo mi cuarto, mis libros a los que tenía tanto amor, la colección de Sherlock Holmes, la de Henry Miller, mis discos, todos

los recuerdos de mi pasado. Lo hice todo añicos. Mis padres escuchaban cómo yo estaba destruyendo todo y yo sin pararme. Entonces llamaron de prisa y corriendo al médico del manicomio que me atendía, pero no estaba. Telefonaron así a otro médico, que lo recuerdo muy bien, porque era un hombre sin nariz, era un personaje muy curioso, el psiquiatra Fajardo. Cuando llegó, abrió la puerta y se encontró con toda aquella destrucción. Yo pensaba que me iba a llevar otra vez derechito al manicomio. Pero cuál no sería mi sorpresa cuando le oigo que me preguntaba muy tranquilo y sonriente: «¿Qué ha pasado?» «¿Pues no lo ve?, que lo he destruido todo», le dije. Y él, sin inmutarse, me contestó: «¡Qué bien! Ahora que lo has hecho todo cisco, es cuando puedes empezar una vida nueva. Has hecho, ni más ni menos, lo que debías hacer, destruir un pasado negativo para empezar una nueva vida positiva.» «Pero ¿qué me está diciendo?», le respondí, sin salir de mi asombro ante un psiquiatra que me dice que he hecho muy bien destruyendo toda mi habitación y todas mis cosas más queridas. Y volvió a repetirme: «Has hecho la única cosa que tenías que hacer. Acabar con la pesadilla del pasado. Ahora tu vida empieza de nuevo.»

-¿Y cómo reaccionaron tus padres?

-Fueron muy comprensivos y asintieron a lo que decía el curioso psiquiatra. Y me dijeron: «Ahora estarás bien, vas a empezar todo de nuevo, se acabó. Vamos a sacar todo lo que has roto y lo echamos a la basura.» Juan, aquel hombre me salvó, porque yo había llegado al borde de la locura de verdad, y lo peor era que lo había aceptado con resignación.

-¿Seguiste teniendo contacto con aquel psiquiatra?

-Aquel día, antes de despedirse me dijo: «Ahora voy a guiar yo el proceso.» Lo visité quince o veinte veces hasta que un día me dijo: «Ahora tienes que caminar con tus propios pies. Ya estás prácticamente curado. Eres un poco loco, pero eso lo somos todos.» Y a partir de allí es cuando me explotó toda la fuerza de mi rebelión. Me dije: si no importa que sea un poco loco, porque todos tenemos que enfrentarnos con nuestra parte de locura, lo que tengo que hacer ahora es vivir a tope, hacer todas las experiencias que me agraden, no privarme de nada.

»Lo había perdido todo: el periódico, los amigos, el teatro y hasta mi novia, que era muy jovencita y me dejó cuando me metieron en el manicomio, porque a ella no la dejaban entrar y yo no podía salir.

-¿Sentiste odio o rencor hacia tus padres por haberte internado en un manicomio sin estar loco?

-Nada, nunca. Ellos estaban convencidos de que les odiaba, pero no era cierto. Ellos me llevaron allí por amor, por un amor equivocado, desesperado, por un amor dominador, pero a fin de cuentas porque me querían. No me metieron en el manicomio porque me odiaban, sino porque querían ayudarme a construir mi vida. Se trató de una actitud desesperada, loca, que les afectó a ellos más que a mí. Pero, al mismo tiempo, aquello me sirvió para que yo pudiera realizar mi buen combate, para enfrentarme a mí mismo.

Cuando te enteraste hace poco de los verdaderos motivos por los que tus padres te habían metido en el manicomio, ¿cómo reaccionaste?

-La única vez que tuve un momento de odio y de rabia fue, en efecto, cuando hace unas semanas pude leer el informe que había redactado el manicomio sobre las causas de mi internamiento, del que te hablé antes. Me puse furioso, porque era todo tan absurdo que no me lo podía creer. Pero quien pagó el pato fue mi editor inglés, con quien descargué todo mi enfado sin que el pobre pudiera entender nada. Yo le decía: «¡No hay quien aguante esta mierda de hotel!» Y llamaba por teléfono para quejarme, porque cuando fui a firmar libros a Dublín, en Irlanda, me llevaron a un programa de televisión que no me gustó. La persona que estaba al otro lado del teléfono me decía: «Pero ¿por qué estás así?» Nos fuimos después a un parque que había delante del hotel y ya me serené. Fue la única vez en que tuve una reacción de rabia muy fuerte por aquella historia del manicomio. Pero de verdad que no conservo rencor a mis padres. Me había prometido no hablar de esta experiencia dolorosa mientras vivieran y lo hago ahora porque mi madre ya no vive y mi padre es muy anciano, pero es muy lúcido, y ha seguido

todo el lanzamiento de mi última novela, *Verónica decide morir*. Creo que hablar de esa historia mía fue un alivio para él. Y se puso aún más contento cuando, a través de las muchas cartas que he recibido, pudo darse cuenta de que no había sido el único en hacer aquello, ya que lo mismo había pasado en otras muchas familias.

-¿Tus padres intentaron alguna vez justificarse contigo?

-No, ellos nunca intentaron justificarse, pero me pedían disculpas. Decían: «Perdónanos, fue el gran error de nuestra vida», pero nunca me dijeron por qué lo habían hecho. Pero son cosas que nos marcaron a todos, ya que como dice Ortega y Gasset: «Yo soy yo y mis circunstancias.» Todos sufrimos, sin duda.

-Y fue entonces cuando empezaste tu etapa hippy.

-Sí. El movimiento hippy fue mi nueva familia, mi nueva tribu. Intenté entrar en la universidad, pero ya no era lo mío. Y fue entonces cuando entré a fondo en el mundo de la droga y del sexo. Llegué a pensar incluso que a lo mejor era homosexual porque mi madre creía que tenía problemas sexuales. Y entonces pensé que para salir de dudas tenía que probar. Y así lo hice. La primera vez no me gustó nada aquella experiencia, quizá porque estaba nerviosísimo. Pasó un año y seguía con la duda, y volví a hacer otra prueba. Esta vez no estaba ya nervioso, pero tampoco me gustó. Y entonces me dije: A la tercera va la vencida, voy a probar por última vez y si tampoco me atrae es que no soy homosexual. Y, en efecto, aquello no me atraía. Tenía entonces veintitrés años. Mis dudas eran que como yo hacía teatro y como en aquel ambiente había muchos homosexuales, a lo mejor lo era sin saberlo. Y así, por fin, salí de dudas.

-Liberado de aquella obsesión, empezaste de nuevo a trabajar y a viajar. Estabas en plena juventud. ¿Cómo la recuerdas?

-Sí, empecé a dar clases para superar el examen de acceso a la escuela de teatro. Así ganaba un dinero que me daba para vivir todo el año. Hacía también teatro infantil. Eran trabajos temporales de tres meses que me dejaban luego nueve meses libres para viajar, algo que entonces era muy barato. Recuerdo que crucé Estados Unidos sin hablar inglés y fui hasta México con doscientos dólares; era una locura, pero en Estados Unidos comprabas un abono de noventa y nueve dólares y podías viajar un mes y medio. No tenía dinero suficiente para dormir en ningún lugar de pago y dormía en el autobús durante ocho horas y llegaba a un punto que no sabía dónde estaba, pero me daba igual.

»Iba siempre con un grupo, porque entonces había mucha solidaridad entre los hippies. Calculábamos que el viaje fuera de noche para dormir en el autobús Greyhound y así conocimos muchos lugares. A partir de ahí empecé a estar totalmente embebido en la cultura hippy.

-¿Y qué pasó con tu pasión por la escritura?

-En aquel momento no conseguía escribir, pero cuando llegué a Brasil había empezado un fenómeno que se llamó la prensa alternativa, *underground*, dentro de la dictadura, pero no era una prensa de izquierdas, era más para quienes buscaban una alternativa que no se encuadrara en el sistema establecido, los Beatles, los Rolling Stones, Peter Fonda con la bandera de América y *Easy rider*. Era la clásica cultura pop americana. Yo tenía una novia -porque las mujeres siempre jugaron un papel muy importante en mi vida- que tenía un apartamento, pero no teníamos dinero. Un día empezamos a buscar trabajo. Encontramos una empresa que tenía una rotativa; yo creé una revista nueva de la que salieron sólo dos números, pero que iba a ser definitiva para mi trabajo futuro. A través de aquel número de la revista, me conoció un productor de discos de la CBS, de mi edad, Raúl Seixas, que luego fue un gran cantante.

-Todavía en muchos ambientes se te conoce como el autor de las famosas canciones de Seixas.

-Conectó, en efecto, conmigo y me preguntó que por qué no hacía letras de música, pero Raúl venía del sistema, era un productor y teníamos muchos prejuicios contra todo lo que viniera del sistema, porque nuestra filosofía era ir a la contra de todo lo establecido y seguro. Yo conozco muy bien el prejuicio.

»Adopté entonces una actitud totalmente fría porque ya conocía los dos lados. El era productor de Jerry Adriani, que era un cantante de boleros, al estilo de Julio Iglesias, al que yo odiaba. Me decía a mi mismo: «¡Pero si este tío es horrible!» Y sin embargo, al final, a pesar de mis prejuicios, resultó ser una persona encantadora, fantástica, maravillosa. Hubo un proyecto estupendo que se llamaba *Poeta, muestra tu cara*, con todos los letristas de la música brasileña. Mi productor me preguntó quién quería que cantase mis letras y yo le dije que Adriani, pues se lo merecía, y la verdad es que resultó estupendo.

-¿Cuántas letras compusiste para Raúl Seixas?

-Sesenta y cinco. Ya teníamos un sueldo, habíamos empezado con eso de la prensa alternativa. A Adriani le emocionó mucho que le hubiese elegido como cantante de mis letras y fue una manera, no de pagarle, porque estas cosas no tienen precio, pero sí de homenajearle por haber sido tan importante para Raúl y para mí.

-Y empezaste a salir de apuros económicos.

-Sin duda. Piensa que por primera vez en mi vida me encontré rico del día a la noche. Fui al banco a ver cuánto tenía en mi cuenta y me encontré con un depósito de casi cuarenta mil dólares. Yo no tenía ni para ir a un cine o a un restaurante, y al día siguiente tenía cuarenta mil dólares. ¡Qué locura! Lo primero que pensé fue en comprarme un coche para correr, pero acabé comprándome un piso.

»Mis padres, por esa asociación tan rara que se hace entre el dinero y el éxito, empezaron a mimarme. Yo tenía veinticuatro años y mi padre me ayudó a comprarme un apartamento. Me prestó otros treinta mil dólares, que le devolví en seguida, pues seguí ganando mucho dinero. Hasta el punto que llegué a 1978 con cinco apartamentos. Tenía unos treinta años. Éstas son las personas claves que a veces, como señales, aparecen en tu vida y te la cambian, como ya me había pasado con el psiquiatra Fajardo, y más tarde con otra persona cuando salí de la cárcel. Es curioso que no suelen ser las instituciones sino las personas las que determinan el rumbo de tu vida, para mal o para bien.

-Estuviste también preso por política; fuiste secuestrado y torturado, ¿no es cierto?

-Tres veces. Para mí todo son tres veces. En *El Alquimista* hay un proverbio que dice: «Todo lo que pasó una vez, puede no pasar nunca más, pero lo que pasa dos, pasará seguramente tres.» Muchas veces veo las cosas así, son los símbolos, las señales que viví en mi vida. En realidad, estuve preso seis veces, tres en el manicomio y tres en la cárcel.

-¿Cuál de las dos experiencias fue peor?

-La cárcel fue mil veces peor. Fue la peor experiencia de mi vida, porque además de lo que allí pasé, cuando salí era considerado como un leproso. Todos decían: «No te acerques a él, ha estado preso, por algo habrá sido.»

»Mira, Juan, la cárcel es la experiencia del odio, de la crueldad, del poder fatal y de la impotencia total. La primera vez que me cogieron, yo estaba con una pandilla de jóvenes cenando en Paraná y hubo un asalto a un banco. Yo, que tenía el pelo largo y estaba sin documentos, fui agarrado en seguida y me llevaron dentro. Me tuvieron una semana y aquella vez no me hicieron nada.

-¿Y las otras veces?

-Aquello fue más serio y más inesperado, porque yo trabajaba ya con Raúl. Era muy conocido por las letras de mis canciones y ganaba mucho dinero. Además, estaba ya muy introducido en la magia, y me sentía casi omnipotente, y sin embargo volví a caer en la cárcel.

-¿Por qué te detuvieron?

-De aquello me acuerdo como si fuera hoy. Tuve una gran sensación de imbecilidad, porque había llegado hasta donde había llegado, empezábamos a creer en la idea de una sociedad alternativa, y Raúl y yo teníamos una cierta utopía. Fuimos a Brasilia a dar un concierto y yo pronuncié unas palabras sobre nuestras ideas acerca de la sociedad y a lo que aspirábamos para cambiarla. Me parecía todo aquello muy inocente. Éramos sólo unos

jóvenes idealistas. Pero al día siguiente Raúl recibió un papel que decía que se tenía que presentar ante la policía política. Fue, y yo le acompañé, y me senté en la sala de espera. En un cierto momento, Raúl salió cantando una música que ahora no recuerdo, pero con otra letra y en inglés. Fue a llamar por teléfono y me dijo: «El problema es contigo, no conmigo.» Entonces comprendí lo de su canción, y cuando me fui a mover me dijeron: «¿Adonde vas?» «A tomar un café», les dije. «No, no, pídeselo a tu amigo», me respondieron. Y ya no salí de allí. Aunque tampoco fue entonces tan grave, porque yo hasta tenía un concepto romántico de la cárcel, pues pensaba que la cárcel por motivos políticos formaba parte de la aventura que llevábamos entre manos.

-¿Te ayudaron tus padres?

-Sí. Consiguieron ponerme un abogado, el cual me dijo que me tranquilizara, que no me iban a tocar, que estaba en la cárcel pero que esos horrores que se oían de las torturas de la dictadura no me iban a pasar. Era ya el final de la fase peor del gobierno militar y el general Geisel estaba decidido a iniciar una apertura política, y existía la línea dura, la extrema derecha, que tenía montada toda una maquinaria de guerra, con la que había acabado con la guerrilla y ahora tenía que justificar su existencia. Sabían que era un loco de esos de la sociedad alternativa, que no tenía nada que ver con la guerrilla, pero casi no tenían presos políticos porque los habían matado a casi todos y tenían que descubrir nuevos enemigos para justificarse.

»Después de que llegara el abogado, me dejaron salir y firmé un documento en el que ponía que el gobierno no era responsable de nada y tonterías de ésas.

-Pero en seguida ocurrió lo peor.

-Sí, nada más salir un grupo de paramilitares nos secuestró a mi mujer y a mí íbamos en un taxi. Yo les enseñé el papel que había firmado en la cárcel y me dijeron: «Entonces es verdad que eres un guerrillero, pues ni has vuelto a tu casa.» Y añadieron que yo estaba en la clandestinidad con mis compañeros de guerrilla.

»Estaba desaparecido, pasando los peores días de mi vida. Y esta vez sin que mis padres pudieran ayudarme, pues no sabían dónde estaba.

-¿Adonde os habían llevado?

-No sé. Lo comenté al salir con algunas personas, y pensamos -porque nadie lo sabe, ya que lo primero que hacen al secuestrarte es ponerte una capucha en la cabeza para que no veas nada- que estaba en la calle Barao de Mezquita, donde existía un cuartel militar tristemente célebre como lugar de torturas, pero es sólo una suposición. Me tenían siempre con la capucha o, si estaba sin ella, estaba solo, no había nadie conmigo. Mi familia tampoco sabía dónde estaba. En este caso, el Estado tampoco era responsable porque no estaba preso; estaba con los paramilitares, según ellos, y el gran pavor era que pudieran transferirme a Sao Paulo, donde actuaba lo peor de la represión. Hablé muchas veces de esto con fray Betto, porque aquellos momentos para mí fueron un horror, y me dijo que «el horror siempre son los primeros días». Y así fue para mí.

-¿Os tuvieron mucho tiempo secuestrados a tu mujer y a ti?

-Yo estuve una semana, pero eso no se cuenta en días, se cuenta en años, porque estás totalmente perdido, impotente, no sabes dónde estás, no tienes con quien hablar. A la única persona a la que le vi la cara fue al fotógrafo, porque me tenía que sacar la capucha para hacer la foto. Y encima la tortura...

(Paulo Coelho no quiso entrar en los detalles de aquella semana de torturas porque verbalizarlo suponía volver a revivir una de las experiencias más duras y humillantes de su vida. Vero lo torturaban siempre encapuchado. Y años más tarde tuvo la neta sensación de haber reconocido a uno de sus torturadores y que él también había reconocido a su víctima.)

-¿Qué pretendían de ti al torturarte?

—Que hablase, que les contara de la guerrilla en Bahía. Yo no sabía nada, no tenía ni idea. La técnica era la siguiente: si este tío es culpable, tiene que hablar muy rápido, porque después se acostumbra a las torturas. En el primer momento, entre el secuestro y la tortura, no reaccionas. Recuerdo que me sacaron del

taxi a mí y a mi mujer de entonces, nos secuestraron a los dos, vi el hotel Gloria y las armas, todo muy rápido. «¡Salga!», le dijeron a mi mujer y la sacaron agarrándola por el pelo. Yo miré al hotel y pensé: «Voy a morir ahora.» Me dije: «¡Qué estúpido, morir mirando un hotel!» Son esas tonterías que se piensan en los momentos más trágicos. A ella la metieron en un coche, a mí en otro; para ella fue mucho peor porque le decían que la iban a matar, a mí no. Me cogieron, me pusieron la capucha y me dijeron que no me iban a matar, que estuviera tranquilo, pero ¡cómo iba a estar tranquilo, si sabía que me iban a meter en un campo de concentración y me iban a torturar de los pies a la cabeza! Y yo sin poder, ni queriendo, contarles nada, porque no sabía lo más mínimo de la guerrilla.

(En este momento de la conversación, Coelho quiso contar algo muy íntimo que aún hoy lo atormenta. Una de las veces que le llevaron encapuchado al retrete, en uno de al lado estaba su mujer. Ella reconoció su voz y le preguntó: «Si eres Paulo, háblame, por favor.» Él tuvo un momento de pánico y reconoció perfectamente a su mujer, pero no se atrevió a contestarle. Supo así que también ella estaba en aquella cárcel y que seguramente la estaban torturando como a él. Vero no tuvo el coraje de decirle una sola palabra y se volvió a su celda. Coelho, con los ojos humedecidos, me comentó: «Fue el día de mayor cobardía de mi vida, del que me arrepentiré mientras viva.» Aquella mujer, cuando ambos salieron de las checas de tortura, le pidió sólo un favor: que nunca en adelante volviera a pronunciar su nombre. Y Coelho así lo ha hecho. Cada vez que habla de ella dice «mi mujer sin nombre».)

CAPÍTULO III

La vida privada

«Nunca estuve aterrorizado por la muerte porque la vi de cerca muchas veces.»

«Lo último que querría, al convertirme en personaje, es perder a los amigos.»

Muchos lectores de Coelho se preguntarán cómo es su vida privada, cómo se comporta de puertas adentro uno de los escritores más leídos del mundo. Cuáles son sus miedos, sus pequeñas satisfacciones, sus angustias. Quienes tienen la suerte de conocer de cerca al personaje, podrán notar que en realidad no existe tal personaje, porque Paulo Coelho, a pesar de su fama, de los miles de dólares que gana con su trabajo, de lo acosado que está internacionalmente, es una persona totalmente asequible, disponible, generosa, sencilla, casi un niño a veces. Una persona que no oculta las zonas negras de su pasado y que vive con entusiasmo lo que hace y las reacciones positivas que originan sus libros, sobre todo entre los jóvenes. De las reacciones negativas suele olvidarse en seguida y hasta llega a justificarlas, ha envidia le parece el mayor pecado de todos y el más tonto. ¿Un santo? No. Coelho es un personaje con grandes pasiones, con grandes defectos, a veces con un gran genio, con su pequeña carga de vanidad, capaz de ser muy duro si quiere. Vero, al mismo tiempo, posee una gran capacidad de entrega y una voluntad sincera de ayudar a los demás a hallar su destino personal. Eso es lo que a él le ha salvado de un pasado difícil, a veces trágico, que le llevó más de una vez al borde de la locura y de la muerte.

-¿Cómo vives tu vida privada? ¿La defiendes?

-No, no la defiendo, pero vamos a definir qué es mi vida privada exactamente.

-Lo que está fuera de tu vida pública, tu intimidad.

-Cuando estoy en Brasil, soy básicamente un ser muy solitario, no porque defienda esta vida privada, ni porque tenga nada que ocultar -aunque lo tengo, como todas las personas, pero lo que tengo que esconder lo hago de la manera más abierta posible, que es la mejor manera de ocultar una cosa-. Lo hago tan a la luz del día, que la gente no se lo cree y dice: «No puede ser.» Pero así es.

-¿Te consideras un hombre sociable?

-No. Soy más bien muy antisocial, aunque también aquí quiero matizar. Me encanta mi trabajo, soy un entusiasta de lo que hago. Si tengo que viajar, viajo; si tengo que hacer lo que es más difícil para mí -que es dar conferencias- doy conferencias. En cuanto a las entrevistas, me cuestan menos, porque son como una simple conversación, pero las conferencias son un horror para mí.

-¿Y el viajar tanto? Pues pasas más de medio año trotando por el mundo.

-Es verdad que estoy más tiempo fuera de Brasil que dentro, ya que hoy, como sabes, las editoriales quieren que el autor promocione sus libros. La verdad es que los viajes, hoteles, aeropuertos, todo eso lo llevo, si no de manera agradable, sí de forma estoica, en el sentido de que no me molesta, es parte de mi filosofía. Me ayuda a encontrarme con tantos de mis lectores, a sentirles el pulso, a compartir con ellos mis ilusiones e ideas. En ese encuentro con la gente hay momentos muy emocionantes. A mí me gusta, me enriquece. Y además, en los viajes se acaban conociendo personas interesantes e importantes para tu vida. Tú y yo, por ejemplo, nos encontramos gracias a uno de esos viajes míos a Madrid, para presentar *La Quinta Montaña*, como recordarás.

-No te importa viajar, a pesar de tu miedo a los aviones.

-No, ya no tengo miedo, lo tuve antes. Se me acabó una vez en la ciudad de Ávila, la ciudad de santa Teresa de Jesús, la gran mística española. Tuve una intensa experiencia religiosa, y allí sé que quedaron para siempre mis pequeños miedos, entre ellos los del avión. A propósito del avión, nunca olvidaré un viaje que hice cuando aún tenía miedo. Me cayó al lado una señora que no hacía más que beber. Una vez, mirándome, me dijo: «No crea que soy alcohólica, es que estoy muerta de miedo.» Y empezó a contarme todo lo que podría sucedernos si el avión tuviera una avería, si se cayera. Y todo con pelos y señales, como si lo estuviera viviendo. Parte de aquella experiencia sobre el miedo está en *La Quinta Montaña*, en la que se aborda también ese tema.

-Entonces, ¿eres un hombre sin miedos?

-No, aún me quedan pequeños miedos de muchas cosas, por ejemplo de hablar en público.

—¿Y el miedo a la muerte?

-No, no tengo miedo a la muerte, porque ya me encontré cara a cara con ella muchas veces en mi vida. Hubo momentos, cuando estaba metido en la droga y en la magia negra, como te contaré, en que estaba convencido de que iba a morir.

»Lo cierto es que, pensándolo ahora, no creo que el miedo a la muerte o el modo de morir fuera una constante en mi vida. Por ejemplo, el miedo que tenía al avión no era tanto el miedo a morir como el miedo a estar siempre cambiando, un poco perdido.

-¿Cuándo perdiste el miedo a la muerte?

-En realidad, el miedo a la muerte lo perdí cuando hice el camino de Santiago. Tuve una experiencia muy interesante e importante en la que viví mi propia muerte. Desde aquel momento no he vuelto a tener más miedo a morir. Yo ahora veo la muerte como algo que me infunde, al revés, muchas ganas de vivir. Castañeda habló muy bien de la muerte y tampoco le tenía miedo.

-Pero la muerte te va a llegar un día, como a todos. ¿Cómo te la imaginas hoy?

-En el *Diario de un mago* describo la muerte como a una especie de ángel, una figura tranquila que siento siempre a mi lado, desde que realicé el camino de Santiago. Claro que tengo plena conciencia de que tengo que morir. Por eso no invierto en acumular riquezas, invierto en la vida misma. Y creo que es lo que le falta a nuestra civilización. Sólo cuando tenemos plena conciencia de que vamos a morir nos sentimos vivos al ciento por ciento.

-No tienes miedo a la muerte, pero ¿al fracaso?

-Para mí resulta ya difícil concebir el fracaso. Pase lo que pase en el futuro, es difícil que me considere un fracasado, porque he conseguido de la vida mucho más de lo que esperaba y podía soñar. Entonces, fracaso no, si acaso podría ser derrotado. Y en tal caso, me lamería las heridas y volvería a empezar.

-A lo que tienes miedo es a que te publiquen después de tu muerte cosas que no quisiste publicar en vida.

-Sí, y en eso he sido muy tajante en mi testamento, en el que dejo todos mis bienes a la fundación de la que ya te hablé. He puesto también en el testamento que no quiero, por ningún motivo, que nadie publique algo que yo no hubiese autorizado en vida. Aunque les va a ser difícil, porque cada vez que escribo una cosa y después decido no publicarla, lo que hago es destruirla para evitar ese peligro que ha acechado a tantos escritores, y que tan poco me gusta. No me parece decente que cosas que un escritor no quiso publicar en vida se saquen a la luz después de muerto. A no ser en los casos en que ellos mismos hayan dejado dicho que algunas cosas no deben ser publicadas hasta después de su desaparición.

-¿Crees en la reencarnación?

-Lo que de verdad me tranquiliza no es el pensar en una posible reencarnación, sino el estar vivo. Tengo a la muerte muy presente y es como si se sentara delante de mí para recordarme cada momento: «Está atento, haz bien lo que haces, no dejes para mañana lo que puedes hacer hoy, no albergues sentido de culpa, no te aborrezcas a ti mismo.» Sí, la muerte es lo más natural que nos puede pasar.

-Y ante los miedos, ¿cómo te comportabas?

-Si tengo que serte sincero, Juan, siempre he tenido miedo a muchas cosas, pero una de mis cualidades ha sido siempre la de ser valiente ante los peligros. Nunca me he amilanado ante nada. El miedo nunca me ha paralizado en mi vida.

-¿Lo superas o lo sufres?

-Yo nunca supero el miedo, pero le hago frente. Superarlo es vencerlo, pero yo no lo venzo, sigo con él, convivo con él sin paralizarme. Sigo adelante. El coraje es el miedo que recita sus oraciones.

-Volviendo a tu vida privada, ¿qué es lo que más te incomoda en tus relaciones sociales?

-La parte más complicada para mí son los cócteles a los que muchas veces tengo que asistir. Cuando es con librerías, estoy bien, pero cuando es porque hay personas importantes a las que prometieron presentarme y no puedes decir que no, porque quien te lo pide es una persona que te ha ayudado mucho, lo soporto malísimamente. No me va el hacer de personaje. Tengo que ir a esas cosas -a veces puede que hasta acabe disfrutando-, pero te aseguro que, si puedo, lo evito. Prefiero quedarme en el hotel tranquilo, leyendo o haciendo lo que sea.

-¿Y cuando estás aquí, en Brasil, en tu casa?

-Mira, como cuando viajo estoy en constante expansión, en constante disolución, es como si toda esta energía volviera de nuevo a mí al regresar a casa. Ahora acabo de sacar mi nuevo libro sobre Verónica y tendré que volver a viajar, pero si no, me quedo en mi casa todo el día tan a gusto. Hoy, por ejemplo, tenía una boda, y las personas ya lo saben, envío unos regalos pero no salgo, me encanta estar aquí, adoro mi ordenador, caminar por la playa.

-¿Sabes estar solo?

-Sé estar solo. También es verdad que no lo estoy nunca completamente, porque estoy siempre con Cristina, mi mujer, pero ella se queda en su *atelier*, que está aquí enfrente, y yo me quedo ante el ordenador. Pasamos horas en que no hablamos el uno con el otro, pero uno siente la presencia del otro. Lo que sí me encanta es salir a pasear por la playa de Copacabana, que tengo aquí delante. Para mí, ese paseo, después de levantarme tarde de la cama, pues trabajo de noche, es un ritual que no puedo abandonar. Me gusta pasear, encontrarme con la gente y hacer las cosas de la manera más sencilla posible.

-No debe de serte fácil hacer las cosas con sencillez, ahora que te has convertido en un personaje para muchos inabordable.

-Sí, el único problema que me ha creado el éxito es algo muy curioso: que las personas empiezan a decirte algo que creo que en mi caso no es verdad y pienso que tampoco en el noventa por ciento de las otras personas a las que les llega la fama. Se trata de lo siguiente: las personas comienzan a decirte: «Sé que estás muy ocupado...» Y no es verdad, no estoy muy ocupado. «Que no te queda tiempo para nada y para nadie», y no es cierto. Mira, yo hoy me he despertado a las doce porque quería ver el partido de Francia, después tuve una larga entrevista, dormí un rato... pero no tengo nada que hacer. ¿Y qué voy a hacer?, pues adelanto las columnas para el periódico, porque sé que se acerca un período de mucho trabajo, pero desde que llegué a Brasil, sobre el 10, todavía no he hecho nada.

-Pero eso es algo que ocurre casi inevitablemente con todos los famosos, ha gente se cree que ya son seres fuera de la realidad, sin tiempo ni para respirar.

-Se crea incluso como una barrera entre ti y los viejos amigos. Incluso los más íntimos empiezan a hacerse más formales, piensan que algo ha cambiado en ti, que ya no eres el que ellos habían conocido y empiezan a tratarte también de una forma -distinta. Cuando, la verdad, por lo que a mí se refiere, no ha cambiado nada. Muchas veces oyes decir a estos amigos: «A mí me gustaba este Paulo cuando no era conocido.» Pero ¿cómo pueden decir eso, si soy el mismo? Al contrario, ahora estoy más contento con mis viejos amigos, ya que sé que son amigos no porque ahora sea famoso, sino que ya lo eran antes, cuando yo no era nadie.

-Pero la realidad es que cuando alguien se convierte en personaje resulta difícil no ser visto como tal incluso por los amigos de ayer.

-Sí, pero yo sigo existiendo, y la base de mi estabilidad exterior son mis amistades. Si pierdo ese contacto con los amigos, lo pierdo todo, me desequilibro. Eso ya me ocurrió en el pasado, ya cometí ese error cuando componía letras para canciones. Me creía entonces el rey del mundo, empezaba a ser famoso, a ganar dinero, trabajaba con una multinacional del disco y lo primero que hice fue cambiar de amistades. Me decía: «Ahora soy muy importante y ya no tengo que ver con estos hippies que viven con otras ideas.» ¿Y qué pasó? Pues que el día que perdí aquel trabajo me quedé completamente solo, porque las personas que creía que eran mis nuevos amigos dejaron de llamar y a los otros también los había perdido. Conocí eso por experiencia y me dije: «Si tengo una segunda oportunidad, voy a mantener mis amigos, no importa a qué precio.»

-¿Lo has conseguido esta vez?

-No del todo, pero esta vez no por mi culpa, pues mi voluntad sincera es no perder a mis amigos por la fama que me pueda rodear. Pero no es fácil, porque son ellos los que se comportan de manera más formal conmigo. Al principio, cuando salía algo en el periódico sobre mí, me llamaban todos para decirme que me habían leído o que me habían visto en la televisión. Hoy, hablo con el papa, y no hay una llamada para decirme: «Te he visto con el papa...»

—¿Es por envidia?

-No, no creo que sea por envidia, es más bien porque creen que soy inabordable, que una persona que ha sido incluso recibida por el papa ya no puede mantener sus viejas amistades. Pero se equivocan.

-Puede ser que ellos crean que, como ya eres tan famoso, es normal que te reciba el papa.

-Puede que lo piensen, pero yo no. Intento conservar la misma mirada infantil, es eso lo que me impulsa hacia delante. Si pierdo eso, pierdo el entusiasmo. Por eso me gusta encontrarme con los lectores simples que se cruzan en mis correrías por el interior de Brasil. Éste es un país fantástico, Brasil. Y la gente, más aún la del interior, es gente muy digna, abierta, que no se deja intimidar fácilmente. Son sinceras y sin retóricas; mientras advierto que el éxito muchas veces intimida un poco a las personas cercanas a ti. Por eso, al final te quedas sólo con un puñado de amigos que tampoco se dejan intimidar, que quizá también viven mis mismos problemas. Ellos me entienden y no se alejan de mí.

-Para los demás ya no eres una sola persona, eres dos, tú y tu personaje. Puede que por un lado seas el personaje inasequible y, por otro, el que eras antes, pero ya piensan que ése se ha acabado, que ya te has convertido en un personaje sin remedio.

-Pero eso nunca partió de mí, como ocurrió en 1979/1980, que yo me lo creía. Hoy, como tú sabes, soy abordable, soy accesible, o soy inabordable para cosas que no me interesan, pero para la vida no. Aunque a la vez que pierdo viejos amigos, estoy conquistando otros nuevos. Quizá no son los que un día cruzaron la montaña contigo, pero de todos modos son buenos amigos con los que puedo contar.

-¿Cómo te defiendes de las inevitables envidias que tienen que suscitar tus éxitos, sobre todo entre otros escritores?

-Yo, ante la envidia, me defiendo con procedimientos mágicos. Entonces creo una barrera protectora, porque no lucho contra ella. A mi juicio, la envidia es el más destructivo de los pecados capitales. Porque el envidioso no dice: «Quiero conseguir aquello.» No, lo que dice es: «No quiero que fulano tenga eso.» Eso es muy mezquino, la persona nivela el mundo desde abajo. Yo sé que puedo destruirme a mí mismo, que Dios me puede destruir, pero la envidia, no. Destruye sólo a quien la anida en su pecho como una serpiente venenosa.

CAPÍTULO IV Política y ética

«Para mí, la política es romper el muro de convenciones culturales que nos rodea.»

«Hay que hacer comprender que un escritor no es más importante que un vendedor de cocos.»

Durante toda su agitada vida juvenil, Paulo Coelho militó en los movimientos más progresistas, y hasta los Beatles le parecían conservadores. Siempre fue radical. Soñó con una sociedad alternativa y buceó en las creencias marxistas. Se manifestó siempre en su empeño político y ético como un radical enfrentado al sistema. Lo pagó caro: con el manicomio, la cárcel y la tortura.

Hoy, cuando es un hombre consolidado, de fama mundial, al que se ríen los grandes de la tierra y adoran sus lectores, ¿dónde se sitúa política y éticamente? Él sigue considerándose un animal político, pero quiere estar al mismo tiempo lejos de toda tentación partidista. En el fondo, sigue siendo, como en su juventud, un romántico que quiere creer que una fuerte convicción espiritual, un amor al misterio, a la tolerancia y a esa parte de magia positiva que existe escondida en la vida de cada uno, podría brindarnos un mundo menos infeliz, menos cruel y lleno de sueños no imposibles. Para dios, cree que no hay que prescindir, en medio de un mundo feroz de violencias y ansias insaciables de poder, del niño frágil que llevamos dormido en nuestro

interior y que habla de inocencias perdidas a las que no deberíamos renunciar si queremos entender algo de lo que somos y para qué vivimos.

-Tú vives aquí en Brasil, aunque pases medio año recorriendo el mundo. Este país en desarrollo, rico en potencialidades, alberga aún a cuarenta millones de pobres que viven al margen del sistema, totalmente abandonados a su destino. A su lado, todos somos ricos. Tú pasaste muchas necesidades antes de alcanzar su celebridad. Ahora eres un hombre rico, que ganas millones de dólares y vives en esta magnífica casa de Río de Janeiro, frente a esta playa de ensueño, Copacabana. .. Estoy seguro de que a muchos de tus lectores les gustará saber cómo te sitúas política y éticamente ante los desafíos del Tercer Mundo.

-Es evidente que mi visión del mundo y de la política se ha ido modificando con el tiempo. He vivido las experiencias más radicales, como bien sabes. He visto lo positivo y lo negativo de cada una de ellas. Todos estamos de alguna manera huérfanos de nuestros sueños de una sociedad más justa por la que luchamos y pagamos con nuestra persona.

»Hoy estoy convencido de que no son las grandes ideologías las que van a cambiar el mundo. Muchas de ellas han fracasado y existe el peligro de que nazcan otras nuevas más peligrosas aún, como ya lo apuntan los nuevos fundamentalismos. Yo sigo sintiéndome un animal político, pero la política que resuman mis libros es la de romper el muro de las convenciones culturales que acaban en fanatismo. Creo que lo más importante, como afirma vuestro filósofo Fernando Savater, es un fuerte compromiso ético de cada uno, sin el cual la sociedad del futuro será cada vez más cainita y menos fraternal.

—*Y en esa línea, ¿cuál es tu empeño personal?*

-Estoy convencido de que hoy cada persona debe poner su grano de arena a favor de la sociedad. Por eso creo profundamente en esa nueva ola de solidaridad que está creciendo en todo el mundo, y sobre todo entre los jóvenes.

»Para no quedarme en el mundo etéreo de las buenas intenciones, he querido hacer algo concreto, dentro de mis posibilidades, en el campo de la solidaridad, y he creado una fundación que lleva mi nombre y que sobrevivirá después de mi muerte

—*¿En qué consiste, exactamente?*

-En primer lugar te diré que de ella se encarga mi mujer, Cristina. Ella vela para que la finalidad que le hemos asignado se cumpla a rajatabla. Desde el primer momento he querido que sea una cosa seria y transparente. Tiene cinco objetivos: los niños abandonados de Brasil, los ancianos solos y sin recursos, la traducción a otras lenguas de autores clásicos brasileños, para dar a conocer la cultura de mi país, que es muy rica. Me interesan sobre todo los clásicos ya fallecidos, para evitar problemas de celos y de vanidades inútiles. El cuarto objetivo es el estudio de la prehistoria de Brasil, la historia no escrita de este país, que tanto amo. Estamos examinando cómo dar a conocer poco a poco los resultados de nuestra investigación. Ya he mantenido contactos con nuestro Ministerio de Cultura. Y he pensado también en darle difusión a través de Internet. Y, por último, el quinto objetivo es el único que desaparecerá con mi muerte, pues es algo muy personal* me he propuesto ayudar a algunas personas a conseguir el sueño o el capricho de su vida. Claro, que me piden de todo. Pero ahí soy yo solo quien decide a quién ayudar, que puede ser desde regalar a alguien una guitarra o una colección de libros a un amante de la lectura, hasta sufragar los gastos para que alguna persona pueda hacer el camino de Santiago, una experiencia que a mí me cambió la vida.

-Te van a acosar de todas partes.

-Ya lo estoy. Cada día, en el paquete de correspondencia que recibo, una buena parte es para pedirme algo. Pero no te oculto que el conceder o no algo que me piden, depende muchas veces de si en ese momento estoy o no de mala leche. Ahí me dejo llevar por mi instinto. Ahí decido yo solo. De lo demás, se encarga la dirección de la fundación.

-¿Qué cantidad dedicas a la fundación? Porque he leído cosas distintas y contradictorias.

-Pues, para que quede claro, dedico cada año trescientos mil dólares de lo que recibo como derechos de autor de mis libros. Aunque en realidad el año pasado, por un error mío en una entrevista, se convirtieron en cuatrocientos mil. Como lo había dicho y para no quedar por mentiroso, dedicamos otros cien mil dólares a comprar una nueva casa para los trabajos con los niños abandonados de las favelas, porque la que teníamos se había quedado pequeña. Por eso me temo que mi equivocación me va a costar en adelante cien mil dólares más cada año.

-¿Por qué quisiste dar publicidad a la fundación? Al principio, nadie sabía nada de ella, trabajabais en silencio.

-Es verdad, pero un día salió una pequeña nota en un periódico y mi sorpresa fue que, gracias a aquello, pude tocar con mi propia mano la impresionante red silenciosa de solidaridad que existe en la sociedad, cosa que te reconcilia, porque piensas que entonces el ser humano no es tan ruin como imaginamos. Miles de personas se ofrecieron para ayudarnos.

»Descubrí, además, que esta red de solidaridad silenciosa es muy variada, porque aún no sólo a jóvenes idealistas o a adultos que quieren hacer algo por los demás, aunque no tengan recursos, sino también a empresarios importantes, a jefes de industrias con mucho dinero. Pero en lo que no hay diferencia es en el entusiasmo que ponen en hacer algo de verdad y concreto por los más necesitados. Y de hacerlo sin ruido, de puntillas, como dice el Evangelio, sin que la mano derecha sepa lo que hace la izquierda.

-¿Y cómo te sitúas en el ámbito más estrictamente político?

-Como ya te dije antes, me considero un hombre político, pero no de partido. Creo que con mis libros hago política, porque ayudo a la gente a tomar conciencia de muchas cosas con mi Leyenda Personal, con el despertar de la parte femenina, la necesidad de rasgar el Manual del Buen Comportamiento y pagar el precio de sus sueños. Además de alertar a la gente contra los fanatismos de todo tipo, contra quienes intentan suplantar a sus conciencias; contra la falsa cultura del saber y contra la hipocresía de una cierta política que, más que servir, se sirve de los ciudadanos para sus caprichos personales.

-¿Has tenido alguna vez, dada la fama que te rodea, la tentación de hacer política de partido?

-Presentarme a las elecciones, no. No me interesa esa política de partido. Pero lo que estoy haciendo es política. ¿Acaso no es política intentar destruir el muro que separa a la gente del poder? ¿La fusión entre lo imaginario y lo real? La política tradicional ya tiene sus líderes y sus representantes populares. A mí me interesa otro tipo de política.

-Tú sueles afirmar que política es también hacer las cosas con entusiasmo y bien hechas.

-Sí. Para mí, una forma de hacer política es repetir de todas las maneras posibles que es necesario vivir la vida con entusiasmo, que cada uno es responsable de su propio destino y que no debe delegarlo en nadie, que en el mundo no es más importante un escritor, por famoso que sea, que un vendedor de cocos o que un policía que en la calle vela por tu seguridad, aunque a veces él pueda sentirse, erróneamente, más importante que nadie.

»Para mí, política es contribuir a cambiar lo que yo llamo la «Academia», es decir, el saber convencional, fosilizado, burocrático, que se cree poseedor de la única sabiduría. El poder de los privilegiados. Hay que volver a dar rienda suelta a la creatividad, dar voz al hombre común; considerar que no deben existir privilegiados del saber que se creen con títulos y méritos para imponer su cultura a los demás.

»En este sentido, creo que puede ayudar mucho Internet, un instrumento que, pese a todos los peligros que conlleva, puede contribuir a que todos tengan la posibilidad de dejar oír su voz, por desentonada que sea. Si los

poderosos no estropean Internet adueñándose de ella, creo que podrá ser un formidable foro de debate universal, donde nadie se sienta excluido. Creo que puede crear una sana anarquía, que no puedan controlar quienes detentan el poder mundial. Pero a lo mejor es una utopía más en la que quiero creer.

-Pero si alguien te pregunta cómo te sitúas hoy ante los nuevos movimientos de liberación del Tercer Mundo, como el de los indios de Chiapas en México, o el de Los Sin Tierra de Brasil,¹ ¿qué les respondes?

-Yo siempre tomo postura. Nunca me niego a dar mi opinión, a favor o en contra, pero nunca me callo; siempre me mojo.

-¿Qué opinas, entonces, de estos movimientos?

-Depende. De Chiapas, veo más bien el lado romántico, porque no lo conozco a fondo. En cuanto al movimiento de Los Sin Tierra, que conozco más de cerca, admito que hay momentos en que no estoy tan de acuerdo con

1. Movimiento de campesinos que luchan contra el latifundio y para conseguir tierras en propiedad.

ellos, porque a mi parecer no siempre actúan de manera coherente.

(Al día siguiente Coelho quiso volver sobre el tema. Temía que hubiese podido quedar poco clara su posición y eso le preocupaba de cara a sus lectores.)

-Decías que nunca te niegas a dar tu opinión sobre temas conflictivos de política, que no te importaba dar la cara.

—Es verdad, pero el problema es otro. Mira, desde que me he convertido en un hombre famoso, todos requieren mi opinión, hasta sobre las cosas más peregrinas, desde la muerte de Diana al fútbol. En este último aún, porque me gusta mucho y algo sé, pero hay cosas de las que no tengo ni la menor idea y me obligan a opinar. Algo parecido me ocurre con la política. Yo no me considero un hombre ajeno a la política, puesto que la política gestiona nuestras vidas. No se puede ser neutral políticamente porque si no, dejas que los otros decidan sobre tu vida y sobre tus intereses. Hay que participar activamente. Pero yo no soy un político de profesión, ni un especialista en filosofía política.

-Pero, por ejemplo, sobre el movimiento de Los Sin Tierra, no es tan difícil opinar. Poseemos mucha información, es más bien saber de qué parte se inclina nuestro corazón.

-No es sólo cuestión de corazón. Hay que saber reflexionar sobre el fenómeno. A mi parecer, dicho movimiento comenzó muy bien, con acciones muy concretas, ya que existen inmensos latifundios y es lógico que Los Sin Tierra pensaran en ocupar esos terrenos y crear una situación social nueva. Hace poco me entrevistaron sobre el tema y mi posición fue muy clara.

»Lo que pasa es que, quizá por falta de experiencia en el movimiento, están ocurriendo cosas que me gustan menos. Hay, por ejemplo, ocupaciones que no se justifican. A finales del año pasado me encontré personalmente con el líder del movimiento, Stedile, en una cena en casa del representante de la Unesco, en Brasilia.

-¿Qué impresión te produjo?

-Tuvimos la posibilidad de conversar y de intercambiar opiniones. Me pareció una persona con la cabeza bien puesta, pero no creo que esté utilizando su gigantesco poder de una forma política del todo adecuada. Y me refiero a la política convencional. Mi miedo es que pueda ser manipulado por las fuerzas de derechas, como ya le ocurrió a la guerrilla brasileña, que, a partir de un cierto momento y de algunos de sus errores, dio pábulo y justificación a la represión que ejerció la derecha. Ese es mi miedo también hoy. Creo que están cometiendo algunas exageraciones y eso me apena y me preocupa, porque podría perjudicar la lucha de una izquierda democrática que se ha instalado en este país, aunque no podamos decir todavía que tenemos un gobierno de izquierdas.

-¿No ves nada positivo en ese movimiento?

-Claro que sí, por eso me apena que pueda ser instrumentalizado a causa de sus errores. Una de las cosas positivas que veo es que al parecer empiezan a establecer ciertas alianzas con otras fuerzas. Siempre es necesario equilibrar el rigor de ciertas ideologías con la compasión para saber intuir el momento en que se vive. Por otra parte, veo al PT (Partido de los Trabajadores, de Lula, de izquierdas) mucho más maduro. El movimiento de Los Sin Tierra puede ser una fuerza positiva para el PT, pero también negativa si pierde la brújula de la política posible.

-¿Cómo ves en general la situación de Brasil, un país emergente con muchos problemas pero que podría ser un punto de referencia importante para toda América Latina, si consigue una reforma social importante que incluya a los más pobres a la mesa de los bienes?

-Con toda sinceridad te diré, yo que jamás he sido de derechas, que hoy tenemos un gobierno en Brasil consciente de la problemática social. Su presidente, Fernando Henrique Cardoso, ha estado en la cárcel, no nos avergonzamos de decir que es nuestro presidente, como ocurrió en otras ocasiones. Ha sido un sociólogo importante, que conoce el juego político, tiene un gran prestigio internacional y sabe negociar con todos, hecho importante en política, si se dice que ésta es el arte de la negociación y del compromiso.

-Este fin de siglo acaba muy revuelto e incierto. En él ha habido demasiada sangre y demasiadas guerras. Sabemos que no va a pasar nada espectacular con el nuevo siglo, como ya has dicho muy bien. Vero ante lo que sí estamos, como afirma Saramago en mi libro, es ante el final de una civilización. Y no somos capaces de intuir cómo podrá ser la que está naciendo. ¿Con qué sentimientos ves acabar esta civilización? ¿Con miedo o con esperanza?

—Es difícil hacer profecías. Lo que puedo decirte es que todo va a depender de lo que ocurra en los próximos cincuenta años. Ellos podrían marcar el nuevo milenio. Mucho dependerá de que las personas se decidan a emprender una búsqueda espiritual seria y sólida. Malraux ya dijo que el próximo siglo será espiritual o no será. Otros dicen que va a ser el siglo de lo femenino. De lo contrario, existe el peligro de que explote la bomba del fundamentalismo, que paradójicamente, a mi entender, supone la falta de fe.

-¿ Y cuál puede ser el antídoto del nuevo fundamentalismo que empieza a rodearnos?

-Puede parecer banal, pero es necesario entender que la búsqueda de nuestro camino espiritual tiene que ser la búsqueda de la responsabilidad individual, sin delegarla en maestros, ni en capitanes de navío. Es necesario incrementar los valores de la tolerancia, la idea de que hay espacio para todos en cada uno de los sectores, en la religión, en la política y en la cultura. Que nadie debe imponernos su visión del mundo. Como dice Jesús: «En la casa de mi padre hay muchas moradas.» No tienen por qué hacernos vivir a todos en el mismo piso o con las mismas ideas. La riqueza está en la pluralidad, en la diversidad. Lo demás es fascismo. Con el fundamentalismo volveríamos a lo más hondo del peor de los oscurantismos del pasado.

»Lo que hay que proclamar es que uno puede ser ateo o musulmán o católico o budista o agnóstico sin que pase nada. Cada uno es responsable de su conciencia. Lo contrario lleva irremediablemente a las guerras, porque es concebir al que es diferente como el enemigo a combatir.

-¿Les hablaste en Davos a los grandes gurús de la economía mundial del peligro de la globalización del espíritu?

-Mi sorpresa en Davos fue constatar que también los que en este momento tienen el poder económico y político están interesados en los temas de la nueva espiritualidad, no ligada al fundamentalismo sino a la libertad del espíritu. Me impresionó, por ejemplo, Shimon Peres, que me habló de su idea para conseguir la paz en Oriente Medio. Me dijo que es necesario «privatizar» la paz, es decir, interiorizarla, lo que significa que hay que empezar

con que cada persona se enamore de la paz y la convierta en su programa de vida. Eso supone dar prioridad a la tolerancia sobre la intolerancia. Y es importante que esa idea venga de Israel.

-¿Qué es lo que temas más concretamente de este siglo de la «globalización»?

-Me preocupa que la idea de la globalización económica se transfiera a la globalización de Dios. De la misma manera que me horroriza la idea de una cultura homogénea hecha a la medida de todos, me da miedo la idea de un Dios estándar, dogmáticamente válido para todos, no personal, en lugar de que pueda ser descubierto con el color de la conciencia de cada ser humano. La cultura y la religión tienen que ser expresión del alma individual. La misma comunidad de creyentes tiene que estar formada por la suma de personas libres y originales, distintas, cada una con su propia riqueza espiritual. El gran peligro del mercado global consiste en producir una cultura como control universal de las mentes. De ahí a un nuevo nazismo, el paso es muy pequeño.

-Tú mencionas mucho la lucha, hablas a menudo de batallas, del «guerrero de la luz», objeto de uno de tus libros. Alguien podría pensar que el guerrero de la luz está más cerca de la guerra que de la paz. ¿Qué es lo distintivo del verdadero guerrero de la luz"?

-Muy sencillo: en el plano personal, aceptarse como persona que no puede ser polarizada por sus miedos, luchar contra ellos, y seguir adelante, en busca de la Leyenda Personal. En el plano colectivo, evitar toda forma de fundamentalismo cultural, político o religioso; evitar todo lo que signifique exclusión de los otros, de los que son distintos, y abrirse con entusiasmo a toda forma de experiencia nueva, de comunicación entre los hombres, de coparticipación y, si me lo permites -aunque la palabra esté muy prostituida- de amor.

-En una ocasión, creo que fue en Italia, hablaste de la «ética del riesgo». ¿Cómo la defines?

-Para mí, esa ética del riesgo supone la capacidad de seguir siendo osado, a pesar de que todo lo que nos rodea nos llama a gritos al inmovilismo. De hecho, cada vez más la sociedad nos impone a todos normas muy férreas de comportamiento. El coraje de infringir esas reglas es precisamente el riesgo del conocimiento verdadero, que supone siempre la ruptura de paradigmas tradicionales y obsoletos. Aquí reside la sabiduría del loco, que es el tema de mi última novela, como sabes.

-¿Eres de los que creen que las nuevas tecnologías y los nuevos adelantos científicos son más bien negativos para el desarrollo del espíritu?

-No. Es verdad que mucha gente piensa que la tecnología lo ha estropeado todo, que nos ha quitado humanidad. Yo no lo creo y es una de las pocas cosas en las que no estoy de acuerdo con Saramago cuando en tu libro de conversaciones manifiesta su miedo a estas tecnologías.

-Más que miedo, él dice que ya no van con su generación, que él ha llegado demasiado tarde, aunque sí es verdad que afirma que una carta electrónica «nunca podrá ser emborronada por una lágrima».

-Lo que yo quiero decir es que la tecnología y los adelantos científicos, desde Internet hasta los teléfonos celulares y a todas las novedades que nos puedan llover encima, forman parte del camino de la humanidad al brindarle la facilidad y comodidad en sus trabajos. Lo importante es que no los convirtamos en dioses y sepamos usarlos como lo que son, instrumentos que nos facilitan la vida y nos permiten una mayor posibilidad de comunicación entre los semejantes. Porque no te olvides que el mayor pecado de la humanidad es la incomunicabilidad, la soledad no buscada ni amada, el olvidarnos que fuimos creados para encontrarnos, para ser los unos espejos de los otros. Y todo lo que facilite el encontrarnos y comunicarnos contribuye en definitiva a que seamos menos inhumanos y más solidarios.

CAPÍTULO V

Lo femenino

«Toda mi vida ha estado regida por la energía femenina, por la mujer.»

«Antes de conocer a la mujer no sabía qué es la compasión.»

Es imposible conocer la personalidad de Paulo Coelho sin entender la parte que en su vida y en su obra ha tenido el elemento femenino. Como reconoce en estas conversaciones, la mujer ocupó y sigue ocupando un lugar fundamental en su vida. Él, que sobre todo había caminado por la senda del guerrero de la luz, de la lucha, en sintonía con su identidad masculina, un día quiso descubrir la mujer que también anida dentro de él. Y fue cuando se encontró de bruces con un elemento nuevo de su vida: la compasión, el dejarse llevar por la vida, sin tener que defenderse siempre. Fue también su encuentro con la parte femenina de Dios. Hoy, sus libros no se entenderían sin esa visión que tiene de la mujer y de lo que ella representa dentro y fuera de nosotros. Dos de sus obras: Brida y Verónica decide morir llevan nombre de mujer, y en muchas otras los personajes femeninos son fundamentales. Vero quizá la obra que mejor revela el lado femenino es A orillas del río Piedra me senté y lloré, que Coelho escribió como si fuera una mujer.

-Vamos a hablar de la parte que hay en ti de mujer, porque estoy convencido de que el siglo que viene va a ser fundamentalmente el de la mujer.

-Yo también estoy seguro de que el próximo siglo va a estar muy marcado por una mayor presencia de la mujer en la sociedad. El hombre acaba este siglo con mayor crisis de identidad que la mujer, que, por lo menos, sabe mejor lo que quiere y la autonomía que le falta por conquistar, tras siglos de dominio masculino absoluto.

»En cuanto a mí, podemos hablar de dos cosas: de la mujer en mi vida y de la mujer que soy yo, ya que me siento a la vez hombre y mujer.

-Empecemos por lo que ha significado la mujer en tu vida.

-La verdad es que toda ella ha estado regida, de alguna manera, por la energía femenina, por la mujer. Estamos en plan de confesión total. Entonces te voy a contar algo muy personal, muy emblemático de mi relación con la mujer. Porque lo que me pasó con mi primer amor es lo que me pasó después con todas las mujeres que encontré en mi vida, empezando por mi actual mujer, Cristina.

»Yo tenía muchas ganas de hacer teatro. Fue, como ya te conté, el primer sueño de mi vida junto con el de ser escritor. Pero no tenía ni una gorda, porque no ganaba dinero. Además, estaba liado con los problemas de mi familia, que no soportaban mis veleidades artísticas, y esperaban de mí una profesión más respetable, como la de abogado o algo similar. Fueron los tiempos en que me internaron en el manicomio. Yo era la oveja negra de la familia, pero como buen guerrero, seguía luchando por mi sueño de hacer teatro.

-Y una mujer te hizo de ángel de la guarda.

-Sí, y era uno de los momentos más duros para mí, aunque ahora me doy cuenta de que en verdad estaba forjando mi voluntad con todas aquellas pruebas. Si hoy puedo vivir sereno, sin conflictos interiores, lo debo a aquellas batallas de entonces con mis padres, que podían haberme destruido para siempre, pero que gracias a Dios sirvieron para templar mi espíritu en las luchas futuras...

»Entonces, en aquel momento, yo seguía con mi idea de hacer teatro, pero no sabía a quién dirigirme, cuando entra en mi vida una mujer, casi una niña. Yo tenía dieciocho años y ella diecisiete. Aquella mujer fue emblemática en mi vida.

-¿En qué sentido?

-Te lo voy a contar, porque estos episodios dicen mucho de la esencia del ser humano, y en este caso concreto de la esencia de la mujer. Cuando cumplió dieciocho años, como es costumbre en Brasil, los padres le organizaron una gran fiesta en la que la joven, que ha llegado al rubicon de su vida, al cumplir la mayoría de edad recibe regalos de familiares y amigos. La chica se llamaba Fabiola, era guapísima, rubia, con ojos azules y tenía que estar ilusionada con los regalos que iba a recibir. Era la primera gran fiesta de su vida. La verdad es que a su lado me sentía un poco humillado, porque yo no tenía ni una peseta y tenía que pedirle dinero a ella hasta para comprarme los cigarrillos. Era muy duro.

-¿Te invitó a la fiesta de familia?

-No, hizo mucho más. Sin que yo supiera nada, pidió a sus familiares y amigos que en lugar de hacerle regalos le dieran dinero. Y cuando lo había recogido todo, vino y me dijo: «Paulo, tu sueño es hacer teatro. Pues lo vas a hacer. Yo he pedido dinero en vez de regalos. Y aquí lo tienes. Ahora puedes probar a realizar tu gran ilusión.»

-Y pudiste empezar a trabajar en el teatro.

-No me parecía verdad. Se me abrió un camino nuevo. Al principio, ella me ayudaba incluso en mi trabajo. Pasaron los años y yo me fui afirmando y abriendo puertas. Mientras tanto, nos dejamos. Pero un día, cuando yo trabajaba en la TV Globo, que era la más importante de Brasil, escribiendo textos y guiones de programas, apareció por allí.

-Quería volver contigo.

-No. Fue mucho peor. Venía a pedirme un favor y yo no se lo hice. Y en aquel momento Dios me hizo tocar el fondo de mi falta de generosidad. Te cuento: ella llegó muy alegre y me dijo: «Paulo, no haces teatro, pero haces guiones para la televisión, es estupendo», y añadió: «Te quiero pedir un favor. He sabido que tu director tiene un teatro y me gustaría que me presentaras a él, ya que desearía ser actriz.» Esta vez se repetía mi historia pasada, cuando yo quise hacer teatro y ella me ayudó a conseguirlo con una generosidad increíble, renunciando a sus regalos.

-Y tú te olvidaste de lo que ella había hecho por ti.

-No es que me hubiese olvidado, pero la verdad es que fui un cobarde, porque no me atreví a pedirle aquel favor a mi director. Y le dije: «Fabiola, no puedo ayudarte.» Y ella se fue triste. Yo en aquel momento era muy insensible y pensaba sólo en mí, pero al cabo de un año tuve conciencia de lo que había hecho, me avergoncé muchísimo y en el fondo de mi corazón deseaba que Dios me diera otra oportunidad para lavar mi mala conciencia.

—¿Y te la dio?

-Sí, Juan, porque Dios primero te hace ver lo peor de ti y después te brinda una nueva posibilidad de rescate. Resulta que, al final, Fabiola renunció a su deseo de hacer teatro y emprendió la carrera de escultora, en la que acabó triunfando, pues tiene un talento fantástico. Un día, cuando yo era ya un escritor afirmado y famoso en Brasil, se encontró conmigo en un bar. Me dijo: «Qué magnífico, Paulo, que estés triunfando con tus libros.» Yo me sentí terriblemente avergonzado después de lo que había pasado y le dije mirándola a los ojos: «Pero ¿me tratas aún con cariño, cuando yo fui un hijo de puta contigo?» Pero ella ni se daba por aludida. No tuve ni necesidad de pedirle perdón. Es lo que comentábamos el otro día, cuando decíamos que el máximo de la grandeza de alma es cuando no necesitas perdonar a alguien porque no te has sentido ofendido, ya que perdonar es siempre de algún modo sentirte superior, humillar a quien perdonas.

-Ella, más que perdonarte, había olvidado todo generosamente para que no te sintieras humillado.

-Sin duda. Pero me brindó una nueva oportunidad. Me dijo: «No te preocupes de lo pasado, quizá fue mejor que yo no hiciera teatro. Ahora estoy feliz con la escultura, y quería pedirte un nuevo favor.» Yo me sentí ilumina-

do y le dije: «Pídeme lo que quieres, esta vez no te voy a defraudar.» Me contó que su ilusión era hacer una escultura y poder colocarla en una plaza pública de Río de Janeiro. Yo le contesté: «Mira, Fabiola, no me importa lo que cueste, pero ya te digo que la estatua la vas a tener, yo la voy a pagar y me informaré sobre los permisos necesarios para que puedas colocarla en una plaza.»

—¿Y lo conseguiste?

-Sin duda. Está ya colocada en la plaza de Nuestra Señora de la Paz. Si quieres puedes ir a verla. La escultura representa a dos niños, que somos nosotros dos. Ella quería que la escultura llevase grabado que era una donación mía. Pero yo me negué rotundamente y le dije: «No, no te estoy donando nada. Eres tú quien me estás dando la posibilidad de resarcirte de un viejo pecado mío contigo.» Es una historia importantísima para entender mi vida, por eso he querido contártela.

-En el fondo, aquella mujer te dio la posibilidad de reconciliarte con la parte mejor de ti mismo y de mostrarte tu parte más negativa.

-Lo cierto es que todas las mujeres que pasaron por mi vida llegaron a mi puerta en un momento crítico. Ellas me llevaron de la mano, me toleraron, me hicieron cambiar de rumbo.

-¿También tu mujer de hoy, Cristina?

-Sin duda. Llevamos dieciocho años juntos. Ella me animó a ser escritor. Me dijo un día: «¿Quieres ser escritor? Pues venga, vamos a viajar.» Gracias a ella, viví muchas experiencias importantes, me hizo conocer a mucha gente interesante, me brindó en cada momento una compañía magnífica. Después, cuando llegó el éxito, me ayudó a mantenerme sencillo, sin arrogancias. Me ha acompañado siempre en mi camino, nunca luchó en contra de lo que yo buscaba, me ha respetado, me ha apoyado, me inyectaba entusiasmo cada vez que yo lo perdía, me apoyó en mis momentos de flaqueza.

»Lógicamente, tenemos también nuestras peleas, como todo el mundo. Yo hoy paso casi doscientos días del año lejos de ella, pero la siento siempre cerca y ella cuida con amor de la fundación y se realiza con la pintura que tanto ama.

-¿Cómo os conocisteis?

-En un momento terrible. Porque era cuando yo pasaba por poco menos que un endemoniado, ya que estaba liado con las sectas satánicas. La primera vez que vino a mi casa, yo tenía sobre mi mesa un libro sobre satanismo. Le pregunté: «¿Qué vas a hacer hoy?» Ella me dijo que iba a cantar en la plaza con los evangélicos, porque entonces formaba parte de esa Iglesia. Me fui a verla cantar y quedé totalmente seducido. Y a partir de entonces me acompañó en mi vida hasta ahora. Sabe que a mí me encantan las mujeres, pero no me tortura, ella sigue fiel a sus valores y, en definitiva, los dos estamos juntos por amor.

-¿Y tus mujeres anteriores?

-Todas fueron mejores conmigo que yo con ellas. Ya te he hablado de Fabiola. Mi primera mujer se llamaba Vera, era yugoslava, bastante mayor que yo. Tenía treinta y tres años cuando yo tenía veintiuno. Me enseñó las cosas más importantes de una relación, que van desde el sexo hasta la capacidad de diálogo. Mi segunda mujer es la que llamo mujer sin nombre, porque fue a la que secuestraron conmigo los paramilitares y con la que fui tan cobarde, como te conté. La tercera, con la que me casé, fue alguien muy importante para mí. Era muy jovencita, tenía diecinueve años y yo veintinueve. Trabajaba conmigo en la empresa de música Polygram. A pesar de que entonces me consideraba ya muy normal, me comporté con ella muy mal y sufrió experiencias traumatizantes. Yo era así. Sin embargo, no hubiese sido nada sin estas mujeres de mi vida, que eran mucho más maduras que yo. Hoy mismo, además de Cristina, mi mujer, que tanto me equilibra, todas mis relaciones profesionales son con mujeres, desde mis agentes literarias a mis editoras. Las mujeres están siempre presentes en cada minuto de mi vida.

-Será porque sabes conectar con ellas. No todos los hombres despiertan ese amor en las mujeres. Pero ¿cómo es la mujer que anida en tu personalidad?

-Si te digo la verdad, desde el punto de vista de mi lado femenino interior, más bien siempre me había defendido de esa parte. Como guerrero que soy, me gusta librar todas las batallas, y había alimentado más bien mi parte masculina. Por eso, desconocí la compasión, la pasión por la vida, hasta que fui descubriendo lo que también llevo de mujer en mi interior, que es una dimensión importantísima, sin la cual nunca seremos hombres completos.

-¿Cuándo empezaste a tomar conciencia de la necesidad de tu parte femenina?

-Como te he contado, he luchado toda mi vida contra los obstáculos que se interponían en mi camino, tomé decisiones importantes, como la de abandonar la droga en un cierto momento. Pero la vida se imponía. A veces me irritaba conmigo mismo y me decía: «No sabes nada de la vida, no tienes control sobre nada.» E intentaba relajarme, dejarme llevar. Y en aquellos momentos en que conseguía abandonarme, me sentía mejor, era como si me dejara conducir por la vida, pero en seguida volvían los problemas y advertía que de nuevo era necesario controlarse, tomar decisiones, que no bastaba con dejarme llevar por el río de la vida.

-Hasta que...

-Hasta que después de haber realizado el camino de Santiago, desde Francia, que fue la experiencia más fuerte de mi vida, decidí hacer también lo que en la tradición RAM -una tradición espiritual muy antigua, de hace quinientos años, que nació en el seno de la Iglesia católica y a la que pertenezco con otros cuatro discípulos- se conoce con el nombre de «camino femenino». Otros le llaman también el «camino de Roma». Su misión es revelarnos el lado femenino de nuestra personalidad. De aquella experiencia nació mi libro *Brida*, que es la historia de una mujer a la que conocí en ese camino y cuya experiencia estaba muy cercana a la mía. De alguna forma, *Brida* es esa mujer que yo estaba buscando dentro de mí.

-¿En qué consistía exactamente ese camino?

-A muchos les podrá parecer una tontería, pero para mí fueron setenta días inolvidables y fundamentales. Tú caminabas a tu criterio, sin que ningún maestro te dijera por dónde tenías que ir. Lo principal consistía en recordar tus sueños. ¿No están los sueños ancestralmente ligados al alma femenina? Y durante el día tenías que realizar lo que habías soñado al pie de la letra.

-¿Tú tenías que interpretar el sueño?

-No se trataba de interpretarlos, sino de hacer lo que habías soñado. Si, por ejemplo, habías soñado con una estación de autobuses, tenías que ir a la estación de autobuses más próxima y ver lo que allí te acontecía. Lo mismo, si soñabas con un garaje. Una noche soñé con el fútbol. Iban a jugar Brasil y Dinamarca. Soñé que Dinamarca iba a ganar por tres a dos. Cuando iba ganando por dos dije: tiene que haber otro gol. Y lo hubo, y el partido acabó tres a dos como había soñado, sólo que al revés, pues ganó Brasil.

-¿Y si no soñabas?

-Siempre soñaba algo, porque te pasa algo parecido a cuando haces psicoanálisis, que no es que sueños más, es que te acuerdas mejor de los sueños. Cuando alguna vez le decía a mi maestro que no había soñado nada, él me decía: «Claro que has soñado, algo se sueña siempre.» Yo le respondía: «Es que he soñado sólo con un garaje.» Y él me contestó: «Qué querías, ¿soñar con la Virgen? Pues vete a un garaje y mira qué pasa.»

-¿No has tenido alguna vez la sensación de haberte equivocado?

-Una vez me equivoqué de verdad, y casi me cuesta la vida. Yo había soñado con un nombre: Gez, que es el nombre de un monte, pero también el de una capilla que estaba en un pueblo cercano. Pero yo creí que el nombre se refería al monte. Y pensé que tenía que ir allí. Pero era un monte difícilísimo de subir y a punto estuve de dejar allí el pellejo. La verdad es que me había equivocado, porque se trataba de una capilla que estaba en un pueblo cercano y tenía el mismo nombre que el monte.

-¿Por qué se le llama el camino femenino?

-Porque ese camino, al revés del camino de Santiago, donde según la tradición RAM desarrollas sobre todo el poder de tu voluntad, basado en la disciplina y en el esfuerzo personal, en el camino femenino desarrollas y descubres sobre todo la parte de la compasión, de la meditación, del acercamiento a las raíces de la vida, a la tierra. El camino de Santiago es más activo, más de batalla. Por eso yo suelo decir que es más «jesuítico», porque los jesuitas tienen como fundador a san Ignacio de Loyola, que era un soldado. Mientras que el camino femenino es más contemplativo, es decir, más «trapista», porque son estos monjes quienes se dedican a la meditación y a descubrir los abismos de tu interior. Es una religiosidad más femenina que la de los jesuitas, porque estos monjes trabajan con sus manos y cultivan el huerto a la vez que hacen largas meditaciones. Los jesuitas son más activos y están más en las batallas del mundo.

-En realidad, la primera diosa de la historia fue femenina, la diosa Gea, que era la diosa de la fecundidad de la tierra. Hasta que poco a poco los varones, que eran guerreros, hicieron a Dios masculino. Fue entonces cuando la mujer empezó a ser relegada a un segundo plano y Dios se convirtió más bien en un señor severo, justiciero, siempre con él castigo pronto en la mano, ávido de sacrificios.

-Por eso no me gusta la manera en que las religiones han robado a Dios su rostro femenino, de compasión, de amor a la vida, a los hombres y a las cosas. De hecho, la creación es un proceso femenino, lento, misterioso, no conectado a nuestra lógica masculina, sino a la esencia de la feminidad, que es la protectora de la vida y no ama las guerras que matan el fruto de sus entrañas.

-¿A qué llamas el «despertar femenino»?

-Es una expresión que nada tiene que ver con lo sexual, sino como un pensamiento libre, fuera de la lógica convencional. Como sabes, no pocos escritores usan a la mujer como una figura simbólica para explicar esta fusión entre lo intuitivo y lo lógico, algo que tiene que ver mucho con los sueños. La mujer de Poncio Pilatos, según la narración de los Evangelios, tuvo un sueño que no fue respetado por el raciocinio lógico de su marido, quien se equivocó por no escucharla. Y en *Julio César*, Shakespeare coloca a la mujer del casi emperador alertándole de los peligros de acudir al Senado aquella tarde de marzo. Julio César, lógicamente, pensó que una mujer poco podía entender del momento político que estaba viviendo. Y también se equivocó.

-¿Fue fácil el reencuentro con tu parte femenina?

-No, fue lento y difícil, porque tenemos que irnos despojando de esa cultura que nos ha creado el saber oficial, que es siempre masculina y que desprecia los valores femeninos. Como si en la historia no hubiese existido más filósofo que Descartes. Han existido también los místicos, que no ven las cosas sólo con los ojos de la lógica cartesiana, del dos más dos son cuatro. Con la sola lógica perdemos el contacto con el misterio, con la lujuria de lo imaginario. Por eso yo amo la filosofía oriental de la paradoja, que no es la de línea recta, sino la del círculo, donde algo puede ser y no ser al mismo tiempo, porque la vida no es un robot con respuestas prefabricadas. Es imprevisible y puede cambiar cada segundo.

-A propósito del dos más dos son cuatro de la matemática clásica, el filósofo español Fernando Savater, en un libro de conversaciones como éste, me dijo: «Las reacciones sentimentales no se pueden medir, mientras que la inteligencia juega siempre con magnitudes fijas que se pueden calcular. Dos más dos son cuatro en las matemáticas, mientras que dos disgustos más dos disgustos no son sólo cuatro disgustos, sino que es lo que a veces te lleva a tirarte por la ventana.»

-Me parece magnífico.

-Lo que ocurre es que nuestro saber, sobre todo en Occidente, menos, por ejemplo, en las culturas africanas, es fundamentalmente masculino.

-A mí me gusta mucho la tradición de la paloma y la serpiente. A veces necesitamos símbolos físicos para entendernos mejor. La imagen clásica, que a mí tanto me gusta, es la de la Inmaculada que tiene la serpiente a sus pies. Es decir, la tradición del Espíritu, que parte del principio de que lo importante no es acumular, sino saber leer ese lenguaje del inconsciente colectivo, lo que llamamos *anima mundi*. Sería el lenguaje de la paloma. Y está, por otro lado la tradición de la acumulación, de la serpiente, de la sabiduría clásica. No podemos quedarnos sólo con una o con otra, sino que debemos armonizar las dos: la lógica y la intuición.

-Leonardo Boff, en su libro El águila y la gallina, habla de la fábula africana que alude a lo que estás diciendo, porque el águila es la parte de misterio de las alturas que todos tenemos dentro, aunque nos olvidemos de ello, mientras que la gallina que vuela a ras de tierra es lo concreto, la lógica cartesiana que tú dices, donde hay poco espacio para el sueño y para lo sobrenatural e imprevisible, pero es también la realidad con la que hay que contar.

-El de Boff es un libro precioso. Y en los Evangelios hay muchos ejemplos de esto, como cuando Jesús dice que había venido no a borrar la ley sino a que se cumpliera el espíritu de la misma. Porque llega un momento en el que el respeto y la obediencia a la ley te paraliza para vivir, pero tampoco se puede vivir sólo con la anarquía.

»Otro ejemplo del Evangelio que me gusta mucho es aquel en que Jesús les dice a sus discípulos que cuando estén entre los hombres tienen que ser «sencillos como la paloma y astutos y prudentes como la serpiente». Por eso tenemos que estar atentos a mantener los pies sobre la tierra, siendo concretos y objetivos, pero al mismo tiempo saber mirar el correr de las cosas, disfrutar contemplándolas, intentando descubrir ese lenguaje secreto que habla más a nuestro inconsciente, a nuestra parte femenina que a nuestra razón.

-Sueles hablar de un sistema femenino de pensamiento. ¿A qué te refieres?

-Creo que es lo opuesto a lo que suele llamarse el sistema cartesiano de pensamiento. Pensar en femenino es pensar de una forma distinta a la clásica lógica masculina, que ha dominado durante tanto tiempo el pensamiento, sobre todo occidental.

-Lo que ocurre es que a la mujer, a pesar de las batallas que ha librado para conquistar su autonomía, se le concede aún poco espacio en lo que llamas la Academia, es decir, en el saber oficial. En España, por ejemplo, sólo una vez una mujer ha ocupado el cargo de rector de universidad.

-Y a lo mejor ejercía con mayores criterios masculinos que los hombres.

-Como las grandes políticas de la historia, desde Golda Meir a la Thatcher, que han sido mujeres muy masculinas.

-Ése es el gran problema. Por eso, lo que llamo el sistema femenino de pensamiento es otra cosa. La mujer es lo sagrado, es la energía femenina, es lo que impide que se cree un muro entre lo sagrado y lo profano, es la lógica del misterio, de lo incomprensible, del milagro. Ya te conté que en el camino femenino, si sueñas con un garaje tienes que ir por la mañana allí, a ver qué te ocurre. Es algo carente de lógica, por eso está más cerca de lo imponderable, de lo nuevo, de lo que tiene que ver con lo más profundo del ser. Eso es para mí lo femenino.

-Hemos dicho que el próximo siglo seguramente será más femenino, más uterino que el que acaba, más líquido y menos sólido. ¿Cómo ves la función de la mujer en ese futuro ya próximo?

-Igualita que la del hombre. Porque de lo que hablo no es de la mujer sino de lo femenino. Mira qué sucedió con los movimientos feministas más desgarrados: trataron de conquistar una parte del poder, pero para ejercerlo después masculinamente. Eso no es lo femenino. La mujer tiene que saber equilibrar su energía femenina y masculina, lo mismo que el hombre debe también saber armonizar esas dos energías de que está hecho, que son la masculina y la femenina.

-Quería plantearte una cuestión de la que hablamos poco los hombres. Solemos decir que nosotros, los varones, tenemos que descubrir también la mujer que llevamos dentro porque no somos sólo masculinos. Y, de hecho, el varón está descubriendo esa parte de feminidad que había negado el machismo. Vero, sin embargo, no aceptamos que la mujer descubra también su parte masculina, que también tiene, y la queremos sólo femenina. A mí me parece una

operación muy egoísta. Porque pensamos que nosotros vamos a ser más completos si descubrimos nuestra parte femenina, mientras que a la mujer le negamos que ejerza también su componente de masculinidad, que lo tiene. ¿Te parece justo?

-Sí, Juan, puedo estar de acuerdo contigo, pero ése es un problema que no es mío ni tuyo, es de ellas. Tenemos que dejar de ser paternalistas con las mujeres. Tienes razón, si nosotros estamos descubriendo nuestra feminidad, también es justo que ellas desarrollen su masculinidad, aunque a nosotros nos pueda gustar más verlas exclusivamente femeninas. Pero son ellas quienes tienen que librar esa batalla. Tienen que tomar la espada y combatir, no podemos sustituirlas. Si saben combatir, descubrirán lo que es la energía masculina.

-Lo que ocurre es que damos por hecho que la mujer es y debe ser sólo femenina, y como hemos concebido una sociedad en la que el poder requiere dotes masculinas, si aceptamos que la mujer es fundamentalmente femenina, es decir, que pertenece al mundo del misterio, de lo pasivo, al máximo de la creatividad artística, la excluimos automáticamente de los puestos de mando.

-Tienes razón, pero sigo pensando que eso no podemos resolverlo nosotros, los varones. Son ellas quienes tienen que tomar conciencia de ello y combatir para conseguirlo. De la misma manera que hicieron la primera revolución feminista para conseguir que no se las discriminara, y que, por lo menos teóricamente, pudieran acceder a todos los puestos del poder como los hombres, ahora deberían librar la segunda batalla. Deben evitar, cuando llegan a conquistar el poder, gestionarlo como si fuesen exclusivamente masculinas, porque entonces no habremos conseguido más que sustituir a una mujer por un hombre, pero todo seguiría igual.

»Cuando la mujer alcanza un puesto de poder, debe hacer lo posible para ejercerlo sin olvidarse de su característica femenina, ya que todas las estructuras de la sociedad son fundamentalmente masculinas y ellas tienen que romper ese esquema, infiltrando savia femenina para poder construir una sociedad en la que convivan los elementos positivos, tanto del mundo masculino como del femenino.

CAPÍTULO VI

La magia

«La magia negra es diabólica porque te hace creer que tienes todo el poder en tus manos.»

«Me siento un mago porque soy una persona
que intenta desarrollar sus dones y su poder.
En ese sentido, todos pueden ser magos.»

Antes de ser un escritor famoso, Paulo Coelho era conocido en todo el mundo como un mago al que se le atribuían poderes especiales, como hacer llover a su antojo. Hoy prefiere que se le tenga y se le considere como autor de libros cuyas traducciones se las rifan en los cuatro continentes. Como ya hizo con su experiencia de la droga, también ha querido desvelar en estas confesiones sus dolorosas experiencias del pasado con todo tipo de magias, hasta las más negras, frente a las cuales, afirma, los ritos satánicos no eran nada. Las abandonó cuando comprendió que aquel camino le llevaba al precipicio y que había penetrado en los abismos mismos del Mal. Coelho sigue creyendo en la dimensión mágica de la vida, pues considera que todos somos capaces de desarrollar potencialidades que duermen escondidas en nosotros y que todos los que se lo propongan pueden leer ese lenguaje oculto y secreto que las cosas llevan en su seno.

-¿Sigues creyendo en el elemento mágico de la vida?

-Totalmente.

-¿Y qué diferencia observas entre lo mágico y la magia?

-La magia es una herramienta y lo mágico es el producto de esta herramienta. La magia es un espacio, es como un martillo, una espada, un instrumento. Lo mágico es cómo lo utilizas.

-¿Todavía te sientes un mago? Muchos dicen que Paulo Coelho, en sus tiempos, fue un mago.

-En sus tiempos, no. Soy un mago como lo somos todos los seres humanos. Claro que yo sigo una tradición espiritual católica, pero creo firmemente que todos nosotros poseemos dones que no desarrollamos, porque el saber oficial, ese espacio vacío, no los acepta, y nos llaman supersticiosos, o lo que sea. Yo soy una persona que intenta desarrollar sus dones y su poder, y eso es ser un mago, lo cual no me hace ser mejor ni peor que las otras personas.

-Vamos, pues, a explicar mejor qué entiendes por magia antes de adentrarnos en tus experiencias negativas del pasado.

—Mira, lo que estamos haciendo en este momento, de alguna forma es un acto de magia, porque es un ritual en el que sólo depende de mí si quiero contarte todo y confiar en ti o no. Y para mí, tú no eres tú en este momento, eres todos mis lectores, eres la curiosidad que todos tienen. Lo que tú vas a hacer es interrogarme, que ésa es tu capacidad. Es lo mismo que hiciste en tu libro con Saramago, *El amor posible*. Cuando leí ese libro, vi que había preguntas que a mí me gustaría haber hecho como lector, para conocer mejor a ese gran escritor portugués. Este tipo de cosas me parecen casi sagradas, porque tocan lo íntimo de nuestra persona.

-Pero tú tuviste también la experiencia de la magia negativa, la magia negra. ¿Cómo la recuerdas?

(En ningún momento, a lo largo de todas nuestras horas de conversaciones, estuvo Coelho más tenso y preocupado que cuando abordó el tema de la magia. Era medianoche y quiso hacer una pausa antes de abordar el tema, porque para él esa hora entre el día y la noche es sagrada y ritual. Es consciente de estar revelando momentos claves y dolorosos de su vida, y le cuesta entrar en el tema. Pidió, además, dado que iba a hablar de la magia, que se le permitiera encender unas velas y apagar la luz eléctrica. Y así lo hizo.)

-Vamos a hablar, por lo tanto, de tu experiencia con la magia, un mundo del que se conoce poco y tal vez tus lectores estarán interesados en saber qué viviste en ese campo.

-Intentaré explicarlo cronológicamente, hacer una confesión organizada en la que trataré de verme a mí mismo mientras hablo. Ya te hablé de mi experiencia negativa con las drogas. Mi formación era jesuítica, una formación en la que te dan un cierto concepto de Dios. Para mí -no sé para otros- fue una experiencia más bien negativa, pues fue en aquel colegio de jesuitas donde perdí la fe de mi infancia. Porque el que intenten imponerte una fe es la mejor manera de llevarte a que te rebeles y pases a la otra orilla. He oído decir que también Fidel Castro estudió con los jesuitas. Para mí, rebelarme a aquella educación religiosa impuesta era pasarme al marxismo. De ahí que empezara a leer a Marx y a Engels.

-Eran, además, los tiempos de la dictadura brasileña.

-Precisamente por eso empecé a leer todo lo que estaba prohibido en aquel momento. Y una de las cosas era la literatura marxista, considerada como el demonio. Empecé a leer de todo. Yo me sentía ateo. Pero aquella experiencia de ateísmo me duró poco porque tenía en mi alma la curiosidad del escritor y empecé a hacerme las preguntas clásicas: ¿Quién soy yo? ¿Qué hago aquí? ¿Voy a acabar? ¿Dónde empecé? No sé cuántos años tenía. Era alrededor de 1969, cuando el movimiento hippy empezó a cuajar en Brasil con toda su carga de misticismo.

-Y te entusiasmoste con aquel movimiento.

-Yo me preguntaba ¿pero qué es eso? Al principio a mí me parecía que era una forma de escapar de la realidad, porque era el momento en el que yo estaba imbuido de las ideas marxistas y pensaba en luchar por el pueblo, por la libertad, por la dictadura del proletariado, etc., aunque en realidad me sentía lleno de contradicciones, porque estaba luchando por la dictadura del proletariado, iba a las manifestaciones, pero al mismo tiempo me

encantaban los Beatles. Había algo en mí que estaba más allá del marxismo puro y que me hacía decir: *Sergeant Pepper's!* Y además, adoraba el teatro.

-En el fondo, tu búsqueda era más espiritual que política.

-La verdad es que me atraía el mundo de la espiritualidad y lo buscaba en las experiencias más lejanas, ya que

mi formación tradicional de religiosidad impuesta no me había convencido. Y así me fui hacia lo más lejano, a la cosmogonía india, en la que entré con fuerza. Empecé recitando todos los mantras que caían a mi alcance, a hacer yoga, meditación, y todo lo que se relacionaba con la espiritualidad oriental.

-¿Estabas soltero?

-No, estaba casado con mi primera mujer, que tenía dinero y por eso no tenía que preocuparme de nada, sólo de leer. Leí las cosas más distintas, desde *El despertar del mago*, de Lois Pawells y Jacques Bergier, hasta la literatura del materialismo histórico. En aquellos momentos estaba viviendo en una comunidad hippy y se me ocurrió pensar algo muy curioso de repente. Pensé: si yo hubiera vivido en 1928 y hubiese estado conduciendo un coche y en aquel momento hubiese pasado por allí Hitler y le hubiera atropellado y matado sin querer, ¿verdad que hubiese alterado millones de vidas sin saberlo? Y la realidad concreta es que me hubiesen encarcelado por matar a un señor. Él no sabía que iba a ser Hitler, ni yo tampoco que había matado a un asesino potencial de millones de personas, pero en realidad yo habría cambiado toda una estructura, una sociedad, una época, un mundo. Fue entonces cuando empecé a pensar en esas cosas. Dije: ¡qué locura!, no lo puedo creer, entonces es que realmente hay más cosas que pueden pasar sobre la tierra y que desconocemos. Con eso y con la influencia de la mitología india empecé a vivir distintas experiencias, como hacen todas las personas que se inician en la búsqueda espiritual.

-Y fue cuando empezaste a buscar maestros que te iniciaran en aquella búsqueda espiritual, que ni tú mismo sabías aún qué era.

-Así fue. Es el momento en que ponemos toda la esperanza y la confianza en una figura que un día acabará decepcionándonos, pero que en aquel momento de iniciación nos resulta importante e indispensable, pues nos conduce de la mano a través de los laberintos y misterios de la vida. Empecé entonces a caer en manos de varios maestros, de muchas sectas, muchas filosofías, hasta que llegó un momento en que mi carácter extremista me llevó a buscar lo más fuerte, lo que estaba a la izquierda de la izquierda en la búsqueda espiritual.

-Quenas distinguirse de tus amigos buscando cosas diferentes.

-Por eso y por un motivo que hoy me parece muy tonto: quería seducir a las mujeres, quería impresionarlas con todo mi saber acerca de las cosas más extrañas. Me pregunté, ¿cuál es la sociedad secreta considerada la oveja negra, la más dura? Me dijeron que era una cierta secta cuyo nombre no quiero pronunciar. Voy a llamarla la sociedad de la apertura del Apocalipsis. Tenía un gran mentor.

—Y te entregaste a él.

-Empecé a leer todo lo que encontré sobre él. Yo ya había pasado por muchas otras experiencias y es cuando intentaba escribir creando una prensa alternativa. Fue cuando fundé mi revista, de la que ya te hablé. Necesitaba conocer rápidamente el máximo posible de aquel personaje y fui a entrevistar a una persona para la revista creyendo que podía ayudarme. Para mi sorpresa, aquel hombre, que tenía que haber sabido mucho sobre el tema apenas si tenía libros. Yo me sorprendí, porque estaba acostumbrado a que las personas que saben mucho de todo suelen tener muchos libros.

(En este momento de la conversación su mujer, Cristina, sacó la máquina fotográfica para hacernos una foto. Coelho le dijo: «Cristina, no hagas fotos, que estamos hablando de la magia y los magos dicen que la imagen tiene un poder fantástico. De hecho, Castañeda no se dejaba fotografiar. Se ha muerto sin que exista una sola foto suya. Yo no soy Castañeda, pero...» Cristina no le hizo caso y empezó a disparar. Era de noche

y el flash no le funcionó. «Ya lo has visto», comentó él. «Estamos hablando de magia y la foto no ha salido. Por favor, Cristina, no me distraigas, que estoy contando cosas muy íntimas de mi vida.»)

-Sigamos con el personaje al que fuiste a entrevistar para tu revista y que querías que te informase sobre aquella secta de magia negra.

-Me di cuenta de que la conversación con él era muy fructífera y que los tres o cuatro libros que tenía parecían muy interesantes. Le pregunté de quién eran y me dijo que de Aleister Crowley. Supongo que habéis oído hablar de él, porque ha ejercido gran influencia sobre mucha gente. Había ido a verle con mi mujer, la mujer sin nombre, y nos fascinó.

-¿Cómo era aquella secta secreta?

-Es una sociedad que empezó a formarse a principios del siglo XIX y su propuesta es «la búsqueda total unida a la anarquía total», algo que para un chaval de veintitrés años como era yo era un ideal perfecto. Una vez escribí sobre esta experiencia, desde mi historia con Raúl hasta antes de la prisión, y Cristina, mi mujer, no me dejó publicarlo. Lo leyó porque no conocía la historia. Lo leía con mucho interés y, cuando estaba casi al final del libro, me miró como una imagen de Nuestra Señora de la Aparecida y me dijo: «No publiques ese libro, ese libro es sobre el mal, tu experiencia con el mal.» Le dije: «Pero Cristina, es sólo una experiencia trágica.» Y ella insistió: «Es fascinante, pero no lo publiques porque podría ser mal interpretado.» Y borré el libro del ordenador. Pasé una noche de horror y al día siguiente -ya tenía casi todo el libro impreso- fuimos a cenar a un restaurante con el editor, a quien le dije: «Échale una ojeada, porque vas a ser la última persona que lo va a leer.» Me miró como a un loco. Le dije que lo iba a destruir. Y así lo hice. Conservé sólo un capítulo en el que narraba mi encuentro con Raúl. El resto lo tiré.

-¿Cómo se titulaba?

-*La sociedad alternativa*. Entonces, para que entiendas mejor las cosas, tengo que hablarte un poco de Crowley, un personaje muy curioso en la historia de la magia. Lo único que no voy a dar es el nombre de la sociedad secreta en la que entré y de la que voy a contarte lo que me sucedió en ella. Si miras su cara en Internet, verás que es la cara del mal. Crowley es un malo, con una personalidad muy fuerte que llega en un momento de decadencia de la magia clásica, donde estaban las sociedades secretas, la masonería y algunas sociedades inglesas. Llega este señor y dice: «Nada de secretos», y empieza a publicar todos los libros que hasta entonces eran secretos y forma su propia sociedad. Con esta sociedad crea un sistema social, político e ideológico, que como todo sistema del género tiene un libro clave, como *El capital* o el Evangelio, que se llamaba *El libro de la ley*, y que según él le fue dictado por un ángel en El Cairo.

-¿Qué es lo que propugna?

-En él hay una declaración de principios muy lúcida, como todo el trabajo de Crowley. Empieza a desarrollar todo un sistema de poder que sintetiza así: existen los débiles y los fuertes y la ley de la selva. Los débiles son los esclavos, y los fuertes, los poderosos y libres. Todo eso expresado con una escritura extremadamente sólida, mágica, mística. Yo, fascinado e irresponsable a la vez, empecé a practicar aquellas enseñanzas que en seguida me dieron buenos resultados.

(En la página de Internet sobre Aleister Crowley se lee: «Personaje enigmático y criticado hasta la saciedad, no sólo en su época, caracterizada por la imperante moralidad victoriana que le adjudicó el sobrenombre del "Hombre más perverso del Mundo", sino que también en nuestros días su nombre evoca, en aquellos que creen conocer al Hombre y a su Sistema, un halo de malignidad y perversión, que le coloca injustamente en la posición de un Mago Negro o, aún más absurdamente si cabe, de un satanista. Lo que a menudo se olvida mencionar o se infravalora en sus biografías, es que Aleister Crowley fue un hombre comprometido con cierto tipo de búsqueda espiritual, que en realidad fue un Mago en el más amplio sentido de la palabra.»)

-En aquel momento creíste ciegamente en aquella secta.

-Para serte totalmente honesto, creía y no creía, creía sin creer, aunque me seducía. En aquel momento es cuando se cruzó en mi camino Raúl Seixas, el famoso cantante que tanto influjo tendría en mi vida. Es como si todo pasase al mismo tiempo. Entonces llevé a Raúl a la sociedad secreta, que era totalmente libre, porque en ella no hay ley, y puedes ser un monstruo o una persona maravillosa. Allí cabían todos. Recuerdo que existía una total libertad sexual, de pensamiento, de todo, incluso de opresión. Se trataba de llevar la experiencia del poder a sus límites máximos.

-¿Y no te daba miedo?

-La verdad es que yo veía todo aquello sin acabar de creérmelo, o veía entonces sólo el lado positivo. Por entonces era una persona muy influenciable y advertía grandes cambios en mi vida y en la de los otros miembros de aquella secta. Y más tarde empecé a darme cuenta de que lo que separa la magia blanca de la magia negra es a veces muy sutil. Se trata de algo tan concreto como que, en la magia negra, tú intentas interferir en el destino de los otros.

»Ésa es la barrera, el límite y el abismo. Puedes ir a una iglesia, encender una vela a Nuestra Señora y decir: «Quiero casarme con tal persona.» En ese caso, ya estás haciendo magia negra, aunque estés en una iglesia católica. O puedes ir a un cruce de un camino y poner comida a los demonios para pedirles una mejoría tuya, porque no te sientes bien. Y eso es magia blanca, porque no intentas influir en el destino de los demás. El problema es ser capaces o no de interferir en la vida ajena. Pero mejor que me hagas preguntas, porque todo esto es muy delicado para mí.

-No te preocupes. Cuéntamelo como te sale.

-Todo aquello para mí tenía un gran valor simbólico, eran como símbolos en movimiento. Entonces, Raúl y yo decidimos que teníamos que poner nuestra música al servicio de aquella sociedad secreta, y así lo hicimos. La música era cantada y detrás figuraban las declaraciones de principios de la secta aunque muy subliminalmente. Eran una especie de mantras totalmente técnicos, precisos, perfectos; porque el mal, Juan, es muy preciso.

—¿Cómo empezaste a verlo como el dominio del mal?

-En aquel momento todavía no lo veía como una experiencia del mal, lo veía como la revolución, porque Crowley se ponía como la apertura del Apocalipsis: «Yo soy la vida, soy la vida esperada, he venido para cambiar toda la sociedad.» Y yo lo veía como algo bueno y positivo. Y realizaba toda una serie de rituales, aunque a algunos me resistía, porque no quería renunciar a ciertas devociones de mi infancia, como al ángel de la guarda o a la devoción a san José.

-¿La secta era muy antirreligiosa?

-Sí, totalmente antirreligiosa. En aquel momento, yo también era anticatólico, como ya te dije, había abandonado la fe de mis padres, pero dentro de mí no había renunciado a ciertas cosas de mi antigua fe.

-¿Cuándo empezaste a tomar conciencia de que aquella secta encarnaba de alguna manera el mal?

-Un día, antes de ser encarcelado -tengo teléfonos de testigos a quienes puedes preguntar-, estaba en mi casa y de repente todo empezó a ponerse negro. Aquel día tenía algo concreto que hacer, que ahora no recuerdo. La mujer sin nombre no estaba, y yo me dije: «Tiene que ser el efecto de alguna droga especial del pasado», pero ya las había dejado, era en 1974. Por entonces estaba un poco en la cocaína, pero no tomaba ya psicotrópicos.

-¿Y qué te ocurrió concretamente?

-Aquél día era muy temprano y empecé, como te dije, a verlo todo negro y tuve la sensación de que iba a morir. Era un negro muy concreto, físico, visible. No era mi imaginación, era algo tangible. Mi primera impresión fue la de que me moría.

-¿Cómo era aquel negro? ¿Podías ver algo?

-Sí, se podía ver, porque no ocupaba todo el espacio, sino una parte. Es como si de repente esta vela empezara a echar humo y ese humo empezara a invadir la casa, un humo negrísimo que se iba concentrando y que por momentos no te dejaba ver casi nada, pero que sobre todo te producía pánico.

-¿No había otros fenómenos? ¿Era sólo humo?

-No, quizá lo peor de todo era una serie de ruidos que no sabría describirte, que acompañaban el formarse de aquel humo negro.

-¿Estabas con alguien o estabas solo?

-Estaba completamente solo. El piso era de mi propiedad, me creía rico, estaba feliz. Pero aquella oscuridad que cubría la mitad del espacio del suelo hasta el techo me aterrorizaba y acabó descontrolándome por completo. Me entró pánico, pues lo advertía como la presencia del Mal. En un primer momento establecí una relación entre aquello y la mujer que yo frecuentaba entonces. Yo había vivido con ella cosas de sugestión, pero también cosas muy positivas para mí, aunque no para los otros.

-¿Y cómo reaccionaste ante aquel fenómeno extraño?

-Ahora no recuerdo si llamé a una persona del grupo o una persona del grupo me llamó a mí, creo que me llamó ella y me dijo que le estaba pasando lo mismo que a mí.

Y entonces entendí que se trataba de algo real, no de una alucinación. Además, aquella persona era la que sabía más de la secta. No pudimos conectar con el gurú porque no tenía teléfono, ya que en Río, en 1973, era muy difícil tener uno.

»Estaba hecho un lío y asustadísimo. Intenté reaccionar y me dije a mí mismo: tengo que olvidar, distraerme, tengo que ocupar mi cabeza en algo para quitarme el miedo. Pero la oscuridad seguía allí, no desaparecía. Entonces, para distraerme, me puse a contar los discos que tenía en la casa, que eran muchos, y que nunca los había contado.

Y cuando acabé con los discos empecé a contar los libros, pero lo negro seguía allí inmutable.

-Y cuando acabaste de contar todo lo que tenías en casa ¿qué hiciste?

-Como el pavor seguía acogotándome, me dije que la única solución era ir a una iglesia, pero había una especie de fuerza que me impedía salir de casa y tenía sentimientos de muerte inminente muy fuertes. En aquel momento llegó la mujer con la que estaba entonces, que pertenecía a la misma secta. Ella acababa de tener la misma experiencia de lo negro. Y poco a poco fuimos sabiendo que todos estaban experimentando lo mismo, incluso Raúl. Yo sentía la presencia del Mal como algo visible y tangible. Es como si el Mal me dijera: «Me habéis invocado, aquí estoy.»

-¿Cuánto tiempo llevabas en aquella secta?

-Unos dos años. Recuerdo que en otras ocasiones, cuando mi mujer y yo estábamos muy metidos en la droga, lo que nos aliviaba era tomar leche o echarnos agua en la cara. Pero en aquel momento ni ella ni yo teníamos valor para ir al baño, por no atravesar aquella oscuridad horrible. Al final nos decidimos a ir, nos echamos un poco de agua encima y algo mejoró. Entonces pensamos en tomar una ducha. Lo hicimos, pero al salir todo continuaba igual, seguía aquel negro amenazador y misterioso. Y en aquel momento me volvió toda mi religiosidad infantil a la mente. El problema en aquel momento no era tanto si iba a morir sino el comprobar que aquella energía misteriosa existía y era real, visible.

-En algunos de los ritos de aquella sociedad secreta, ¿hacíais la invocación del Mal?

-Siempre, pero entendiendo el Mal como la gran rebelión, no como el Mal.

-¿Era una sociedad de tipo satánico? -En relación con lo que allí se vivía, los ritos satánicos, que yo conocía muy bien, no eran nada. Aquello era mucho más peligroso.

-¿Más peligroso que la Iglesia de Satán?

-Mucho más, porque era una secta más filosófica, más estructurada, más peligrosa en sus raíces. En ella realizábamos todos los ritos convencionales de la magia, pero aquello era el reino del poder puro. A veces hacíamos invocaciones al Mal con resultados muy concretos, pero nunca con una cosa tan visible como aquel negro que invadía mi casa.

-¿A qué os comprometíais mediante aquellos ritos e invocaciones?

-A nada. Teníamos todo el poder, el gran juego del diablo es el mismo que el de la cocaína, hacerte creer que tienes todo el poder; por eso identifico la energía de la cocaína con esto, porque la cocaína te da las mismas sensaciones de poder, de dominación, de seguridad total, pero es sólo apariencia. La verdad es que eres tú el esclavo.

-Volvamos a aquella experiencia. ¿Cómo acabó?

-Al final acabé tomando la Biblia en mis manos. Era un sábado, hacia las diez de la mañana. La abrí al azar y salió un pasaje del Evangelio en el que Jesús pregunta a alguien si cree, y él le responde: «Sí, creo, pero ayuda mi incredulidad.» Pues fue leer ese pasaje y hacer una promesa como la que iba a hacer poco después con la droga. Me dije: «Se acabó con esta secta para siempre.» Y todo desapareció. Después estuve hablando con mis otros amigos de la sociedad secreta y todos habían pasado la misma experiencia.

-¿Cómo hiciste para escapar de aquella asociación que te había atrapado?

-Fui a hablar con uno de los gurús de la secta y me dijo que aquello era un rito de iniciación. Yo le dije: «No me importa, desde este momento estoy fuera de todo eso.» Mi maestro no estaba allí y entonces le mandé un telegrama. Por cierto, que era muy difícil redactar aquel telegrama, porque estábamos en plena dictadura y todo estaba censurado. En los anales de aquella sociedad secreta hay muchas referencias a mí, creo que las peores posibles, porque tienen mis cartas, mis artículos, mil cosas mías.

-¿Nunca te persiguieron por haber abandonado?

-Nunca. Pero no quiero hablar en este momento de aquello porque son más de las doce de la noche. Seguiremos después... Lo que hicieron fue presionarme diciendo que era un cobarde, que era tonto, que yo sabía lo que iba a perder. Pero perseguirme, no. No creo lo que a veces se dice en televisión, que las sectas persiguen hasta la muerte a los que se salen de ellas. Yo no me lo creo.

-Hay sectas que al parecer sí lo hacen.

-En las verdaderas sectas es un privilegio que tú estés allí, pero si te sales no pasa nada. Por lo menos, a mí nunca me persiguieron y eso que se trataba de una de las asociaciones secretas más peligrosas y duras que existen.

-Vero, a pesar de aquella terrible experiencia con la magia negra, tú sigues considerándote un mago. ¿No crees que esto puede de alguna forma ofuscar tu imagen como escritor afamado?

-No, porque yo concibo el ser mago de una forma muy diferente, es decir, como una fuerza que todos poseemos, por lo menos potencialmente. Ser mago significa desarrollar un poder cognoscitivo que no siempre es aceptado por el saber oficial. Un mago es una persona común, pero que es consciente de que más allá de la superficie de las cosas existen otras realidades, otros movimientos, otras corrientes.

»Lo que está oculto bajo la apariencia de las cosas, ese lenguaje secreto que poseen las cosas, es invisible, pero tan real como lo es el amor, y sin embargo no podemos tocarlo.

-¿Consideras esa dimensión de la magia como un poder oculto?

-Todo lo contrario. El verdadero mago es el que, como dijo Jesucristo, tiene que luchar para que nada sea oculto. Su función es desvelar lo que el poder intenta ocultar a la gente, desenmascarar a las sociedades que juegan con el secreto para adueñarse de la voluntad de las personas ofreciéndoles un falso poder que es meramente destructivo.

»En esta sociedad, Juan, hay mucha gente que usa el secreto para dominar a los demás. Por eso, quien más poder tiene es quien controla mayor cantidad de información. Vi una obra, creo que de teatro, en la que se da una revolución en un país y a quien hacen ministro de Cultura es precisamente al censor, ya que era él quien conocía todo, pues lo controlaba todo. El verdadero mago es el que no se deja subyugar por las castas de los que dicen que lo saben todo, porque creen detentar todo el saber del mundo.

-Hay una cosa cierta, Paulo, y es que mucha gente teme a la magia.

-Y hacen bien, porque la magia puede ser muy peligrosa. Yo diría que es como la energía nuclear, que depende de con qué finalidades la uses. Con ella puedes crear la bomba atómica o generar luz. Por eso ni toda la energía nuclear es buena ni lo es todo tipo de magia. Hay que saber distinguir.

-Se nos quedó una pregunta sin contestar. ¿Crees en la personificación del demonio?

-Creo en la personificación del demonio artificial.

-¿Qué quiere decir eso?

-Que hay un demonio que es el brazo izquierdo de Dios y otro que es el producto del inconsciente colectivo que lo personifica. ¿Qué es, por ejemplo, la palabra? Es la personificación de un pensamiento. Entonces, de la misma forma que personificas al amor al pronunciar la palabra amor, puedes también personificar al demonio al invocarlo. Pero en el mismo momento en que enciendes la luz lo destruyes, porque no tiene más poder que el que tú mismo le das.

—Pero tú viste con tus ojos la personificación del demonio.

-Pero fue porque le concedí antes ese poder. Pero hoy ya no tiene poder sobre mí, porque se lo he negado. Y ahora, Juan, me gustaría hablar de otras cosas...

CAPÍTULO VII

Las drogas

«No es verdad que la droga es un horror,
como dice la publicidad. La droga es mala
porque es fantástica.»

<La cocaína es la droga del demonio, porque te hace creer omnipotente.»

Algunos amigos de Coelho han intentado ocultar uno de los capítulos dolorosos del pasado del escritor: su paso por las drogas. O intentan minimizarlo, como si las drogas hubiesen sido en su vida algo pasajero, insignificante. Él no está de acuerdo. No quiere ocultar esa parte oscura de su pasado que le llevó al borde de la muerte, como cuenta con tremenda sinceridad en estas confesiones. Quedó tan escarmentado de su experiencia pasada que hoy se considera en este campo un conservador, y está contra la despenalización de las drogas. Pero también critica la política antidroga de cierta publicidad. Porque considera que es un engaño decirle a un joven que la droga es horrible. Es un engaño, dice Coelho, porque no es cierto. Al revés, la droga es enormemente peligrosa y difícil de dejar precisamente porque es atrayente. Y los jóvenes tienen que saber que una cosa que produce efectos tan placenteros acabará conviniéndolos en piltrafas humanas imposibilitándolos para ejercer su voluntad.

-¿Qué fue lo que te llevó a abandonar las drogas definitivamente?

-Las drogas no las deja uno de un día para otro. En mi caso fui dejándolas por etapas. Los períodos duros de mi vida, en los que estuve metido a tope con todo tipo de drogas y alucinógenos, incluso los más fuertes y peligrosos, fueron en los años setenta. Y las fui dejando por motivos varios y diferentes.

-¿Por qué estás tan en contra de la actual publicidad contra las drogas?

-Porque en este campo se hacen verdaderas barbaridades, tanto en el ámbito de las drogas como en el del tabaco. Lo peor que se puede hacer con estas cosas es demonizarlas, como si fueran cosas horribles, desagradables, sin sentido. Para mí eso supone arrojar a toda una generación en brazos de las drogas.

-¿Por qué?

-Porque basta con que se les intente decir a los jóvenes que la droga es mala para que se sientan atraídos por ella. Yo creo mucho en la fuerza de la rebelión, porque sin ella no vivimos. Y la juventud es rebelde por principio y por fisiología.

—¿Por qué entraste en la droga?

-Precisamente por rebelión, porque estaba prohibido y todo lo prohibido me fascinaba. Era para mí y para los jóvenes del 68 una forma de contestar a la generación de nuestros padres. Contestábamos de muchas maneras y una de ellas era la droga. Yo fui siempre una persona de extremos a quien no gustaban las medias tintas, cosa que sigo siendo, gracias a Dios. Por eso me gusta lo que se dice en la Biblia: «Sed fríos o calientes porque si sois tibios os arrojaré de mi boca.»

»Ya te dije que me gusta ser guerrero de la luz, entablar batallas, por eso me resulta muy difícil concebir un universo en armonía. Para mí, el sol es un símbolo de lo que estoy diciendo. El sol, que es vida y que nos ilumina, en realidad no es nada armonioso, es una gran explosión atómica, que si nos acercamos a él morimos.

-Entonces, entraste en la droga por rebelión, porque era algo prohibido y suponía una forma de contestar a la sociedad encorsetada de entonces. ¿Pero por qué la abandonaste?

-Como te dije, la dejé por diversos factores. Y el primero fue por miedo. Yo había llegado muy lejos: cocaína, alucinógenos, LSD, peyote, mescalina, más otros productos farmacéuticos. Fui dejando las más fuertes y me quedé sólo con la cocaína y la marihuana. Y sin embargo hoy para mí la cocaína es el demonio, es la energía satánica que te da la falsa impresión de sentirte omnipotente mientras te está destruyendo, arrebatándote tu capacidad de decisión.

-Pero en aquel momento no lo advertías.

-No, yo consumía cocaína sin parar y no pasaba nada. La tomaba junto con mis amigos. Curiosamente, a mí no me producía grandes efectos. La sentía como una cosa fantástica, como si adquiriese un enorme poder, sentía una gran sensación de fuerza y de bienestar.

-Pero sufriste con ella una terrible sensación de paranoia.

-Sí, fue cuando salí por tercera vez de la cárcel. Y cuando el famoso cantante Raúl Seixas y yo decidimos irnos a Nueva York. Mi paranoia era tan grande que se me hacía imposible vivir aquí, en Río de Janeiro. Salía a la calle y creía que me seguían, hablaba por teléfono y creía que me escuchaban. Me acuerdo que fue en una Copa del Mundo, en 1974, cuando pensé que podía salir tranquilo a la calle porque jugaban Brasil-Yugoslavia. Pensé que se quedarían todas las calles vacías al estar todo el mundo viendo el partido, empezando por los militares, y que nadie me iba a seguir. Me dije: «O salgo hoy o no vuelvo a salir en mi vida.» Tenía un miedo cerval.

—Y saliste.

-Sí, y recuerdo que estaban las calles desiertas. Miraba a las esquinas y me decía: «Si alguien me sigue, lo voy a notar en seguida.» Pero llegó un momento en que la paranoia era tan grande que no podía vivir así, no podía. Decidí, pues, viajar a Estados Unidos. Fue cuando abandoné a todo el mundo, a todos mis amigos, siendo muy desleal con ellos. Raúl lo comprendió totalmente porque pensó que si hubiese sufrido él mi paranoia, quizá

hubiera hecho lo mismo. Pero al final acabó contagiándose también él y fue cuando decidimos irnos los dos a Nueva York y abandonamos Brasil.

-Pero allí también seguiste con la droga.

-Sí, entonces la cocaína era la droga del momento, aunque a mí seguía sin provocarme grandes efectos, excepto el que me producía al mismo tiempo sentido de paranoia y de omnipotencia.

(En este momento Coelho nombra a una persona y me pide que no la cite en mi libro, me pide que hable sólo de su experiencia con la droga. Le respondo que esté tranquilo, pues él podrá revisar el texto antes de su publicación y me responde: «No, no quiero revisar nada. Lo leeré cuando esté publicado. Lo que estoy haciendo es un acto de entrega y de confianza absoluta en ti y no voy a releer nada.» Y así ha sido.)

-Y fue en Nueva York donde pudiste experimentar toda la peligrosidad de la droga.

-Sí, lo recuerdo perfectamente, porque fue el día de la renuncia de Nixon como presidente de Estados Unidos, el 8 de agosto. Yo tenía allí una novia y nos alojamos en el Village y allí nos hinchamos de cocaína los dos. Y fue la primera vez, tras un año de tomarla, en que noté todo el poder de esta droga. Por eso te decía que la publicidad antidroga se equivoca. La cocaína es mala porque produce efectos sorprendentes. Aquel día viví la droga con una intensidad enorme. Vimos la renuncia de Nixon y después nos fuimos a pasear a Time Square y de allí a una discoteca.

—¿Y cuándo tomaste conciencia de lo que te estaba pasando?

-Cuando volvimos de la discoteca -y, curiosamente, no había habido sexo-, al llegar a las nueve de la mañana sin poder dormir recuerdo a mi chica desnuda sobre la cama. En aquel momento tuve una inspiración. Me dije: «Si continúo con la cocaína de este modo, me voy a destruir.» Recuerdo que miré por la ventana y la calle estaba vacía. No fue nada en concreto, fue una sensación muy fuerte de que había emprendido el camino de mi muerte. Hasta entonces yo me sentía tranquilo, porque mientras veía a muchos de mis amigos destrozados por la droga, a mí no me hacía tanto efecto. Pero aquel día tuve conciencia de que si no cortaba, iba a acabar como ellos...

—Y decidiste dejarla.

-Sí, en aquel momento y ante mi novia desnuda sobre la cama, hice un juramento, cosa que hago muy raramente en mi vida. Me dije: «A partir de hoy, nunca más en mi vida voy a probar la cocaína.» Y mira, Juan, que en materia de drogas es muy difícil decir: «Nunca más en mi vida.»

-Y fuiste fiel a tu juramento.

-Hasta hoy. Seguí sólo con la marihuana, por el momento. Pero el juramento de abandonar para siempre la cocaína lo mantuve. Este juramento no lo he hecho con el tabaco, y sigo fumando aunque sé que no me hace bien. Pero de drogas, nada. Por eso te digo que aquel 8 de agosto de 1974, día en que Nixon dimitió, fue muy importante para mi vida futura.

-Pero acabaste dejando también la marihuana.

-Sí, fue estando con mi mujer, Cristina, en Amsterdam. Empecé a darme cuenta de que me producía siempre la misma sensación, que en el fondo no era nada, que no valía la pena seguir y lo mejor era abandonarla. Y desde aquel momento, era el 1982, Paulo Coelho no volvió a probar ninguna droga ilícita.

-¿Por qué crees que hoy los jóvenes siguen corriendo de ese modo detrás de la droga?

-Creo que por el mismo motivo que lo hacíamos nosotros, aunque puede que también haya otros: porque se la presentan los mayores como algo horrible. Después se fuman un porro y se dan cuenta que de horrible nada, que hasta hacen mejor el amor.

-¿Qué habría que decirles entonces?

-Que es peligrosa por eso, porque te produce efectos fantásticos y no te deja ver al mismo tiempo cómo te va destruyendo poco a poco, anulando tu voluntad, convirtiéndote en un autómatas y esclavo, incapaz de decidir ya por ti mismo en la vida. Por eso he dicho que es diabólica, porque es una gran trampa, un gran engaño. Recuerdo

mi experiencia con aquella mujer a la que secuestraron y torturaron conmigo en una checa de paramilitares. Vivíamos veinticuatro horas bajo los efectos de todo tipo de drogas. Estábamos desquiciados. Viajábamos a Estados Unidos llevando droga en la maleta, exponiéndonos a ir a la cárcel. Nos daba igual, éramos totalmente irreflexivos.

»No sé dónde habría acabado de haber seguido por aquel camino. Probablemente, como acabaron algunos pobres amigos míos...

»Te he dicho que la cocaína es la droga del demonio, muy peligrosa. Lo que ocurre es que existe una gran hipocresía e irresponsabilidad en mucha gente que habla a los jóvenes contra la droga, porque ellos son los primeros que no la han probado y, por tanto, hablan a ciegas, sin conocimiento de causa.

(Cristina interviene en la conversación para contar que había visto un anuncio contra la droga en el que se veía una especie de lagarto que se metía por la nariz de una persona y le devoraba el cerebro. Y lo contraponía a otro anuncio más serio que había visto en Inglaterra en el que se daban consejos a quienes estaban metidos en la droga para que les hiciera el menor daño posible, en tanto no consiguieran dejarla.)

-Eso me parece genial. Tengo que hablar con un amigo mío que trabaja en publicidad para comentárselo. Lo que no se puede hacer es engañar a los jóvenes. Y yo creo que la publicidad de hoy más que frenar el uso de la droga, lo que hace es promocionarla.

-¿Qué dices sobre el tema cuando te piden una opinión en público?

-Siempre digo que estoy en contra, porque he vivido su peligrosidad en mi carne. Y estoy tan en contra que en esto me siento muy tradicional y no estoy de acuerdo en que se despenalice, aunque pueda parecer una contradicción, porque he dicho que la droga atrae sobre todo porque está prohibida. Pero, a pesar de todo, después de mi dura experiencia, prefiero que siga prohibida.

CAPÍTULO VIII

La conversión

«Las campanas en aquel campo de concentración sonaban por mí.»

Paulo Coelho, a sus treinta y cuatro años, después de haber abandonado la mayoría de sus aventuras juveniles, emprendió un viaje con su mujer Cristina a la búsqueda de un nuevo camino espiritual. Y en aquel viaje, en el lugar más impensable, en el campo de concentración nazi de Dachau, vivió una experiencia espiritual muy fuerte que enderezaría definitivamente su vida de nuevo hacia el catolicismo. Debió de ser muy intensa aquella vivencia si a casi veinte años de distancia, al relatarla para este libro, a las tantas de la madrugada, Coelho no resistió la emoción y hubo que interrumpir la grabación porque prorrumpió en llanto.

—Tenías treinta y cuatro años cuando decidiste ser, por fin, una persona seria y centrada en tu vida.

-Sí, habían pasado demasiadas cosas y había cometido demasiadas locuras en mi vida. Mi mujer, a la que yo llamo sin nombre, la que había sido torturada conmigo por los paramilitares y con la que me porté tan cobardemente como te he contado, me había abandonado. Mi tercer matrimonio, con Cecilia, también había

terminado. Entonces, en 1979, me casé con Cristina. Un día me echaron de la Polygram, donde trabajaba, pero no tenía problemas económicos, era propietario de cinco pisos y tenía en el banco entonces diecisiete mil dólares. Empecé a sentir curiosidad de nuevo por algo que yo había alejado totalmente de mi vida de la que había perdido el control.

-Y volviste a marcharte de viaje.

-Exactamente. Estaba muy poco satisfecho de mi vida y le dije a Cristina: «Mira, tengo treinta y cuatro años, en breve voy a estar muy viejo, así que vamos a vivir, vamos a viajar por el mundo, vamos a buscar el sentido de la vida, a volver a los sitios donde estuve yo cuando era joven.» Empezamos así un gran viaje.

-¿Adonde fuisteis?

-Fuimos a varios países, incluida Alemania. La pequeña Paula, mi sobrina a la que has conocido, hija de la hermana de Cristina, acababa de nacer y fuimos a los países comunistas. Yo mantenía mis ideas socialistas y quería conocer de cerca aquella realidad. Compramos un coche en Yugoslavia, en la embajada de la India. Y de allí regresamos a Alemania, porque la hermana de Cristina vivía allí. El coche, que en realidad no se podía comprar, era un Mercedes que nos costó mil dólares; era perfecto, precioso, pero con la matrícula diplomática. Lo que hicimos fue cambiarle la matrícula en Alemania, y listo. Fue un viaje fantástico, lleno de aventuras. Llegamos a Alemania, la hermana de Cristina vivía en Bonn, pero nos quedamos en Munich, porque siempre había tenido una gran curiosidad por la segunda guerra mundial.

-Y fue en Alemania donde os fuisteis a visitar un antiguo campo de concentración.

-Sí, como no había estado nunca en uno de estos campos, sentía mucha curiosidad por visitarlo. Nos fuimos al campo de Dachau. Como ya has estado allí, no es necesario que te cuente mucho. Recuerdo que era domingo y no sé por qué creo que aquel día fuimos a misa. Llegamos después a Dachau, aparcamos el coche, no había nadie. Era un domingo de febrero, cero grados y un viento helado que cortaba la cara. Entramos. En el museo no había nadie, ni siquiera el guarda, lo visitamos y aquello empezó a tocarme muy hondo.

-Es verdad, la primera vez que uno entra en uno de esos campos siente que se le hiela la sangre. Yo recuerdo una visita a la celda de la muerte en Auschwitz, en Polonia, y en mi vida olvidaré aquella impresión.

-Yo sólo tenía la experiencia de las películas, pero la realidad no tiene nada que ver, es mucho más honda y horrible. Había una sala con familiares que habían perdido allí a alguno de sus parientes y aquello me impresionó particularmente, porque si el campo era el pasado, aquello era el presente. Visitamos después la casa del guarda del campo y un pequeño barracón. Todo desolador. Y al salir, a la izquierda, el contraste: una exuberante vegetación, un río, y los viejos hornos crematorios.

-Yo no tuve el coraje de entrar en los hornos. Los considero malditos, la degradación de la humanidad.

-Yo exclamaba, ¡qué horror!, y mi imaginación empezó a funcionar. Me encerré en uno de los baños, solo, para ver qué experimentaba. Había una luz distinta, bonita, una luz de la mañana, un contraste total.

-Los contrastes de los campos de concentración de los que hablas provocan escalofríos. No puedo olvidar que en Auschwitz, al lado de uno de los tubos herrumbrosos de los que debía de haber salido el agua en los tiempos del horror, había nacido una diminuta flor silvestre, quizá abrazada a alguna gota de agua que se habría escurrido.

-Cuando salí del baño, era mediodía en punto. Salimos mi mujer y yo y nos fuimos hacia el coche, que habíamos dejado aparcado cerca de la caseta del guarda. Si te acuerdas bien, al final de Dachau hay tres capillas, una católica, una judía y la otra supongo que protestante. Fuimos a la capilla católica, encendimos una vela y nos dirigimos hacia el coche que estaba muy lejos; había que hacer un largo recorrido y el frío era tremendo.

»Mientras caminaba empezaron a sonar las campanas anunciando el mediodía.

-Eran las mismas campanas que un día sonaban para agrupar a los presos en el campo.

-Efectivamente. Y mi fantasía voló muy lejos. Acostumbrado como escritor a crear los ambientes, pensaba en los barracones abarrotados de presos, en toda aquella degradación del hombre. Caminaba para hacer más leve aquella impresión espantosa y en un cierto momento me paro y leo en el techo de la casa del guarda: «Nunca más.» Aquello me tranquilizó momentáneamente, pensando que aquello ya no volvería a suceder, porque era imposible que el hombre pudiera repetir aquella barbarie.

-Por desgracia, no ha sido cierto.

-Es lo que empecé a entender de repente, que no era cierto que aquello nunca iba a repetirse, porque en realidad estaba sucediendo de nuevo en aquel momento. Yo mismo había experimentado en mi piel el horror de que un ser humano te torture y te someta a las vejaciones más humillantes sin que puedas defenderte. Me acordé de las guerras sucias, de los que morían en aquel momento en El Salvador. Recordé que los mismos horrores estaban padeciendo las madres de la plaza de Mayo, en Argentina, pensé en los militares que arrojaban a las personas inocentes desde lo alto de los aviones, y en todos los horrores perpetrados en las checas de las dictaduras.

—Y te diste cuenta de que el hombre continúa siendo igual de loco y de miserable.

-Y de repente me entró una desesperación, una impotencia y una sensación de inutilidad absoluta espantosa. Pensé: estos hijos de puta de seres humanos no aprenden nada; estamos condenados a repetir los mismos horrores, porque lo que pasó en Alemania en 1945 sucede ahora en mi continente. Pero al mismo tiempo que pensaba eso, también pensaba que no era posible que el hombre no aprendiera las lecciones del pasado. Y empecé, como si leyera un libro, a repetirme algo que otro escritor había dicho, «que ningún hombre es una isla». Me pregunté dónde había leído eso. «Un hombre no es una isla.» ¿En qué libro lo leí?... Pero poco a poco me vino a la memoria todo el párrafo: «Cuando Europa pierde un trozo de tierra, cuando un hombre muere, todos morimos.» Me decía a mí mismo: pero ¿quién escribió eso? Recordaba todo el trozo de memoria, y también la última frase: «No me preguntes por quién suenan las campanas, ellas suenan por ti.» Cuando me di cuenta, estaba en medio de un campo de concentración con las campanas que sonaban y fue una gran emoción, porque entendí de repente, como en un momento de iluminación, que aquellas campanas sonaban por mí.

(Aquí hubo que interrumpir la grabación porque Paulo Coelho rompió a llorar. Tras unos segundos, como queriendo quitar importancia a su emoción, pidió perdón y dijo: «Quizá he bebido demasiado.»)

-Y aquello, Juan, no fue un acto simbólico porque en aquel instante, cuando descubrí que las campanas sonaban por mí y que también yo debía hacer algo en mi vida para detener aquel horror de una humanidad que no escarmienta en sus locuras, oí una voz y vi una persona, la vi y desapareció. No me dio tiempo a hablar con ella porque se esfumó en seguida pero se quedó perfectamente grabada en mis ojos.

-¿Y qué hiciste?

-Volví al coche, conté la historia, lloré, pero como la tendencia de la humanidad y de todos los hombres es la misma, al día siguiente ya se me había olvidado, ya no sabía por quién sonaban las campanas, pensé que había sido una experiencia más en mi vida.

-Pero no era así.

-No. Pasaron otros dos meses y continuaba viajando cuando un día, estando en Amsterdam, decidimos quedarnos allí, en un hotel que ahora no existe, porque era un hotel ilegal pero muy barato y fantástico. Estábamos allí cuando dije que iba a dejar de fumar marihuana y cuando Cristina tomó su primera y última dosis de LSD. El hotel tenía un bar en la parte de abajo. Yo estaba tomando un café con Cristina y, fíjate, en un momento dado, entra una persona para tomar otro café y digo: «Yo a esa persona la conozco, pero no sé de qué.» En seguida recordé que la había visto en el campo de concentración. Pero me dio miedo, pues pensé que podía estar persiguiéndome por mis experiencias de 1974, cuando estaba en la magia negra. Pero al mismo tiempo sentía curiosidad y pensaba que si no la abordaba, entonces podía irse y no volvería a encontrarla.

-Y la abordaste.

-Sí, me levanté y le dije: «Yo le he visto a usted hace dos meses.» Él me miró, me habló en inglés y me respondió: «¿Usted está loco?» «No, no, no estoy loco, le vi hace dos meses», le contesté. Yo estaba como trastornado, porque me volvió de repente toda la experiencia del campo de concentración. Y al mismo tiempo había oído que las sectas a veces persiguen a quienes las abandonan, aunque yo nunca me había creído eso. Él me dijo: «¡Siéntate!», y empezó a preguntarme una serie de cosas. Mientras me preguntaba, yo estaba cada vez más convencido de que tenía que ver con lo del campo, que era la persona que había visto allí como una aparición.

-¿Y él qué te contó?

-Me dijo: «Mira, quizá me hayas visto, pero existe una cosa que se llama proyección astral, porque tú no has podido verme antes. Son cosas que ocurren cuando se toman alucinógenos.» Y yo dándole excusas para que no se fuera, pues sentía dentro de mí que se trataba de una persona importante en mi vida. Él seguía hablándome de la proyección astral pero al final me comentó: «Creo que tienes algunos problemas que todavía no has solucionado, y si quieres te ayudo. Yo trabajo en una multinacional, me llamo Jean, si quieres puedo echarte una mano, pero tienes que decirme sinceramente si quieres o no que te ayude.» Le contesté que tenía que pensármelo. «Siempre tomo el café aquí, a esta hora, mañana me das una respuesta, pero si esperas a pasado mañana consideraré que ya no quieres mi ayuda», me dijo. «Tienes veinticuatro horas para pensártelo.»

»En aquel momento yo estaba hecho un lío, porque no sabía si se trataba de una persona para el bien o para el mal. Hablé con Cristina, no dormí en toda la noche. Me sentía absolutamente confuso.

-¿Y al final qué decidiste?

-Decidí que sí. Y allí empezó un nuevo tramo de mi vida, con mi vuelta a la Iglesia católica. Porque aquel individuo pertenecía a la orden católica RAM (rigor, amor, misericordia), que tiene más de quinientos años. Él fue quien me habló de toda la tradición, del anclaje simbólico dentro de una iglesia. Él había estado en el Vaticano mucho tiempo. Y desde entonces empecé a interesarme por aquella vieja tradición católica, por la tradición de la serpiente, hasta que un día me llevó a Noruega y allí me dio este anillo, que todavía llevo, con las dos cabezas de serpiente. Y entonces empecé a aprender el lenguaje simbólico, que no es el esoterismo cristiano, sino la simbología cristiana.

-¿La Iglesia lo acepta?

-Es una tradición muy antigua.

(En aquel preciso momento, Cristina descubrió una pequeña pluma de ave debajo de la mesa alrededor de la cual estábamos conversando, la mesa del comedor de la casa, ha recogido y se la entregó a su marido, «¿Qué es eso?» «Una pluma blanca de ave.» Coelho, emocionado, le dio las gracias a su mujer y explicó que para él la presencia repentina de esa pluma en un lugar inesperado era la señal de que estaba a punto de nacer un nuevo libro suyo. Y nosotros estábamos ya al final de nuestras conversaciones.)

-La entrada en la orden RAM te reconcilió con el catolicismo. Vero se trata de una orden poco conocida. ¿Tiene muchos miembros?

-Es que las personas que creen y actuamos en ella hablamos poco de nuestra experiencia. Se trata de una orden fundada hace más de cinco siglos, dentro de la Iglesia católica. En ella se transmite un lenguaje simbólico, a través de una tradición más bien oral. Pero no es nada secreto. El RAM es más una práctica de lo sagrado que una teoría del mismo. Por eso somos un grupo muy pequeño. De hecho, sigo teniendo sólo cuatro discípulos.

CAPÍTULO IX

El escritor

«Mi proceso de creación literaria se parece al de una mujer grávida que tiene que dar a luz una nueva criatura.»

«Para inspirarme, necesito hacer el amor con la vida.» «Yo escribo para el niño que llevamos dentro.»

Si durante años Paulo Coelho fue conocido sobre todo como un mago de fama, a quien se atribuían poderes extraordinarios como la capacidad de hacer llover, hoy la de escritor es su dimensión primordial. Y es precisamente esta dimensión literaria la que muchos críticos se empeñan en negarle, catalogando sus libros más bien entre los de autoayuda o esotéricos. Coelho reivindica su derecho a escribir sencillo para llegar a todos los públicos. Se considera un narrador de historias y cree que en una librería sus libros tienen que estar en los anaqueles de Literatura o Filosofía. A quien le achaca que se pueden encontrar faltas de gramática en sus libros, les responde irónico que hubo críticos que las hallaron también en el Quijote, de Cervantes. Lo que nadie le niega es que figura entre los diez escritores más vendidos del mundo, con veintidós millones de ejemplares hasta septiembre de 1998, a pesar de que el conjunto de su producción es bastante reciente y con apenas una docena de títulos publicados. En pocos años Coelho ha vendido más que Jorge Amado en toda su larga vida. De su proceso creativo como escritor ha hablado en estas conversaciones, afirmando que para escribir necesita hacer el amor con la vida.

-¿Por qué sientes la necesidad de escribir?

-Porque creo que la única forma de compartir nuestro amor personal es el trabajo, y el mío es escribir, como el del taxista es conducir.

-¿Has sentido que el escribir era algo que se te imponía o lo has elegido tú?

-Lo he elegido y además había soñado toda mi vida con ello. Lo había perseguido siempre, incluso a trompicones, equivocándome muchas veces, pero triunfó la fuerza de mi voluntad, que ha sido siempre el lema de mi vida.

-Has dicho que para escribir necesitas conectarte con el centro de la energía. ¿Qué significa?

-A mí me gusta usar los términos de la alquimia, que es el alma del mundo, o los del inconsciente colectivo de Jung. Conectas con un espacio donde está todo.

-Borges habla mucho de eso.

-Borges le llama el Aleph, el punto donde están todas las cosas. El Aleph es una palabra judía, de la cabala, es la primera letra del abecedario. Es el punto que abarca todo al mismo tiempo. En el cuento de Borges que se llama precisamente *El Aleph*, un hombre está caminando, tropieza y se cae, y sin querer entra en ese punto en el espacio en donde ve todo al mismo tiempo: todas las personas, toda la selva, los ríos, los universos todos.

—¿Es lo que experimentas al escribir?

-Hay un momento cuando escribes en que te sientes cansado y sigues adelante por disciplina, pero en un cierto momento, sin saber por qué, te conectas con algo que te produce placer, es como una fuente de energía, y entonces el tiempo fluye rápido. Creo que es ese momento creativo en el que el hombre se conecta con sus semejantes.

»La vida tiene para mí ese carácter simbólico muy importante, porque somos símbolos, no somos sólo seres humanos.

-A ti te gusta mucho el símbolo del agua.

-Quizá porque tengo siempre aquí ante mis ojos, mientras trabajo y descanso, este magnífico mar del Atlántico, y esta playa soberbia de Copacabana. El agua es una de las cosas más simbólicas, al ser uno de los elementos básicos de la vida y de la creación. Mira, en el mar existe ese momento de conflicto en el que se forman los oleajes. Es el momento en que distinguimos el mar de la tierra. Y es esa zona, a veces calma, a veces movida, a veces fatal, donde está la zona de la creación.

»Yo respeto mucho el misterio de las cosas. Sé que hay cosas que ocurren, pero no sabemos por qué y hay que respetar esa zona oscura de misterio.

-A veces, empiezas a escribir cosas de las que después te arrepientes y las abandonas o las destruyes.

-Es verdad. Cuando empiezo a escribir, no sé si hago bien o hago mal. Escribo antes que nada para mí, ya que soy el primer lector de mí mismo. Antes tenía la costumbre de dar mis libros a leer a otros antes de publicarlos.

Ahora, no. Cargo yo con la responsabilidad. Y cuando me doy cuenta de que algo que estoy escribiendo no funciona, lo abandono. Me pasó hace poco con un libro que había empezado sobre los gitanos. En un cierto punto lo abandoné.

—¿Y cómo adviertes que algo que estás escribiendo no funciona?

-Porque noto que no es sincero, que no fluye. Lo sientes dentro de ti.

—¿Cómo eliges los temas de los que escribes?

-Soy un escritor políticamente comprometido con mi tiempo, y mi gran búsqueda fue siempre la espiritual. Por eso esta problemática está siempre presente en mis libros. Hubo un momento en que creía que podía responder a todo lo que me preguntaban, pero ahora me doy cuenta de que eso no es posible, además de ser ridículo. Explicaciones podría tener para todo, tomadas de los maestros y gurús. Pero no sería algo mío. La verdad es que seguimos siendo un misterio y de una sola cosa estoy seguro, y es que tenemos que dar lo mejor de nosotros mismos. Y es en ese momento cuando te sientes contento. Si no actúas con sinceridad en tu vida, te engañas a ti mismo y engañas a los demás, aunque por poco tiempo, porque el imperio del mal también tiene su lógica.

-¿Cómo es el proceso creativo que te lleva a la producción de un nuevo libro?

-Te pondré un ejemplo gráfico. Acabo de regresar de Japón, donde he estado varios días firmando libros. Y allí vi un artefacto curioso para espantar a los ciervos que me hizo pensar precisamente en mi proceso literario. El artefacto en cuestión es un bambú con un hueco al que van llenando de agua. Cuando el bambú está completamente lleno, el agua sale y rebota contra algo que produce un fuerte ruido y espanta al ciervo. Aquello fue para mí un símbolo, porque nosotros nos vamos llenando y en un cierto momento necesitamos compartir. Podemos llamar a eso amor o necesidad de participar de la vida, pero la verdad es que cuando hacemos algo con entusiasmo, lo hacemos impulsados por la necesidad de compartir.

-Tú, personalmente, ¿cómo te llenas?

-Me lleno sin pensar, con el clásico proceso del embarazo, después de haber hecho el amor con la vida, aunque sin saber nunca quién es el padre. Durante dos años, en el intervalo que suele pasar entre un libro y otro, no hago nada, no tomo apuntes, pero estoy totalmente disponible a la vida. Y en algún momento, algo entra dentro de mí y me hace grávido. Y en seguida siento la necesidad de escribir.

-¿Y cómo notas que estás a punto de «dar a luz»?

-Lo noto porque empiezo a sentirme, no diría enfadado, pero sí irritado. Es cuando me digo a mí mismo: me siento lleno, grávido, listo para dar a luz.

-O sea, que tienes que estar abierto para recibir y después tienes que oxigenarte para manifestarlo.

-Ésa es precisamente la fórmula clásica de la alquimia, que se resume en disolver y coagular. Por eso, después hay que disolver y concentrar. Es como el mecanismo del corazón, y de tantos otros de la naturaleza.

-¿Es importante para ti una cierta disciplina a la hora de escribir o prefieres la anarquía?

-La anarquía me gusta para otras cosas, pero a la hora de escribir, la disciplina me resulta fundamental. Esa disciplina es lo más positivo que recibí en mi formación juvenil en el colegio de los jesuitas, tan negativo por otros motivos. A mí, en general, cuando me siento ante el ordenador dispuesto a empezar un libro, me entra una pereza enorme. Me digo: pero si ya he escrito bastantes libros, ya soy un escritor consolidado, para qué necesito más. Es, claro, una excusa de mi pereza. Empezar siempre es difícil. Después empieza a fluir, pero lo duro es cuando te encuentras a mitad del libro, porque no tienes el entusiasmo de cuando lo iniciaste y sabes que estás aún muy lejos del final. Ahí es donde tantos escritores sucumben.

-¿Tienes tú también, como otros escritores, algunas manías a la hora de escribir?

-Sí, muchas. Una de ellas es que cuando empiezo un libro no puedo interrumpirlo ni un solo día, porque si lo hago no soy capaz de continuar. A veces, para no parar, durante los viajes, escribo en los aviones y en los hoteles. Sólo este año he roto esa cadena con el último libro de *Verónica decide morir*. Al principio fui fiel, pero después tuve que dejarlo durante una temporada. Gracias a Dios pude continuar, lo que indica que también en las manías existen excepciones a la regla. Otra de mis manías es que tengo que escribir los libros aquí en Brasil, en mi casa de Copacabana.

-Pero, curiosamente, casi todos tus libros están inspirados en España y, desde luego, ninguno todavía en Brasil.

-Exactamente. Ésa es otra de mis paradojas. Mi pasión por España nació por el hecho de que muy pequeño tuve una niñera española. Desde entonces toda mi fantasía se dirigía hacia ese país. Por eso tengo tantas obras ambientadas en España. Pero para poder escribir necesito una cierta distancia y estar aquí, a pesar de que estoy envuelto en mil problemas. Pero yo necesito para crear el cansancio de lo cotidiano. Además, me siento profundamente brasileño y por eso necesito de mi Brasil para escribir.

-¿Qué significa para ti ser brasileño?

-Es vivir en un caldo de cultivo permanente, en una mezcla de razas única en el mundo, con influencias africanas, autóctonas, japonesas, europeas. Es esa mezcla de mil cosas lo que nos ha enseñado a los brasileños a ser tolerantes con el mundo del espíritu, con todo lo mágico que se manifiesta a través de los símbolos, básicamente de la música, la danza y la poesía.

-En Europa ya no existe esa tolerancia.

-No es que no exista, es que la habéis olvidado. Hagamos un poco de historia: cuando los hombres nómadas empiezan a bajar de las montañas para construir las primeras ciudades, ¿quién elegía el lugar? y ¿qué motivos les llevaban a elegir un cierto lugar donde levantar la ciudad? No eran criterios lógicos, sino mágicos y extraordinarios. Era el período en que Dios no tenía aún nombre, porque no estaba en un lugar concreto, caminaba con los hombres en su continuo peregrinar. El politeísmo y los nombres de Dios nacen con la creación de la ciudad.

-Y empiezan a crearse los templos.

-La ciudad empieza a nacer cuando el hombre descubre la agricultura y entiende que puede comer sin necesidad de moverse continuamente. Y comprende el lento proceso del tiempo necesario entre la siembra de la semilla y la recolección del fruto. Ese es precisamente mi viaje mental como escritor. Es cuando empieza el hombre a descubrir la relación entre el acto de amor y el embarazo. Por eso, cuando ese proceso se desconocía no se sabía quién era el padre. El hombre empieza a darse cuenta de que para que las cosas germinen, nazcan y crezcan hace falta tiempo.

-Y las ciudades nacen alrededor del templo.

-El primer muro que se construye no es el que cierra la ciudad sino el que se levanta alrededor del templo. Nace así la casta sacerdotal, el poder de lo sagrado. Dios ya tiene nombre y el altar y una parte de la población se adueña de él. Se crea así la separación entre lo sagrado -el templo, donde reside el poder- y lo profano, que es el mundo que está detrás de ese muro.

—*Y esa división permanece hasta hoy.*

-Cambia la estructura de la ciudad, cambian los medios de transporte, los sistemas sociales y de gobierno, pero el símbolo de ese muro, de esa separación entre lo sagrado y lo profano, sigue en pie. Una separación que Jesús rompe en el Evangelio. A la mujer samaritana le dice que llegará un día en que los hombres «no adorarán en este templo o en el otro sino en espíritu y en verdad». Y en la parábola del buen samaritano, alaba la conducta generosa del samaritano que ayuda al herido tirado en el camino, a pesar de que los samaritanos eran los ateos, los sin religión, mientras que critica al levita, que era el hombre de lo sagrado, del templo.

»Pero en este momento mucha gente empieza a comprender que para poder gozar del misterio e injertarlo en nuestra vida es necesario quebrar esa separación entre lo sagrado y lo profano. Roto el muro, lo sagrado empieza a penetrar en lo profano. Y eso ocurre en Brasil.

-*Ésa es precisamente la gran diferencia que los europeos advierten al entrar en contacto con vosotros, los brasileños.*

-¿Y sabes por qué? Porque en Brasil, con la confusión de razas y culturas, no hubo tiempo para construir el muro alrededor del altar. A Bahía llegaron los esclavos africanos con sus ritos, y se juntaron con los cristianos, y nació el sincretismo, que no siempre es positivo pero que es mejor que el que una religión quiera dominar a las demás. Como no se construyó ese muro que separa lo sagrado de lo profano, lo mágico de lo real, el misterio penetró en todos los ambientes. Lo sagrado entró en todo lo profano.

»Por eso los brasileños no son alérgicos al espíritu y aceptan toda experiencia que esté impregnada de espiritualidad o de misterio. No sé si habrás notado que los únicos futbolistas del mundo que salen al campo cogidos de la mano, para transmitirse energía, son los de la selección de Brasil. Ronaldo está siempre al final de la cola y tiene que tener una mano libre para poder tocar el suelo y recoger la energía del campo.

-*De ahí que los brasileños sean no sólo tolerantes con todas las manifestaciones religiosas o del espíritu, sino que eso forme parte de su vida en todos los niveles.*

-Si vienes un fin de año aquí, a esta playa de Copacabana, en Río, verás un espectáculo increíble. Te encontrarás con un millón de personas, todas católicas, pero que vienen vestidas de blanco a arrojar flores al mar, que son ritos antiguos africanos. Aquí conviven todas las creencias, y los creyentes saben compaginarlas sin problemas de conciencia, como muy bien saben los teólogos.

»Por eso digo que el ser brasileño influye mucho en mi proceso de creación artística, porque aquí las personas son muy intuitivas, no se avergüenzan de apostar por lo espiritual y mágico, son mucho más paradójicas que cartesianas. Son tremendamente humanas y abiertas a todo lo que es misterio.

-*Por eso has elegido vivir aquí.*

-He elegido vivir en Brasil y concretamente en esta ciudad de Río de Janeiro, que es la más maravillosamente transgresora y viva del mundo. Ya te dije que soy un hombre de extremos. William Blake ha escrito: «La carretera de los extremos lleva al palacio de la sabiduría.» Es lo que yo creo. Por eso, cuando escribo un libro, diría que lo escribo «a la brasileña», es decir, con pasión. Por eso, dentro de Río he escogido vivir aquí, en esta zona de Copacabana, frente al mar. En Río hay lugares más tranquilos, dentro mismo de la floresta, pero éste es un lugar de fuertes contrastes, entre el mar y la selva. Verás que la acera de la playa es blanca y negra, y aquí conviven la miseria y la riqueza codo con codo. Hay otros barrios que son híbridos. Éste es un barrio con fuerte personalidad, donde mi espíritu se encuentra a gusto para escribir.

-A propósito del fin de año, ¿lo pasas aquí, en Río?

-No, te va a extrañar, pero yo paso los fines de año en la gruta de Lourdes. Por eso, si quieres venir a pasarlo aquí, puedo dejarte mi casa.

-¿Que pasas el fin de año en Lourdes? Dicen que para el último año del siglo ya no queda un solo puesto libre ni en hoteles ni en restaurantes de las ciudades importantes del mundo.

-Pues yo espero que haya un rincón para mí en aquella gruta. En 1989 pasé allí mi cumpleaños solito, y fue una experiencia muy fuerte. Y, a partir del año siguiente, empecé a pasar los fines de año con mi mujer, Cristina, en la gruta de las apariciones. Suele hacer mucho frío. No hay más de cincuenta personas. La primera vez, aquello me tocó mucho, casi me hechiza la Virgen. Y es lo que te decía de la religión como adoración. Allí la gente, llegada de sitios muy distintos y con sentimientos muy distintos, se siente unida sólo por una atmósfera religiosa de oración sencilla.

-¿Y cómo celebráis el año nuevo?

-Prácticamente, nada. No hay alegría ni tristeza, sólo serenidad. Casi siempre llueve. Solemos cenar antes en el hotel, una cena sencilla, y después todos nos deseamos un año nuevo feliz. Vives muy de cerca el misterio de la fe. Hubo un año en que fui a la gruta por la mañana y había un señor sentado allí meditando. Y cuando volví por la noche aún seguía allí. Quizá estaba cumpliendo una promesa, no sé. La verdad es que todo es muy mágico esa noche en Lourdes, con tan poca gente.

-Pero ¿no crees que la dimensión mágica está un poco fuera de moda en una sociedad en que priman la producción, el consumismo, la tecnología, la globalización del mercado?

-Te voy a decir una cosa, Juan: para empezar, todo eso de la globalización de los mercados, de las bolsas, etc., es lo más mágico que existe. Ésa sí que es magia. Porque no me dirás que hoy los economistas entienden algo de nada. Están perdidos. Son incapaces de hacer una previsión, de planificar nada, porque llega la magia de los mercados mundiales, de las bolsas, y basta con que se resfríe la economía de Japón para que todos pesquen una gripe mortal. Soportan todos unos efectos mágicos que no saben ni pueden controlar.

»Todos esos gurús de la economía, esos sumos sacerdotes, tienen su religión, sus dogmas, sus misterios, sus secretos, con los que juegan para impresionar a los pobres mortales, pero la realidad es que hoy esa magia de las bolsas los está dejando desnudos, sin religión.

-Pero tú también jugarás en Bolsa.

-Muy poco. Y siempre desafío y desconcierto al banquero. Voy y le digo: «Estas acciones que bajan van a subir.» Él me responde que no, y yo que sí. Y cuando suben me pregunta: «Pero tú ¿cómo lo sabías?» Y yo le respondo: «Porque tengo intuición femenina, y si han bajado tanto, la única razón es que tienen que subir. Ustedes dicen que no es posible y me dan mil razones, y yo me guío simplemente por el movimiento del mar, donde si la marea baja es porque tiene que subir después.» Tan simple.

-Es una magia que cada vez les resulta más difícil de controlar.

-Ellos hacen sólo conjeturas científicas, nosotros creemos que saben, pero la verdad es que están en ayunas, como todos esos economistas. Es como las fuerzas del bien y del mal. Si un día las fuerzas del mal deciden devaluar la moneda de Brasil, y arruinar su economía, lo hacen y no hay economista capaz de remediarlo, no hay gobierno capaz de frenarlo. Por eso, yo me meto muy poco en esas cosas, coloco mi dinero en libretas de ahorro y ya está.

-¿Crees entonces en el mal?

-Buena pregunta. Creo en dos males: en el natural y en el artificial. El mal natural, porque soy monoteísta, es el brazo izquierdo de Dios, son cosas que suceden. El mal artificial son las cosas que nosotros hacemos y

proyectamos en el tiempo, porque éste es un universo simbólico y eso se transforma en realidad. Para acabar con las tinieblas, basta con que enciendas la luz, porque no puedes encender las tinieblas.

-Después dices que no te gustan las metáforas.

-Hay cosas que sólo se pueden explicar con imágenes. Pero volviendo al mal, lo que llamamos así, son cosas que pasan, que uno no puede comprender y que hieren. El clásico ejemplo es el de Job.

-¿No crees que existe el peligro de que acabemos justificando el dolor y la injusticia, en vez de combatir las estructuras que los producen?

-Eso es siempre un peligro y es el peligro de la búsqueda espiritual en general. Hay que estar siempre alerta. Pero te aseguro que yo no he conocido nunca ni a una sola persona que siga con seriedad su camino espiritual que justifique el sufrimiento y que no haga nada para combatirlo dentro de sus posibilidades.

-Pero ¿no crees que existen personas que se jactan de ser muy espirituales y que en el fondo no hacen nada para cambiar este mundo injusto?

-Creo que no hay que generalizar. ¿Quién cambió mi vida, por ejemplo? Fueron personas que me iluminaron con su ejemplo, y para eso tienen que ser personas visibles que no tengan complejos de mostrar su virtud. Ya en el Evangelio se dice que una lámpara no se enciende para ponerla detrás de la puerta sino para que ilumine la casa.

»Yo también he visto cosas horribles en mi vida, personas que han intentado manipularme en el mundo de la magia y de lo espiritual y diría que, incluso yo, en los años setenta, intenté también manipular a las personas. Pero al final las personas no son tan tontas como pensamos y saben distinguir entre quienes les llevan hacia la luz o hacia las tinieblas. Hace sólo unos días vi un programa de televisión sobre las sectas. Tengo horror a las sectas, pero la forma como se dirigió aquel programa daba pena. Se creen que somos todos niños pequeños incapaces de pensar.

-Volviendo a tu condición de escritor, ¿no sientes la responsabilidad de lo que te está pasando? Porque son millones las personas que leen tus libros, y no de una manera pasiva sino activa.

-La digresión que hemos hecho es también importante para que mis lectores puedan entenderme mejor como escritor, porque uno escribe de lo que siente y vive. Y en cuanto a mi responsabilidad, sí que la siento, y mucho, precisamente porque veo los efectos que mis libros producen. Y porque soy consciente de haberme equivocado ya varias veces en mi vida.

»Sé que soy un escritor famoso, traducido en el mundo entero, muy amado, pero también pirateado, detestado y odiado. Pero presente y vivo. Creo que la primera pregunta que me hago como escritor es si soy sincero conmigo mismo. Y hasta este momento, lo siento así. Y además el tener que recorrer el mundo hablando varias veces en distintos lugares de un mismo libro me obliga a reflexionar continuamente sobre ellos. Sobre todo porque tengo que presentar los mismos libros en distintos lugares y en tiempos distintos y eso me lleva a estar siempre reflexionando sobre ellos.

-¿Te molesta que te vean además de como escritor como un gurú o maestro?

-Eso es un problema. A veces me preocupa esa frontera entre el escritor y el gurú, y me pregunto si estaré preparado para ese desafío. Se trata de una bomba peligrosa. Hasta el momento la he eludido limitándome a mi función de escritor. Sobre lo que tengo que decir en mis libros actúo como catalizador.

-Eso mismo decía Federico Fellini, quien al ser solicitado para que emitiese opiniones sobre lo habido y por haber, se protegía diciendo: «Yo ya lo he dicho todo en mis películas.»

-Eso es muy bonito. La verdad es que hasta el momento me he defendido para no salirme de mi función de escritor. Hace cinco años, hubiera podido pasarme la vida dando conferencias, cursos, etc., ganando un montón de dinero. En Brasil llevaba vendidos seis millones de libros, lo que significaba muchos millones de

lectores. Si hubiese hecho pagar sólo un dólar por asistir a mis conferencias, me habría hecho de oro. Pero no lo hice.

-¿Cómo llevas las críticas que algunos hacen a tu forma de escribir?

-Los críticos tienen que hacer su trabajo y a los escritores siempre nos ayudan. Nunca me siento herido personalmente por la crítica, pues soy consciente de que he decidido escribir con mucha sencillez, directo, para que todos puedan entenderme. Por eso a veces dicen que si no sé escribir, que si soy demasiado simple en lo que escribo. A mí me parece que no existe una única forma de escribir. Cada escritor tiene su personalidad y sus peculiaridades y cada uno escribe para su público.

»Pero yo nunca me enfrento a mis críticos, y cuando los encuentro soy amable con ellos, no por cinismo o porque me sienta vencedor debido a los millones de libros vendidos, sino porque estoy muy tranquilo por hacer las cosas como las hago. Sí siento un gran amor y ternura por las personas sencillas que son sinceras y verdaderas. Con ellas me identifico.

-Te veo muy enfadado, en cambio, con algunos editores.

-Y te voy a explicar por qué. Al principio, no tenía ninguna experiencia y firmaba mis contratos por lenguas. Y ocurría que, por ejemplo, llegaban mis libros a la India desde otro país a un precio de quince dólares, cuando el precio de un libro en la India es de una media de tres dólares. Y es un país con quinientos millones de personas. ¿Cómo podían enviar los libros tan caros desde Inglaterra o Irlanda? Entonces me enfrenté. Impuse que mis libros se editaran en cada país, para que tuvieran el precio de cada sitio y no fueran libros de lujo importados. Lo mismo me pasó en América latina y en África. Me planté por ejemplo con mi editor portugués, que mandaba mis libros a África con precios europeos. Yo le dije: «Mario, tú eres socialista y no crees en Dios. Yo sí creo, pero tu corazón socialista tiene que entender que no podemos vender los libros en África a precios tan altos. Hay que imprimirlos allí.» Y ahora ya tenemos libros, por ejemplo en Angola, en edición popular.

-Tienes tu biblioteca escondida, ¿por qué?

-Ya te dije que me da pudor hacer ostentación de lo que leo o lo que dejo de leer. En 1973 yo tenía un piso entero lleno de libros. Un día al volver a casa me encontré con que se habían derrumbado todos los estantes, y pensé que si hubiera estado allí habría muerto sepultado por los libros. Me acordé de Borges, cuando se preguntó delante de su biblioteca: «¿Cuántos de estos libros no volveré a leer?» Y me hice la misma pregunta: «¿Por qué tengo todos estos libros, que sé que nunca voy a volver a leer? ¿A quién quiero impresionar?» Y entonces me propuse que mi biblioteca no iba a pasar de cuatrocientos libros, que ya son muchos si quiero releerlos. Y los tengo no aquí en casa sino en otro sitio, en un armario.

—¿En tus libros te sientes transgresor?

-Para ser escritor, es necesario un poco de fantasía, de transgresión, de romper los esquemas del saber convencional. Siempre intento conciliar el rigor con la compasión y así tenemos un mínimo de sabiduría para no hacer ciertas tonterías. Pero lo que no se puede es matar el niño que llevamos dentro. Creo que mis libros se leen mucho más por el niño que cada uno lleva dentro. Por eso escribo historias que me gustan, por eso no hago disquisiciones filosóficas o grandes teorías aburridas. Si alguien quiere saber qué pienso de la vida y de las cosas, entonces hablo contigo, como lo estoy haciendo en este libro, pero si quiero hablar sobre los límites de la locura y de la realidad, entonces escribo una novela con una historia que me guste y dentro de la historia estará todo eso. Pero la historia habla con el niño, el niño es el comandante que habla con el cerebro y con las demás cosas.

-Alguien podría objetarte que la búsqueda del niño que llevamos dentro es el miedo a encontrarnos con nuestra parte adulta.

-¿Y qué es esa parte adulta? ¿Qué es la madurez? Es el principio de la decadencia, porque cuando el fruto está maduro, o se come o se pudre. ¿Miedo al niño que vi-

ve dentro de nosotros? ¡Menuda tontería! ¿Quién es el hombre que puede decir que ya es maduro, adulto, que ya no necesita ni creer en Dios, y es un modelo para todos? Sólo un loco puede decirlo. La verdad es que todos estamos en plena evolución, madurando y naciendo a cada instante.

-Es como los que afirman no tener miedo a nada.

-Justamente. En uno de mis libros, un personaje pregunta qué es el coraje. El coraje es el miedo que produce sus oraciones. Creo mucho en ello, porque el que no tiene miedo tampoco tiene coraje. Es la gran paradoja, porque si no tengo miedo me tiro por la ventana o me dejo atropellar por un coche. El hombre con valores es el hombre con miedos que no se deja amedrentar por ellos.

-¿Quiénes fueron los ídolos de tu juventud?

-Fundamentalmente, un músico: John Lennon, y un escritor, Borges. Para intentar conocer en persona al gran escritor argentino tomé un día un autobús aquí en Río de Janeiro, y me fui hasta Argentina. Era así de fanático de él. Conseguí averiguar su dirección. Yo iba con una chica. Llegamos a la dirección que me habían dado. Allí me dijeron que estaba en un hotel delante de su casa. Me acerqué a él. Estaba sentado. Había viajado sin dormir cuarenta y ocho horas para hablar con él, pero cuando me tropecé con su presencia, me quedé mudo. Me dije: «Estoy ante mi ídolo y los ídolos no hablan.» Y no le dirigí ni una palabra. Mi chica no podía entenderlo. Yo le expliqué que, en el fondo, yo quería ver sólo a mi mito y lo había conseguido. Las palabras sobran.

-Fue una relación muy fuerte, que te ha acompañado toda la vida.

-Sin duda. Borges ha influido mucho en mis obras. Adoro su prosa y su poesía. Me siento orgulloso de haber nacido el 24 de agosto como él y bajo el mismo signo, aunque, claro, muchos años después.

-¿Prefieres su prosa a su poesía?

-Adoro todo lo que ha escrito. Sus poesías las he leído mil veces, muchas me las sé de memoria.

-Eso me lo creo menos. ¿Hacemos una prueba?

-Ahora mismo. ¿Quieres que te recite un soneto suyo en español?

-Vamos a ver.

-Escucha éste, por ejemplo:

*Ya no seré feliz. Tal vez no importa.
Hay tantas otras cosas en el mundo;
Un instante cualquiera es más profundo
Y diverso que el mar. La vida es corta,
Y aunque las horas son tan largas, una
Oscura maravilla nos acecha,
La muerte, ese otro mar, esa otra flecha
Que nos libra del sol y de la luna
Y del amor. La dicha que me diste
Y me quitaste debe ser borrada;
Lo que era todo tiene que ser nada.
Sólo me queda el goce de estar triste,
Esa vana costumbre que me inclina
Al Sur, a cierta puerta, a cierta esquina.*

(Coelho recitó la poesía sin errar una sola palabra, sin titubear, en un perfecto castellano. La poesía es un soneto que lleva por título «1964 (II)». Salió airoso de la prueba.)

-¿Dónde te gustaría que colocasen tus libros en una librería?

-Unos en Literatura, otros en Filosofía, pero no en esoterismo. Y esto lo digo sin pudor, sin vergüenza, con orgullo.

-¿Y qué tal eres como lector?

-Tengo una relación casi mágica con los libros, y también aquí tengo mis manías. Por lo pronto, sólo leo los libros que compro, nunca los que me regalan. Recibo unos veinte libros cada día y no los abro siquiera.

-Pero podrías perderte una cosa maravillosa, aunque sea de un libro regalado.

-Si es algo muy bueno acabará llegándome la noticia y entonces voy a una librería y lo compro. Yo soy del parecer que el escritor no debe regalar sus libros. A mí nunca ninguna fábrica de zapatos me envía un par de ellos, ¿por qué tienen que regalarme libros?

-No me digas que nunca haces excepciones. Algunas veces habrás regalado libros tuyos y otras habrás leído alguno que alguien te haya enviado. Tú, por ejemplo, me has mostrado una carta en la que el ministro del Ejército de Brasil te agradece el que le hayas enviado tu obra *El guerrero de la luz*, que le gustó mucho.

-Claro que hay excepciones. En este caso fue el propio ministro quien me lo había pedido, si no yo no se lo habría regalado.

—¿A que has leído mi libro de conversaciones con José Saramago, *El amor posible*, que yo te envié?

-Lo leí, y no sólo una vez. Pero eso es otra cosa. Tú ibas a venir a hacer conmigo un libro como el suyo, además tenía una extrema curiosidad por saber cómo es por dentro un escritor de la fama y del éxito de Saramago, y naturalmente quería leerlo. Lo mismo me pasó con tu libro *Un Dios para el Papa*. Ni siquiera sabía que estaba en las librerías. Me lo dijeron en Madrid y entonces te lo pedí, porque me interesaba conocer la psicología del papa Wojtyła. Pero en general, cuando deseo un libro, aunque sólo sea por respeto al escritor, no quiero que me lo regalen, quiero comprarlo.

-Pero la fundación que lleva tu nombre a veces compra libros para regalar.

-Es verdad, mi fundación compró doce mil libros míos para enviar a las bibliotecas de las cárceles, de los hospitales, etc. El editor me dijo si los quería a precio de coste y yo le dije que quería pagarlos a precio completo, como si los hubiese comprado en una librería.

(En la discusión participaba una sobrinita suya. Coelho confiesa que una vez le regaló un libro suyo y le pregunta: «¿Lo has leído?» Y su sobrina responde que no. Su tío hace como que se enfada con ella: «¡Cómo! ¡Tienes un tío que es leído en todo el mundo y tú no lees sus libros! Seguro que si te lo hubieses comprado con dinero de tu bolsillo lo habrías leído.» Mi compañera, para provocar cariñosamente a Coelho, le entrega por la tarde un libro suyo de poesías y le dice: «Te lo regalo para que lo tires a la basura.» Coelho sonrió, le dio un abrazo y le dijo: «Tienes que dedicármelo.»)

-¿En qué medida estás en tus libros?

-En realidad yo soy todos los personajes de mis libros. El único personaje que no soy es el alquimista.

-¿Y eso por qué?

-Porque el alquimista ya lo sabe todo, mientras que yo sé que no conozco todas las cosas, hay muchas que ignoro. Claro que en *El Alquimista* yo soy el pastor, el mercader de cristales, incluso Fátima. En los otros libros soy yo siempre el personaje central. Soy hasta Brida. En dos libros soy totalmente yo: en *Las valquirias* y en *El peregrino*. Y es que la mayoría de mis libros, aunque sean narraciones literarias, no son ficción. Son cosas verdaderas que yo he vivido. El mismo de *Verónica decide morir*, mi última novela, no es más que la experiencia novelada de la terrible historia que te he contado de mi ingreso por tres veces en un manicomio.

-¿Te sientes un escritor peregrino?

-Todos los escritores necesitan estar en movimiento, por lo menos internamente. No creo que Proust se moviera mucho físicamente, pero igualmente viajó muchísimo. Todos los grandes clásicos de la literatura son

narraciones de grandes viajes, desde la Biblia hasta la *Divina Comedia*, desde el *Quijote* hasta la *Ilíada*. Es siempre la búsqueda de Itaca, es la metáfora del nacimiento y la muerte, ese gran viaje que todos tenemos que hacer, queramos o no.

CAPÍTULO X

Los lectores

«Mis lectores son sobre todo mis cómplices.»

«Yo escribo para el niño que llevamos dentro.»

Paulo Coelho tiene millones de lectores en todos los continentes y en todas las lenguas. Le es difícil conocer su perfil porque son enormemente variados. Y aunque recibe miles de cartas y mensajes, eso no es aún un universo suficiente para tocar con las manos cómo son realmente dichos lectores. Lo que sí sabe es cómo se ve él frente a esos millones de lectores ante los cuales se siente más amigo que maestro y sobre todo cómplice. Puede percibir un pequeño muestrario de los sentimientos de sus lectores hacia él durante sus giras por el mundo. Y lo que él toca con la mano es el grado de entusiasmo que no sólo sus libros sino su misma presencia suscita. Y en su historial cuenta desde escenas conmovedoras hasta algunas mágicas y sorprendentes.

-Vamos a hablar del perfil de tus lectores.

—Lo que quiero decirte antes que nada es que mi relación con esa enorme masa de lectores anónimos es una relación muy intensa, no es una relación entre el maestro y el discípulo ni entre el escritor clásico con sus lectores.

-¿Qué relación es entonces?

-Es una relación entre amigos, aun sin conocerlos, como si yo compartiese con ellos algo muy mío, pero un mío que es de todos y que es lo que hay de mejor en cada uno de nosotros.

-Enséñame la última carta que has recibido.

-Mira, es muy curiosa, es la de un joven que me envía una foto en la que estamos los dos. Se ve que habíamos coincidido en alguna presentación de libros en Inglaterra. Es una carta muy femenina con dibujos. Dice que está estudiando portugués, que duerme pensando en los ángeles. Me manda la foto para que yo se la firme. Yo no me acuerdo de nada, pero él me explica dónde nos conocimos y la emoción que recibió. Me habla también de *El Alquimista*.

»Cartas como éstas recibo miles, a veces de ocho o diez folios. Pero ya te dije que, con raras excepciones, los que escriben son lectores sencillos, porque los importantes no suelen hacerlo.

-¿Crees que te leen más hombres que mujeres?

-Al principio, mucho más las mujeres. Ahora ha cambiado la tendencia. Cuando empecé a dar las primeras conferencias, el noventa por ciento del público eran mujeres y un diez por ciento hombres. Ahora la proporción es de un sesenta por ciento de mujeres y un cuarenta por ciento de hombres. Ellos ya no tienen miedo a mostrar sus

emociones, y hacen cola para que les firme los libros, igual que las mujeres. Y me imagino que ésa debe de ser también la proporción entre los lectores. Pero la verdad es que no lo sé exactamente.

-¿Te has llevado algunas veces sorpresas?

-Sí, muchas. A veces me encuentro con personas que ni podía imaginar que fueran lectores míos. Entonces pienso que mis lectores pertenecen a un universo muy variopinto. Lo que sí veo es que la relación de ellos conmigo es muy fuerte. No influye tanto el hecho de que escribas bien o mal, es casi una hermandad, una complicidad. Más que mis lectores, muchas veces son mis cómplices.

»Cuando a veces pienso en mis lectores, que salen de casa, toman un autobús, se van a una librería y a lo mejor esperan para comprar un libro mío, porque está llena, es algo que de verdad me impresiona.

—¿A qué crees que se debe tanto éxito entre los lectores?

-Creo que cuando los lectores leen un libro mío dicen: «Ese libro podría haberlo escrito yo, está hablando de cosas que yo sé, pero que las había olvidado.» Es lo que hablábamos del inconsciente colectivo. Creo que mis libros están conectados con un misterioso proceso creativo que tiene mucho de femenino.

-¿Qué es ese lado femenino?

-Es esa parte que, como dijimos en otro momento, no levanta un muro entre lo sagrado y lo profano, que sabe utilizar la intuición y la dimensión mágica de la existencia y que aplica la paradoja en lo cotidiano.

-¿Crees que representas para los jóvenes de hoy lo que Castañeda significó para los del 68?

-En *El Peregrino*, mi primer libro, en el prólogo cito a Castañeda e identifico a Petrus con don Juan, pero yo no me siento una continuación suya. Precisamente en el camino de Santiago aprendí la lección más importante de mi vida: que lo extraordinario no es patrimonio de unos pocos privilegiados y elegidos, sino de todas las personas, hasta las más comunes. Esta es mi única certeza, que todos somos la manifestación de la divinidad de Dios. En Castañeda, al revés, sólo los elegidos son capaces de penetrar en el misterio. Pero Castañeda sigue siendo un ídolo para mí. Yo digo siempre que cambió mi vida. Cuando murió en abril de 1998 le dediqué mi columna del diario *O Globo*.

-Por lo que veo, el haber hecho el camino de Santiago fue muy importante para el futuro de tu vida.

-Sin duda. Fue para mí una experiencia radical. Cuando lo empecé, también yo pensaba que encontrar tu destino, poder penetrar en los misterios del espíritu, era sólo cosa de algunos elegidos. Por eso a mitad del camino sufrí una fuerte crisis.

-Hay incluso quien duda que lo hicieras de verdad y durante tantos días.

-Lo sé. Pero es que no han leído mi libro sobre aquella experiencia; de lo contrario no lo dirían. Sería imposible escribir sobre aquel hecho como yo escribí, con todo género de detalles, casi día a día, sin haberlo hecho. Y sobre todo, es imposible que hubiese provocado un vuelco semejante en mi vida si no lo hubiera realizado con seriedad.

-Después de hacerlo estuviste viviendo en Madrid.

-Durante varios meses. Todos los días que había corrida de toros, me iba a verla. Me parecían unos meses felices porque no hacía nada y porque yo no tenía ya la idea del elegido, ya no creía que el dolor es sagrado, lo complicado lo sabio, o lo sofisticado el buen gusto. Y no poseía la idea idiota de que las cosas, cuanto más difíciles, más importantes son.

-El camino de Santiago te desbarató todo.

-Y quiero que eso lo sepan mis lectores muy bien. Aquella experiencia me puso en contacto con personas comunes a las que yo veía llenas de sabiduría y que rompían todos mis esquemas mentales. Por ejemplo, no olvidaré nunca que un día me encontré con un chico en un bar de un pequeño pueblo. Era un ignorante, seguramente ni sabía quién era Proust, pero me dijo cosas tan fantásticas sobre la vida que me dejó pasmado.

Otro no abrió la boca, pero me hizo un gesto de afecto y de ayuda que yo nunca había hecho en mi vida con toda mi religiosidad, sabiduría y búsqueda de las cosas.

-Y regresaste cambiado.

-Fue un cambio radical, de ciento ochenta grados. Y fue en aquel momento cuando me impuse escribir sobre esas cosas, para esa gente común a la que consideramos ignorantes, y que poseen una sabiduría oculta formidable. Yo me consideraba un escritor, pero nunca me había decidido a escribir. La gran lección de aquella peregrinación fue comprender que lo bello está en la sencillez. Por eso te dije que mi casa, como puedes observar, es lo más sencilla posible. Está casi vacía. Sólo allí, al final del salón, hay una flor. Y es bello porque no hay nada más. La sencillez es la mayor de las bellezas.

-A propósito de la gente común, ¿sabías que los teólogos católicos conservadores no aceptan la veracidad de las apariciones de la Virgen por un motivo muy curioso, como es el que si la Virgen tiene algo que decir a la humanidad no iba a servirse de muchachas tan sencillas e ignorantes como las videntes de Lourdes y Fátima?

-Como si el mismo Jesucristo hubiese sido un gran sabio de su tiempo. No lo era. Y se rodeó no de sabios sino de pescadores más bien ignorantes para dar a conocer su verdad. Hay una interesante historia de ciencia-ficción llamada la «nube negra». Se cuenta que vino una nube que, con su sabiduría, se iba comiendo los universos y las galaxias. La nube era la sabiduría total, que se iba a engullir también a la Tierra. El hombre consigue comunicar con la nube y le dice que en la Tierra ya hay vida inteligente, que se vaya a otra parte. Pero los hombres le dijeron: antes de que te vayas, pasa todo tu conocimiento a la Tierra, ya que eres tan sabia. Elige al más sabio de los hombres y conéctate con él. La nube negra se conecta con este sabio, quien a su contacto sufre un derrame cerebral. Pero antes de morir, cuando está en el hospital llega una persona a limpiar el cuarto y el hombre dice que la nube se había equivocado, que tenía que haberle escogido a él.

-¿Y eso por qué?

-Muy sencillo, porque el sabio tenía ya su universo construido, y cuando llega la nube le crea tantos problemas que le destruye; sin embargo, el otro hombre, con su sencillez, con su inteligencia común, sin prejuicios, la habría recibido sin problemas y contento. La nube negra de Fred Hoyle es un clásico de ficción científica. Y viene a pelo con lo que te estoy diciendo de mis lectores para quienes escribo. Yo escribo para el niño que todos llevamos dentro. Existe toda una falsa mística sobre la inocencia y los niños, como si la inocencia hiciera estúpidas a las personas. No, existe la inocencia del entusiasmo, de la sorpresa, de la aventura. Y ésa la sienten sobre todo los niños. Eso es lo que Jesús quería decir en el Evangelio cuando afirmaba que iba a enseñar su sabiduría a los niños y se la iba a ocultar a los sabios y poderosos. Todo esto es muy importante en la filosofía de mis libros.

-Decías que en tus encuentros con los lectores alrededor del mundo te ocurrían a veces cosas misteriosas, casi mágicas.

-Es verdad. Y menos mal que tengo testigos vivos que pueden confirmarlo, porque, de lo contrario, nadie se lo podría creer. Te cuento un par de historias de ésas. Una vez estaba dando una conferencia en una librería llamada Books & Books, en Miami, sobre el libro *A orillas del río Piedra me senté y lloré*, cuyo personaje principal es una mujer llamada Pilar. En un momento de la conferencia dije: «Gustave Flaubert dijo una vez: "Madame Bovary soy yo."» Y yo añadí: «Pilar soy yo.» Como siempre pasa en mis conferencias americanas, en seguida di lectura a unos párrafos del libro para después escuchar las preguntas del público. Mientras estaba leyendo, escuchamos un ruido fuerte, como de algo que se había caído. Pero yo seguí sin interrumpir la lectura. Cuando terminé dije en voz alta: «Ahora vamos a ver qué ha pasado.» Era un libro que se había caído de la librería. Lo cojo y no podía creérmelo: era *Madame Bovary*, de Gustave Flaubert. Ese libro me lo traje conmigo. Lo tengo aquí. La gente estaba asombrada. Cosas de éstas me pasan muchas. Y no deja de ser curioso que del montón de libros que había allí

fuera a caerse el que había citado al inicio de mi conferencia. El hecho te lo puede confirmar Michael Kaplan, el dueño de la librería, que fue el primer asombrado.

-¿Y la otra historia que querías contar?

-Ésa también me pasó en Miami, una ciudad que no me gusta nada. Estaba haciendo una gira por Estados Unidos y de allí tenía que ir a Japón. Todavía no estaba muy acostumbrado a esas giras internacionales y las hacía como las programaban los editores. Ahora las programo yo. Viajo un mes y si puedo descanso otro, si no es agotador.

»Normalmente el editor no te acompaña toda la gira, suele acompañarte otra persona que no tiene nada que ver con el editor.

-¿Quién te acompañaba en Miami?

-La representante de Harper en Miami, una chica llamada Shelley Mitchell. Yo iba a dar una charla en una librería, caminábamos hacia ella. Eran las ocho de la noche. Ella me dijo: «Espera, que voy a dar un beso a mi novio y vuelvo.» Yo me quedé allí solo, sentado. Estados Unidos es un país difícil, y yo además estaba cansado de tantos viajes. Me sentía allí enfadado, triste, solo, amargado. Me vi en medio de Miami y me dije: «¿Qué hago yo aquí? Yo no tengo necesidad de todo esto, pues mis libros se venden muy bien. Estoy echando de menos Brasil, mi casa.» Me puse a fumar un cigarrillo y pensaba: «Esta hija de puta me deja aquí solo y se va a besar a su novio tranquilamente.»

-Y en ese momento te pasó algo fuera de lo común, me imagino.

-Pasó que pasaron delante de mí tres personas con una niña de doce años. La niña se vuelve hacia una de las tres personas y le dice: «¿Has leído *El Alquimista*?» Yo me quedé petrificado. La señora, que debía de ser la madre de la niña, le dice algo que no entiendo y la niña insiste: «Tienes que leer ese libro, que es muy bonito.» Yo no resisto más, me levanto, me acerco a ellas y les digo: «Yo soy el autor de *El Alquimista*.» La madre de la niña me miró y dijo: «Vámonos corriendo, que éste es un loco.» Entonces me fui a llamar a la chica a la tienda donde había ido a besar a su novio y le pedí que fuera a decirles a aquellas personas que yo no era un loco, que era de verdad el autor del libro.

»Conseguimos alcanzarlas, pues habían salido corriendo. La chica les dijo: «Yo soy americana y este señor no es un loco, es el verdadero autor de *El Alquimista*.» Entonces la niña, muy contenta, decía: «Yo sí me lo creía, pero ellas, no.» Mi acompañante le dijo a la niña: «Ésta es una gran lección en tu vida. Déjate llevar por tus intuiciones, pues no siempre las madres tienen *razón* en todo.»

»Invité a las tres personas a la charla. Les presenté a la niña, les conté la historia y pedí un aplauso para ellas.

»Es lo que decíamos de las señales. En un momento en que mi energía estaba por los suelos, sin entusiasmo, vacía, aquella niña me trajo un mensaje del cielo, un ángel se había servido de ella para darme ánimos y para convencerme de la importancia de encontrarme personalmente con mis lectores.

-¿Cómo respondes a quienes te dicen que no puedes ser un buen escritor porque despiertas tanto entusiasmo en el pueblo sencillo?

-Que eso es fascismo cultural. Algunos de esos intelectuales a quienes se les llena la boca hablando de democracia, después en su fuero interno están convencidos de que el pueblo es idiota.

-Eres un autor odiado y amado. ¿Qué es para ti el amor?

-Es una especie de magia, una fuerza nuclear que puede realizarte o destrozarte. Para mí, el amor es a la vez la fuerza más destructiva y más constructiva del mundo.

Con el escritor Coelho es difícil encontrar verdaderas críticas que analicen sus obras y sobre todo que entiendan que Paulo Coelho es más que un simple escritor. Es también un fenómeno social y cultural que merece ser objeto de estudio. A veces, lectores suyos españoles me han preguntado qué dicen de él en Brasil,

de sus libros, del fenómeno que este escritor representa. Por eso, a la hora de publicar este libro estuve buscando alguna crítica que no pecara de exaltada en sus elogios, ni que rayara en el ridículo de la crítica, como lo que dijo a la revista *Veja Davi Arrigucci Júnior*, quien a la pregunta sobre qué opinaba de la obra de Coelho, respondió: «No la he leído y no me gusta.»

Encontré una crítica que analiza imparcialmente ese fenómeno en toda su amplitud. Se titula «Por qué Paulo Coelho», que el conocido escritor y periodista Carlos Heitor Cony publicó en la revista *República*, en mayo de este año. Escribió así:

«Fui testigo, de cuerpo presente, en París, durante el Salón del Libro, del fenómeno literario y editorial de nuestro tiempo. Paulo Coelho consiguió un grado de popularidad y respeto internacional que nunca hubo algo parecido en la vida cultural brasileña.

»Son muchos los que aún tuercen la nariz ante él y no sólo por su éxito sino porque consideran su literatura algo menor, mercantil, subliteratura, en definitiva.

»No es así como yo veo su caso. No soy amigo personal del escritor, nos tratamos con deferencia y hasta con cariño, pero cuando nos vemos nunca intercambiamos más de cincuenta palabras. Pero desde hace mucho tiempo tengo una explicación para su éxito. Veámosla.

»El siglo que acaba empezó con dos utopías que parecía iban a resolver todos los problemas del cuerpo y de la mente. Marx y Freud, cada uno en su ámbito, llamado «científico», establecieron reglas que contaminarían a millones de seres humanos, preocupados o con la justicia social o con la justicia hacia sí mismos, por medio del psicoanálisis.

»Ocurre que el siglo está acabando y los dos grandes tótems poderosos se desmoronan: tenían los pies de barro. Marx no resistió al fracaso de los regímenes instalados bajo su tutela, aunque el socialismo como tal continúe como un sueño posible que la humanidad espera. Freud ya en vida fue contestado, fragmentado, sus seguidores proclamaron cismas y abrieron rebeliones. Su doctrina original se mantiene apenas como ensayo literario, pero cada vez con menos carácter científico.

»De la caída de esas dos utopías surgió un vacío en el alma humana en este final de siglo. Y, como suele pasar, la llamada al misticismo, incluso a la magia, iba a ser inevitable. Y es ahí donde entra nuestro mago, con su sencillez, pareciéndose en algunos momentos a los santos de todas las épocas y de todas las religiones, que pronuncian las palabras necesarias, las que todos quieren escuchar, porque, en cierta manera, ellas están dentro del alma de todos nosotros.

»Paulo Coelho encontró esas palabras en libros sagrados o profanos, en leyendas orientales y en gestas occidentales; hizo un "mixed" genial de evangelios, de libros de magia medieval, de encantadora poesía oriental que muy poco conocemos. Y encontró la sencillez de quien no pretende imponer nada, dejando correr lo que piensa y siente.

»Muchos tentaron y aún tientan hoy hacer lo mismo que él pero no con su éxito. Por mi parte, en mi vida personal y profesional tiendo más bien a un pesimismo atroz, a una visión negativa y cruel de la existencia humana, situándome precisamente a la otra parte de la cuerda. Pero me conmueve y siento la necesidad de felicitar a todo aquel que, como Paulo Coelho, intenta, a su manera, mejorar al hombre y hacer la vida menos insoportable.»

Carlos Heitor Cony es periodista y escritor, autor de más de veinte obras, entre ellas las novelas *Casi Memoria* y *La casa del poeta trágico*.

La opinión de Nérida Piñón, ex presidenta de la Academia de la Lengua de Brasil:

Los más duros con Paulo Coelho suelen ser los críticos literarios, quienes han llegado a achacarle que no sabe escribir. Hemos querido, por ello, interrogar a una de las grandes escritoras brasileñas, Nélida Piñón, con proyección internacional, ya que sus obras están traducidas a los principales idiomas, sobre lo que opina de Paulo Coelho. Nélida fue hasta el año pasado presidenta de la Academia de la Lengua de Brasil y su prestigio intelectual es indiscutible.

Ante mi pregunta sobre Paulo Coelho, con quien participó en Barcelona en una mesa redonda durante la feria del libro Liber 1998, respondió así:

«Yo no tengo prejuicios estéticos. Coelho y yo hacemos parte de la misma escenografía, aunque representemos papeles distintos. Se trata de un escritor que honra con sus escritos a mi país y que nos honra en el exterior. Es una persona muy digna hacia la que profeso gran aprecio. Nos conocimos en una gasolinera llenando el depósito de nuestros coches. Al verme, él me saludó con respeto y con cierta timidez. Yo le dije: "Paulo, vámonos a comer." Así nos conocimos. Y le voy a contar un secreto: hasta tenemos el proyecto de escribir un libro juntos. Tenemos pensado hasta el título, pero me va a perdonar si por el momento no se lo revelo.»

CAPÍTULO XI

Paula, Ana y María

«Yo veo la vida, usando la metáfora
del viaje, como una caravana que no sé
de dónde sale ni adonde va.»

Muchos lectores de Coelho soñarían con sentarse un día con él en su casa de Río de Janeiro para poder hacerle mil preguntas sobre sus libros y poder tener con él un intercambio de opiniones.

Ese sueño pudieron realizarlo tres universitarias españolas: Paula y Ana Gómez, dos hermanas que estudian respectivamente Arquitectura y Psicología, y María Chamorro, una amiga de las primeras, que estudia Pedagogía.

*A las tres las conocí en el avión que me llevaba de Madrid a Río de Janeiro, donde iba a hacer este libro con Coelho. Curiosamente, las tres venían leyendo en el avión una obra del escritor brasileño: eran *Brida*, *La Quinta Montaña* y *A orillas del río Piedra* me senté y lloré. Me manifestaron el deseo de poder conocer y conversar con un escritor al que tanto apreciaban. Y así nació este último capítulo del libro, con un encuentro de las tres con Coelho, en su casa de Río. Fue un encuentro que duró hasta las tantas de la madrugada y en el que participaron, además de las tres jóvenes estudiantes, la mujer del escritor, Cristina, y el empresario de publicidad, Mauro Salles, el amigo por excelencia de Coelho, que es además poeta y hombre de cultura reputado en todo el país.*

El escritor nos confió después del encuentro que nunca unos jóvenes le habían interpelado tan a fondo y sin complejos.

A Paula, como estudiante de Arquitectura, le impresionó favorablemente el cambio que el escritor ha hecho en su piso, en el que ha colocado lo más importante de su vida íntima -el dormitorio y la mesita donde trabaja- en el lugar más bonito de la casa, frente a la playa, dedicando la parte trasera del piso, sin vistas, al lugar de representación.

A Ana y María, como estudiantes de Psicología y Pedagogía respectivamente, les alegró haber podido entablar con Paulo Coelho un diálogo de tú a tú, sin que pesara la diferencia de edades, aunque eran conscientes de lo mucho que les separaba del escritor en cuanto a experiencia y a cultura. Y confesaron que aquel encuentro las había hecho crecer personalmente.

Las tres consiguieron conectar con el escritor porque, según dijeron, «no fue un encuentro sólo intelectual, sino fundamentalmente vital».

P. G.-Hemos estado pensando qué preguntarte y nos salen preguntas de dos tipos. Unas acerca de la juventud en general y otras personales, de cada una de nosotras.

-Antes de que empecéis quiero hacer una aclaración: y es que no creáis que voy a tener respuestas para todo.

Vamos a mantener una conversación entre amigos, porque hablando todos aprendemos de todos, ¿no?

P. G.-Mira, nosotras vemos a veces a la juventud española -no sé cómo será la brasileña- muy desesperanzada, no ya con los tópicos que se leen en los periódicos o en las radios, sino algo más profundo, como si no supiesen por dónde tirar. Claro que no son todos los jóvenes, porque yo misma no me siento así. ¿A qué lo achacas, tú que conoces bien a los jóvenes?

-Si tú, Paula, no te sientes desesperanzada, ¿cómo te sientes?

P. G.—Siento algo que conecta mucho con tus libros y que voy descubriendo poco a poco. Creo que llega un momento en que te descubres a ti mismo; notas que tienes potencialidades dentro, que pequeños encuentros con el mundo exterior me hacen ir reconociendo. Y esa mezcla entre autenticidad y libertad me hace ser feliz, me permite dar un sentido a mi vida. La pregunta es, entonces, si realmente lo que pienso que me conecta con tus libros es verdad, porque a veces tengo la sensación de tomar un libro tuyo y me parece que es una carta que me escribes a mí.

*-Todo eso, creo, tiene que ver con la búsqueda de la conciencia. -He hablado mucho de eso con Juan y Roseana, de cómo llegué a ser escritor. La llave de mi trabajo, si simplificamos hasta el extremo, es lo que llamo la historia personal tal como aparece en *El Alquimista*. Y aunque nos parezca un misterio, ésa es la razón de nuestra existencia. A veces puede no estar claro y forzamos el destino. Es cuando nos sentimos flojos y cobardes. Pero al final la historia personal sigue ahí, dentro de nosotros y sabemos por qué estamos aquí. Entonces, para mí, la búsqueda espiritual es la búsqueda de la conciencia total.*

P. G.-De la conciencia de uno mismo.

-Exactamente. Si estás bebiendo un vaso de vino, te iluminas porque, mientras lo bebes, escuchas el ruido del campo, donde se hizo, la familia del hombre que cogió las uvas, lo que había alrededor... la conciencia total de todo. Eso es lo que a mí me da la vida. Y estás concentrado en eso, no en plan de sacrificio, sino de alegría, con entusiasmo.

P. G.-De sentirte más a ti mismo.

*-Exactamente. Por eso, lo que pienso es que en todos estos años se escribió un libro, que nunca se manifestó físicamente, que yo llamo *El manual* y que sería el libro con todas las reglas que tenemos que seguir, generación tras generación. En cierto momento ni sabemos por qué tenemos que seguir estas reglas, pero las reglas están ahí y continuamos dándoles crédito. Si en la página veinte de ese libro se dice: Hay que ir a la universidad en este momento, tienes que tener un diploma, tienes que casarte entre los veinticinco y treinta años, si no lo sigues te vas a encontrar un nuevo conflicto.*

J. A.-Te estás refiriendo al sistema social que se nos impone.

-Al sistema social tal como lo conocemos hoy, impuesto a las generaciones, pero como no es un libro muy claro, muy visible, no lo podemos combatir con claridad. Toda la juventud pasa por el proceso, sea de combatir intuitivamente lo que está allí y que no le satisface, o de aceptarlo. Desde el momento en que lo acepta, empieza a vivir no su vida, sino la vida de sus padres, de su familia, de su sociedad, de su ambiente. Aunque yo soy optimista,

creo que cuando llegamos a la desilusión total, es el momento del cambio, porque llegas al extremo y te levantas y vuelves con una fuerza renovada.

J. A.-*Eres muy hegeliano filosóficamente.*

-Sin duda. Creo que la manifestación aparente de la juventud, lo que vemos, es que esta juventud ya se ha dado cuenta del manual y va a cambiarlo. Ahora estamos en ese momento, porque a veces el manual vence. La generación pasada intentó pasar del manual a través del deporte, de la gimnasia, de todo el mundo de los yuppies. A esta generación la veo distinta, advierto algunos indicios, no sé exactamente cuáles, pero creo, por ejemplo, que la búsqueda espiritual es uno de los síntomas y que va a haber una rebelión muy sana. Yo creo mucho en el poder de sanación de la religión, creo que estamos ya en un punto, llegado al cual, salta la fuerza de la rebelión sana.

P. G.-*Respecto a lo que dices del manual, lo que a mí me ha ayudado a dar ese salto, a salirme de él, ha sido viajar.*

-A mí también. Sin duda, fue viajar lo que me hizo pegar el salto, cuando tenía tu edad.

M. C.-*Me pregunto si eres un creyente de la humanidad. Por ejemplo, La Quinta Montaña es un texto bíblico y sobre eso desarrollas una historia donde metes tus pensamientos; es como si mantuvieras un equilibrio entre lo humano y lo espiritual, no sé si porque es tu estilo o porque quieres llegar a todo el mundo, no quieres radicalizar.*

¿Quieres decir que sólo teniendo a Dios ocurre lo que tú vives, o haces una pequeña historia para que todo el mundo pueda captarlo, como diciendo, Dios es la humanidad misma?

-Principalmente, lo que se ve en *La Quinta Montaña* no es Dios, sino el silencio de Dios, es el momento en el que Dios no habla, en el que Dios dice: «Yo voy a ayudarte pero después de que tomes las decisiones que tienes que tomar.»

M. C.-*Claro, es que lo que acabas de comentar, que en tu vida te han pasado muchas cosas, tiene que ver con la confianza más que con la suerte, porque en el momento en que empiezas a confiar, empiezas a ver. Sin confianza tienes los ojos cerrados, y es en el momento en que das un paso y te tiras a una opción que tú no hubieras dado, cuando empiezan los signos y comienzas a dar sentido a tu vida.*

P. G.-*Pero es confiar en algo que tampoco sabes qué es.*

-No, nunca lo vas a saber.

P. G.-*Es algo que funciona, simplemente. He llegado a un momento, -tampoco ha sido el viaje en sí sino que el viaje ha sido un detonante para muchas cosas- en el que he podido encontrar algo que a mí me libera y que me hace ser feliz.*

-Tú sabes que en muchos de mis libros trato el tema del viaje, ¿por qué?, primero porque yo pertenezco a la generación del viaje, la generación hippy, que vivió viajando, comunicándose con otras culturas. Y el viaje tiene un aspecto simbólico muy fuerte en la vida de las personas. Primero, cuando viajas ya no eres más tú, tienes que estar abierto, si encuentras a Juan Arias en un café y empiezas a charlar, dirás: éste quiere ligar y cosas así, pero si i estás viajando estás totalmente abierto porque sabes que las experiencias del viaje no son los monumentos ni los museos ni las iglesias. Yo pocas veces visito esas cosas. Lo hago sólo si me apetece mucho. Decía muy bien Henry Miller que una cosa es que te digan Notre-Dame es fantástica, tienes que verla, y vas a Notre-Dame y sí, es fantástica, pero notas que fuiste a verla porque otros te indujeron. Sin embargo, si doblas una esquina y te encuentras de bruces con Notre-Dame, la tienes totalmente porque la has descubierto tú. Muchas veces, maravillas del viaje son pequeñas iglesias que no están en los manuales, pequeños rincones, lo que sea que descubres tú. Eso de las guías a veces me produce pavor.

J. A.-*Como nos pasó a nosotros en Venecia, que encontramos rincones y lugares increíbles y yo ya había ido mil veces a Venecia, pero siempre con guías. Esta vez dijimos: vamos a perdernos, y encontramos rincones maravillosos impensables, y escenas estupendas como la de un anciano que debería de tener noventa años que*

caminaba encorvado por una calleja solitaria. Se oían sus pasos, eran los pasos emblema de una humanidad cansada y a veces abandonada a su suerte.

-Es eso, el entregarse, el tener confianza, porque estás viajando, sabes que en el viaje lo que te va a conectar con la ciudad, con las cosas, es tu experiencia individual y, lo segundo, las personas. Vas a disfrutar de un país porque las personas son gentiles, amables, te ayudan, o vas a detectar lo más bonito que existe, sabes que tienes que estar abierto a las personas y te abres, ya no estás protegido por tu ambiente, eres un ser humano, con la condición esencial del ser humano que es la soledad, aunque estés con alguna persona, pero estás solo igualmente.

»Aquí yo tengo a mis amigos, los veo, voy a la playa, camino por ella, pero hay una tendencia a ver siempre a las mismas personas, a hablar de los mismos temas. Pero si estoy en Taiwan, puedo decir que es un horror de ciudad, pero al final salimos a verla y hablas con la primera persona que encuentras, discutes con el taxista, conectas con otra...

J. A.-*Es verdad, por eso dicen que viajar es la mejor universidad de la vida. Puedes haber leído montones de libros sobre una ciudad, pero hasta que no vas no te das cuenta de que todo lo que has leído no te ha servido de mucho.*

-Exacto. Las otras dos cosas son que sales de tu ambiente, no estás rodeado de tu seguridad, eres independiente, estás perdido, necesitas la ayuda de los otros, esto también es parte de la condición humana, que te dejes guiar, como en *El Alquimista*, que puede estar de viaje, pero ese viaje depende de las personas que le ayudan a encontrar su camino, aunque su camino esté ya escrito.

»Tienes una relación con lo físico y con lo metafísico que no comprendes muy bien, como no comprendes el valor del dinero, algo que es un valor tan arraigado e importante en tu vida, algo muy metafórico, porque cuando viajas ya no sabes lo que es caro, lo que es barato, quizá te parece muy caro y resulta que es muy barato, o al contrario, estás todo el tiempo haciendo cálculos.

»La otra cosa es que tienes que simplificar tu vida al máximo porque no vas a llevar contigo el peso de tu vanidad y aligeras tu maleta al máximo. Yo, que siempre estoy entre aeropuertos, llevo una maleta pequeñita, porque sé que el equipaje pesa y me doy cuenta de que puedo vivir el resto de mi vida con esta maletita minúscula.

J. A.-*Roseana vino a Madrid para quedarse tres meses y yo me quedé muerto porque traía una maletita de esas que no se facturan.*

-Y otra cosa de la que te das cuenta es que lo que necesitas para tres meses lo necesitas para tres días, viajas con la misma pequeña maleta. Toda esta simbología del viaje va tocando cosas muy hondas en tu psicología, por eso todas las religiones, de una manera o de otra, tienen como importante la peregrinación y el despojarte de lo superfluo.

J. A.-*Otro problema de los viajes es que tienes que hacer un esfuerzo por entender lenguas que no conoces.*

-Es parecido a lo del equipaje. Cuando viajas, estás obligado a simplificar mucho tu vida porque al cabo de unos días ya no tienes vocabulario para hablar con la gente. Pero teniendo que simplificar el lenguaje, te obliga a simplificarlo todo, incluso dentro de ti. A los veinte años hice un viaje por todo Estados Unidos. Entonces apenas si sabía unas palabras de inglés básico, pero al final del viaje me sentía más sencillo, porque no tenía palabras para discutir los grandes problemas existenciales y debía reducir mi lenguaje a lo elemental. Y eso es una gran disciplina.

M. C.-*Y el viaje es una sacudida, porque las señales pueden estar, y de hecho están, donde vives. Lo que pasa es que, a lo mejor, un viaje o algo fuerte te hace que veas lo que antes no habías visto, aunque lo tuvieras delante.*

A. G.-*Quería plantear que en la historia personal de cada persona, uno nota que va creciendo, pero ese crecer muchas veces duele. Cuando era pequeña me dolían las piernas y el problema era que estaba creciendo y, justamente, a mí me pasa ahora eso, que cuando leo tus libros, me duelen.*

-¿Cómo es eso de que yo te duelo?

A. G.-*Pues que tus libros son para mí un continuo enfrentarme conmigo misma. Y veo que por un lado crezco, pero por otro, el cambiar las cosas duele también, porque no se trata sólo de meter cosas dentro de mí, de enriquecerme, sino también de limpiar mi alma de lo que sobra en ella.*

-Esa es muy buena definición. Conan Doyle, con Sherlock Holmes, en su primer libro, da un ejemplo muy extremo: cuando el doctor Watson se encuentra con Sherlock Holmes y están discutiendo una cosa que todos conocen, como que la Tierra es redonda, Sherlock Holmes se muestra muy sorprendido y dice: «¿que la Tierra es redonda?». «¡Claro!», dice Watson, «¿pero es que no lo sabes?». «¡No! ¡Nunca había pensado en eso, y lo voy a olvidar lo más rápidamente posible porque mi mente no puede asimilarlo, tiene un espacio limitado!» Entonces, sé que la Tierra es redonda, pero como no me va a ayudar mucho en la vida ni en mi trabajo, lo voy a olvidar muy rápido y voy a registrar cosas más relacionadas con mi trabajo. Por lo tanto, no es solamente una cuestión de añadir sino de quitar también, y de quitar cosas que están allí porque las colocaron a través de un proceso muy inconsciente del manual, como dijimos.

P. G.-*Justamente hablando de la juventud, hablábamos de que hay gente a quien le cuesta mucho leer libros que les hagan plantearse estas cosas, que cuestionen tu vida o quién eres. Es un miedo muy humano. Es decir, me puede doler avanzar, me puede doler cuestionarme quién soy. Tengo amigas que me comentan eso, lo hablamos el otro día cenando. Personalmente, prefiero darme cuenta de que soy un desastre, pero seguir buscando, a decir: no voy a mirar, por si acaso me encuentro algo que no me gusta. Tengo amigas a quienes les da miedo leer libros que les obligan a hurgar dentro de ellas. Por eso quería preguntarte si crees que todo el mundo tiene capacidad para saltarse el manual y por qué.*

-Déjame que te cuente una experiencia que tuve en el camino de Roma, llamado también el camino femenino. Cuando empecé a hacer este camino pasó una semana, unos diez días, no sé, y empecé a ver lo peor de mí, lo más horrible; me veía mezquino, tenía ganas de vengarme, los peores sentimientos. Entonces fui a hablar con la guía del camino y le dije: «Estoy aquí haciendo un camino sagrado, dando lo mejor de mí, y en vez de cambiar para ser mejor, estoy cambiando para ser un ser humano pequeño, mezquino.» Me dijo: «No, no, eso es ahora, después viene la luz, estás viendo cómo eres ahora realmente, no has cambiado para sentirte eso, has empezado a ver mucho más claramente la pequeñez de tu mundo y eso siempre vuelve las cosas muy claras.»

»Porque si encendemos las luces vemos las arañas, el mal, y entonces las apagamos, porque no queremos ver las cucarachas. Pasamos por ese proceso de crecimiento doloroso, porque lo primero que vemos no es lo mejor, sino lo más oscuro de nosotros, pero después llega la luz.

M. G.-*Yo me he dado cuenta, sin embargo, de que hay que quererse a uno mismo incluso con esas pequeñas cosas que pensamos que son malas, porque cuando tú misma te dices, qué mala soy, empiezas a ver lo pequeña que eres, lo tonta que eres.*

»Por eso me molesta que cuando un niño pequeño hace una chorrada y tira un vaso al suelo, le digan: ¡qué mono, qué gracioso!, mientras que si tú tiras un vaso te dicen: ¡eres imbécil!

»Lo cierto es que no nos queremos, y el decir qué malo soy es porque no te quieres; te tienes que querer también en la pequeñez. Así que yo creo que no se trata sólo de cambiar, sino de tener conciencia de que soy pequeña, frágil, pero que me tengo que querer lo mismo y que la gente me tiene que aceptar como soy.

-Te diría otra cosa. No lo veo tanto así, a mi juicio todo es movimiento, por lo que siempre existe el cambio. Sin embargo, lo que nos paraliza es la culpa. Ves las cosas y te quedas paralizado por la culpa, no te crees digna.

Yo mismo, lo primero que hice aquí fue decir: ¡qué hijo de puta soy!, para que no creáis que estáis ante un sabio que tiene todas las respuestas, sino ante una persona normal. Con eso me ayudé a mí mismo. Para evitar que yo os creara una imagen de mí mismo falsa y para que me aceptaseis desde el primer momento como soy. Y eso sin idiotas sentidos de culpa.

M. C.-*Pero primero es quererse y luego no tener miedo a mostrarte como eres. Porque hay muchos tapujos: eso no se hace, eso no se dice, eso otro no te conviene decirlo, etcétera.*

-Sin duda.

A. G.—*Creo que la base para dar ese salto es aceptar que tienes derechos, que humanamente tienes la posibilidad de ver más allá del manual ese.*

-Y que no hay pecado. Por eso pienso mucho, por ejemplo, como católico que soy, en el primer milagro de Jesucristo, que no fue un milagro políticamente correcto, no fue curar a un ciego o hacer caminar a un paralítico, fue transformar el agua en vino, una cosa muy mundana, muy profana, simplemente porque no había más vino; no era algo necesario para salvar la humanidad, no. En las bodas de Canaán se había acabado el vino y Jesús se preguntó «¿Qué hago?». Y no lo dudó: tengo poderes para transformar el agua en vino y lo hago. Y además la convirtió en un vino soberbio. Para mí, con este símbolo, quiso decir: Fijaos, aunque yo voy a pasar por momentos de gran dolor, el camino es el de la alegría y no el del dolor. Lo inevitable está ahí, nos espera, como en *La Quinta Montaña*, no lo podemos evitar, pero tampoco lo buscamos.

J. A.-*Ése creo que es uno de los errores de algunas religiones, poner el sacrificio como un fin. Siempre digo que en el Evangelio, Jesucristo cada vez que encontraba un dolor lo quitaba. Podría haber dicho: te va muy bien, quédate con él y con él podrás santificarte. No, él no soportaba ver a nadie sufrir y curaba todas las enfermedades, sobre todo a los más pobres, que son los que más sufren.*

-Estoy totalmente de acuerdo. Todos los dolores con los que tuve que enfrentarme en mi vida no los pude evitar, pero tampoco los busqué como un sacrificio. La palabra sacrificio viene del oficio sagrado, tiene mucho más que ver con tu compromiso hacia algo que estás haciendo. Hay momentos en que necesitas renunciar a algo para poder elegir una cosa, pero el sacrificio en cuanto a renuncia por sí misma no tiene sentido.

M. C.-*Es que creo que no está bien planteado, lo primero no es el sacrificio sino el sentirte amado, y a partir de ahí cambia todo. Por eso creo que los misioneros dicen que les da igual, que no les importa ni el sacrificio, ni el dolor, porque se sienten amados.*

J. A.-*Es que eso ya no es un sacrificio. El amor conlleva sacrificio porque conlleva que tienes que renunciar, que tienes que aceptar al otro, pero es tal la compensación que arrastra que ya no lo puedes llamar sacrificio. Ese sacerdote que aquí en Río de Janeiro da de comer cada día a cuatrocientos mendigos, se siente feliz. Evidentemente, la suya no es una vida bonita: estar buscando cada día comida para cuatrocientos mendigos y convivir con ellos. Pero no dudo que se sienta feliz de verdad, porque lo que para cualquiera de nosotros sería un sacrificio, para él ya no lo es. Ahora, si él lo buscara como un sacrificio, entonces sería un masoquista.*

M. C.—*Y eso no sería sano.*

J. A.-*Y no sería feliz.*

M. C.-*Por ejemplo, cuando me confundo al aprender una cosa y me dicen: «¡Venga, repítelo!», ya verás como te sale», lo repito y tan a gusto, hasta que lo haga bien, pero si te dicen: «¡Tú eres tonta!», entonces me voy, porque te predisponen a hacerlo mal.*

P. G.-*Me gustaría volver al concepto de viaje, que es algo que te hace más libre. Pero yo veo un problema, porque mientras estás en ese viaje es más fácil ser libre, buscar tu propia identidad, encontrarte contigo misma, y es todo muy enriquecedor, es como sentirte enamorado. Me leí un libro sobre el amor, que se llama Te amo, y yo he*

identificado ese viaje como un enamoramiento que de repente te libera de tantas cosas. Ahora bien, el problema viene cuando vuelves del viaje a la realidad de cada día. Para mí, el mayor esfuerzo y lo que todavía me tira hacia el manual - porque todavía me siento en esa contradicción- es tener que convivir con gente que no ha descubierto lo mismo que yo. Por una parte, me encantaría que ellos también pudieran descubrirlo, pero también me pregunto si tienen que descubrirlo.

-Sí, porque ahí está el gran problema. Yo lo veo aquí en la playa, por la mañana está totalmente vacía, llega una madre con su niño y se sienta, llegan unos jóvenes que juegan con un balón, luego llegan las guapísimas que quieren ligar con sus biquinis pequeños, y la próxima madre que llegue no se va a quedar cerca de las guapas, porque se va a sentir un poco fea, ni junto a los que juegan a la pelota, porque ella no va a jugar; entonces se sienta, naturalmente, junto a la otra madre. Los niños empiezan a jugar, llegan los guapos que se sientan junto a las guapas. La playa empieza a arreglar su universo, ¿comprendes?, y poco a poco se forman las tribus, la de las madres con niños, la de los guapos, la de los que quieren ligar. Se forman naturalmente, pero eso necesita su tiempo para que las cosas se vayan ubicando hacia su organización natural. No podemos cambiarlo, las madres con sus hijos son las madres con sus hijos, los deportistas quieren deporte y están contentos, su manera de adorar a Dios es ésa. Existe un proceso de identificación.

»Por eso hablo mucho del guerrero de la luz, donde de repente descubres una mirada de alguien que intuyes que quiere las mismas cosas que tú estás buscando, y eso aunque seamos imperfectos, con muchos problemas, con nuestros momentos de cobardía. Sentimos igualmente que somos dignos, que tenemos la capacidad de cambiar y caminamos.

»No se trata, Paula, de convencer a las personas, sino de encontrar a otra persona, que está también por allí sintiéndose solitaria y pensando en las mismas cosas que tú, ¿me entiendes? ¿Soy claro?

P. G.—*El problema es que hay pocos, o por lo menos yo he encontrado pocos.*

-Hay muchos, y es curioso cómo un escritor o un libro es en gran medida este elemento catalizador. Si lees a Henry Miller, adviertes que algo tienes en común con esta persona; si lees a Borges, lo mismo. Entonces, un libro, una película, la obra de arte en general, tienen un efecto catalizador muy grande, porque sirven para ayudar a reconocer que no estás sólo, que hay alguien que piensa como tú.

J. A.—*Por ejemplo, si ves a una persona en un avión con un determinado libro, ya sabes que con ella puedes hablar.*

P. G.—*Una vez, yendo en tren a Zaragoza a ver a mi familia, iba con mi padre y con mi abuela, y justo me tocó a mí sentarme junto a una chica jovencita que llevaba el libro de Brida. El día anterior había estado en la Feria del Libro de Madrid y estuve decidiendo si me compraba La Quinta Montaña o Brida, al final, no sé por qué, cogí La Quinta Montaña, y cuando me senté en el tren, miraba a la chica a la que no conocía de nada y a su libro, y pensaba: «Fíjate, qué casualidad, estuve ayer precisamente mirando ese libro.» Al final, no me aguanté y se lo dije y ella me respondió: «Yo estuve pensando si me compraba La Quinta Montaña o Brida. ¿La Quinta Montaña?, mira, lo llevo aquí en el bolso.» Y resultó además ser hija de una amiga de mi tía, que vivía en Zaragoza. Yo ya miraba para ver dónde estaba la cámara oculta, porque pensaba, esto tiene que estar preparado.*

-Te comprendo perfectamente, porque a veces yo también he tenido esa sensación de que había alguien filmando lo que me estaba ocurriendo.

P. G.—*A veces me pasa que abro la Biblia al azar y parece como si te estuviera hablando a ti personalmente y te dices ¿pero cómo podrá ser?*

-Es lo mismo que te conté del taxista. Es lo que pensaba, como si un ángel utilizara la boca de los otros.

J. A.-*Pero lo del libro es muy significativo, porque si ves a una persona con un cierto libro que tú amas, con esa persona puedes hablar inmediatamente. Si lee un libro que no conoces de nada, no te atreves, pero si es un libro que tú conoces bien adviertes en seguida que está en tu misma onda.*

-Paula, ¿eres de Zaragoza?

P. G.-*Toda mi familia es aragonesa, pero Ana y yo nacimos en Madrid.*

J. A.-*¿Y tú, María?*

M. C.-*Yo soy también de Madrid.*

P. G.-*Yo estoy estudiando Arquitectura y me interesa mucho el arte, me parece que el arte moderno tiene muchas pasiones concentradas y que si tienes la suerte de conocer a alguien que haya pintado, ves que un cuadro habla mucho de emociones de la gente de hoy en día. ¿Qué piensas tú del arte moderno?*

-Creo que el arte es siempre una traducción de una generación, de los sentimientos de una generación hacia sus contemporáneos.

P. G.-*Yo también opino así.*

-Claro que llega un momento clave en el que hay que separar lo que es arte y lo que es moda. Creo que hay muchas maneras de contar una historia y que la arquitectura es una de las más increíbles, porque la gran historia de la humanidad está contada por la arquitectura. Hay muchas teorías, hay muchos libros que hablan de los edificios, donde todo el conocimiento se refleja. Y eso ya desde las pirámides, pasando por las catedrales góticas, qué sé yo, donde se ve claro que no solamente se intenta construir algo. Allí está la vida de la época, la historia, las creencias y la manera de intentar pasar a la próxima generación lo que ya sabíamos, no una moda sino lo mejor de nosotros. El arte moderno tiene sus exageraciones. A veces tiene poco que ver con el arte como tal, que es la capacidad de tocar el corazón, no la de mirarse el ombligo. Existe una tendencia que se llama arte, pero que no es arte; el arte no es más que transmitir a la caravana de la vida lo que hemos conocido mientras vivíamos.

J. A.-*En el fondo el arte es un viaje.*

-Yo veo la vida, utilizando la metáfora del viaje, como una caravana que no sé de dónde sale ni adonde va a llegar. Mientras viajamos, nacen los niños en la caravana y escuchan las historias de la abuela que vio cosas, luego muere la abuela y los niños se convierten en abuelos y cuentan su período del viaje y mueren. La historia va transmitiendo de generación en generación, directamente al corazón, la experiencia de esa generación; y el arte, en general, es nuestra manera de transmitir -por utilizar un término alquímico- la quintaesencia de las cosas, porque no te puedo explicar cómo era el mundo en 1998, donde tres chicas de Madrid, un periodista de *El País*, una poeta, otro gran poeta, nos encontramos. No podemos explicar eso.

»Sin embargo, tenemos la poesía para decirlo, tenemos la pintura, tenemos la escultura, un edificio, a donde trasladas tu emoción. Un día, tus nietos van a pasar por delante y van a ver lo que tú creaste desde el interior como arquitecta, y no van a percibir, quizá, toda la historia, como tampoco podemos saber quién cogió estas uvas, pero lo van a disfrutar como lo disfrutamos nosotros. Eso es la quintaesencia.

J. A.-*En el libro de mis conversaciones con el filósofo Fernando Savater, él dice que construimos y dejamos todos estos rastros, el arte, la arquitectura, todas estas cosas, porque sabemos que tenemos que morir y que por esa razón, los animales, como no saben que tienen que morir, no dejan huella. Y de ese modo nace la cultura.*

-Quizá sea por nuestro anhelo de eternidad por lo que tenemos hijos y construimos cosas, aunque creo que va más allá de esto porque si no, no tendríamos artistas con hijos, porque desde el momento en que tienes hijos, ya sabes que estás dejando algo muy sólido. Creo que dejamos estas cosas para compartir, porque amamos la vida; no porque vayamos a acabar, sino porque hay algo de amor en nosotros que queremos compartir. Este amor nos llena y, desde el momento en que nos llena, lo primero que nos inspira es la necesidad de darlo a conocer.

A. G.—Y también que tenemos que contarlo, porque los escritores tenemos esa función, la de contar la vida.

-De experimentarla. La recibes, la transformas y la compartes. Como he dicho en el *Diario de un mago*, el ágape es el amor que está más allá del amor, y eso lo tienes que compartir.

J. A.—Ahora que hablas de eso, ¿cómo distingues entre ágape y eros? Porque en *Diario de un mago* distingues tres tipos de amor.

-Eros es el amor entre dos personas, filos es el amor por el conocimiento y ágape es este amor que está más allá del hecho de que me gusta o no me gusta, el amor del que Jesús hablaba cuando decía: «Amad a vuestros enemigos.»

»Hablamos mucho del enemigo, del adversario, y yo le decía a Juan que puedo amar a mis enemigos y matarlos simbólicamente sin ninguna piedad. Ésa es mi verdad personal, es mi manera de ver la vida; veo la idea del antagonismo como el centro de la creación. La vida es una lucha, el buen combate, que está muy presente en *El Peregrino*, que no es bueno ni malo, es un combate, es todo el tiempo un enfrentamiento de energías, y si yo realizo un movimiento estoy afectando a cincuenta átomos o moléculas de aire, que afectarán a otras y resonarán en el rincón más lejano del universo. Todos los movimientos que realizo, todas las cosas que digo, todo lo que pienso es el producto de un conflicto entre algo y algo, y eso está en las bases de la creación, en el momento que conocemos las referencias del *big-bang*, la explosión en el inicio del conflicto.

»Cuando tenía no sé cuántos años, quizá dieciocho, leí un libro que me marcó mucho: se llama *Mahabharata*, es un libro sagrado, un clásico. Este libro forma parte de una epopeya, es una epopeya de la India, su historia, luego se hizo una película muy aburrida. Es algo como el *Quijote* para vosotros.

»Llega un momento en que va a haber una guerra civil porque el rey legó el reino a su sobrino en lugar de legarlo a su hijo. El hijo protestó y dijo que iba a luchar. El sobrino aceptó: nos enfrentaremos. Iba a ser una guerra civil. El rey, que es ciego, está en lo alto de la montaña sobre el campo de batalla con los dos ejércitos, el del hijo y el del sobrino, y va a empezar la batalla, con los estandartes, los guerreros, los arcos, las flechas, etc. En aquel momento llega Dios, que va a contemplar la batalla. El general de uno de los ejércitos coge su carro, sale de su ejército, va al centro de la batalla, tira su arco, sus flechas, se vuelve hacia Dios y le dice: «¡Qué horror!, lo que va a pasar aquí es una carnicería, vamos a matar, a morir, esto es una guerra civil y hay gente buena de un lado y del otro, esto está dividido. Mi maestro está en un lado y mi madre en el otro, vamos a provocar una matanza. Así que yo no voy a luchar, me sacrifico aquí.» Y Dios le responde: «Pero ¿qué haces? Estás al principio de una batalla. No es el momento de tener dudas; si la vida te puso en este momento de lucha, lucha, ve y empieza a luchar, después discutiremos todas estas cosas, pero en este momento tienes ante ti una batalla.»

»En realidad, Dios le está diciendo: la batalla que tienes ante ti es parte del movimiento del mundo. Eso forma parte de este conflicto saludable entre todas las fuerzas del universo.

J. A.—O sea, que concibes el mundo en clave de batalla.

-Si llevas las cosas al extremo, todo es conflicto, pero no en el sentido de la batalla del mal combate, sino del buen combate, del movimiento, de las cosas que te empujan hacia eso que mencionabas ahora. Que el viaje termina, llegas a tu casa y te preguntas, ¿y ahora qué? Y nace el conflicto, pero es un conflicto positivo, porque es lo que lleva a seguir hacia adelante.

J. A.— Quieres decir que no puedes dejar de elegir.

-Tú puedes elegir entre los dos caminos clásicos, la meditación o el buen combate, pero tienes que elegir. Si eres un monje trapense o budista o lo que sea, te internas en un convento y te dedicas a meditar todo el tiempo, pero si eres una persona con necesidad de acción, vas a ser jesuita, que es una espiritualidad más de batalla. Pero tienes que elegir entre el yoga de la acción o el yoga de la inacción. No puedes pararte, porque no hay mal

ni bien, como dijo Dios en aquel momento, lo que hay es movimiento. Y en la medida en que hay movimiento, muchas veces vemos las cosas como mal o como bien.

J. A.-*Pero a veces no es fácil distinguir entre las fuerzas del bien y del mal.*

-Cuando estás en un combate, claro que percibes las fuerzas negativas, por llamarlo de algún modo, y luchas contra ellas. Hay una escena de *A orillas del río Piedra* donde hay algo que me pasó a mí. Estaba en Olite, quería entrar en la iglesia, estaba con una guía española, de Zaragoza, fantástica. Llegué, la puerta estaba abierta, quise entrar y un señor que estaba junto a la puerta me dijo: «No puede entrar.» «¿Cómo que no puedo entrar?», le dije. «No, porque son las doce y está cerrada.» Se lo pedí por favor, le expliqué que no era de España, que estaba muy pocos días en el país y que me dejara entrar cinco minutos. «No, no puede entrar porque son las doce. Se vuelve a abrir a las tres.» Le volví casi a suplicar que me dejara entrar unos minutos para rezar. «No, no.» «¿Cómo que no?», dije. «Ahora voy a entrar y usted me vigila.» Porque no había ninguna lógica, él estaba allí sin hacer nada, iba a estar toda la tarde.

»Aquel hombre que estaba allí era el símbolo del momento en que tú tienes que decir no a algo que se opone a la ley, a la autoridad, a lo que sea. Es el momento en que aparece la figura del adversario y es el momento en que, simbólicamente, el guerrero lo está matando, el viajero lo mata o lo matan a él, pues podría haber sido mucho más fuerte que yo y matarme; yo pasé una humillación horrorosa, pero me gusta el combate.

J. A.-*Es algo parecido a lo que Jesús les reprochaba a los fariseos cuando sus discípulos quebrantaban el sábado porque éste fue creado para el hombre y no el hombre para el sábado.*

-Exactamente. Hay dos energías en juego. Eres implacable, porque sigues y no mides las consecuencias, estás más allá, ese salto al abismo del que hablábamos, la confianza. No estoy hiriendo a este señor, no le estoy impidiendo que se marche porque es su hora de comer o porque se tiene que ir. No, él me impide entrar sólo porque cree que la ley lo impide. Yo no lo acepto. Olvido la ley y lo mato simbólicamente.

J. A.—*¿No crees que también tiene que ver con la escena del Evangelio en que Jesús desobedece a sus padres?*

-Sin duda, Jesús se enfrentaba con frecuencia con María y con José.

J. A.-*Cosa que choca un poco a muchos católicos.*

-Y cuando su madre va a verlo y dice que le avisen, que está allí su madre, responde: «¿Mi madre? ¿Quién es mi madre?»

P. G.-*Yo antes pensaba también que sonaba un poco a rechazo a su madre y a sus hermanos, pero entiendo ahí más una apertura de miras, no un rechazo.*

J. A.-*No. Significa decir, yo tengo que seguir un camino y no me lo puedes impedir.*

P. G.-*Pero es una apertura de miras. Creo que, a lo mejor, entendido desde nuestro tiempo, podemos pensar que si yo le digo eso a mi madre, le sentaría mal, pero si se entiende como apertura de miras, no se puede tomar mal.*

J. A.-*Si no lo dices por miedo a que tu madre quede mal o te impida seguir tu camino, eso sí es escoger. Es lo que dice Paulo, ahí tienes que escoger, tienes que decidir seguir tu camino, aunque hagas sufrir a tu madre. No se trata de que no la quieras, es un conflicto entre el amor que le tienes, que no se lo niegas, y el amor que me tengo a mí mismo, que me hace seguir mi camino. En ese conflicto tú tienes que decidir.*

-Este conflicto con la familia es básico. Yo hablo mucho en mis libros de mis conflictos con mis padres, que fueron radicales. Sin embargo, tengo que darles las gracias, porque ellos también se enfrentaron a mí, y me educaron, se opusieron a mí y se produjo el buen combate.

P. G.-*Estás hablando de vivir en cada momento. Hay un camino, pero luego también hay muchas cosas que vivir, no se trata de sigo por aquí y pase lo que pase, porque en cada situación decidirás si entras en la iglesia o no entras, ¿o crees que hay que enfrentarse a toda costa?*

-No, el enfrentamiento total no, eso te dura un día y se te acaba la energía. Por eso, en *La Quinta Montaña* se da el balance entre el rigor y la compasión durante todo el tiempo, hay momentos en que tienes que decir no y momentos en los que tienes que dejarte guiar, y totalmente, hasta ver adonde te llevan. Eso no tiene nada que ver con tu poder de decisión, no es dejar de decidir; decido si me voy a dejar guiar, o decido si me voy a enfrentar, pero decido, no me quedo en el cruce.

J. A.-*Eso aparece como sagrado en todas las religiones.*

-Sí, desde Mercurio, que era el dios de la encrucijada. Aquí, en Brasil, si sales los viernes por la noche, ves que todavía se pone la comida en las encrucijadas de las calles, porque es allí, en todas las religiones, donde están mirando los dioses.

M.C. -*Estuvimos el otro día hablando en casa de lo del cosmos y el caos. Hablamos de que sólo había cosmos, que el caos formaba parte del cosmos, que todo tiene sentido. Además, estuvimos hablando de un ejemplo de Río, que existe un contraste tremendo entre lo que es esta parte de la ciudad, la parte rica, y lo que son las favelas. Es un ejemplo de que el caos también es el cosmos. Incluso las encrucijadas son cosmos, son los momentos críticos de los que hablas tú. Sabemos que hay que optar por un lado u otro, pero incluso quedarte una vez a la mitad es dar un salto, a lo mejor, hacia algo que ya no conocías, será malo o será bueno, pero también es importante un momento así.*

»*Además, es darte cuenta de que, por mucho que vayas decidiendo en tu vida, siempre hay algo que te falla, y quizá es que eres pequeñito y sigues fallando y que quizá no era por ahí, que tienes que cambiar en los momentos críticos.*

-Ese es el problema, María. Mucha gente me pregunta: «¿Y si en tu vida hubiese pasado esto o aquello...?» Mi diccionario no contiene la palabra «si», el condicional. Contiene no sé cuántos miles de palabras pero ese «si» no está; ese «si» condicional me puede destruir, porque si en el momento en que elegí mi camino, o tomé una decisión, lo hago, puede salir bien o mal, pero es una decisión. Pero si pienso: «¡Ah, si yo hubiera hecho eso...!», entonces lo estropeo todo.

M. C.-*Pero es que, en mi opinión, el problema es que podemos decidir que hay que hacer un camino, pero no se sabe nunca si es bueno o malo. Entonces, quizá la duda también es algo bueno. En el momento crítico, no sabes si es bueno o malo.*

-Perdona, María, pero ahí estás hablando de la confianza, la duda no tiene nada que ver con la confianza. La duda es el momento de la decisión, pero tienes confianza, ¿comprendes? Vas a seguir teniendo dudas toda tu vida. Yo las he tenido siempre y cada vez son más grandes, pero no me impiden tomar una decisión. La duda no es si me equivoco o no me equivoco. Luego puedes reflexionar. Lo que he visto a lo largo de mi vida es que siempre existe la posibilidad de corregir, siempre hay una segunda oportunidad.

M. C.-*Gracias a Dios que existe siempre esa posibilidad de corregir.*

-¡Gracias a Dios!

M. C.-*Pero de lo que estamos hablando es de después de que hayas dado el salto y hayas tomado una determinación, gracias a que tú tuviste dudas, o al tiempo anterior al cambio, cuando uno retoma su vida. Eso son dudas, crisis, cruces de caminos. Quizá el no poder hacer lo que tienes entre manos es lo que te hace buscar o viajar o hacer o provocar un conflicto que te lleve a encontrar un camino. Por tanto, esa crisis ha sido buena.*

-Las crisis siempre son buenas porque son los momentos en los que tienes que tomar una decisión.

P. G.--*Tengo una amiga italiana que va a venir a Río, estuvo conmigo en Inglaterra cuando estuve haciendo mi viaje, y me dijo: «Siempre he estado muy obsesionada con la perfección, aunque no lo sabía. Muchas veces engañaba a la gente y conseguía que se me viera muy perfectita.» «Paula -me decía-, yo soy de formación clásica, soy romana, y tú sabes lo que significa la palabra perfección. ¿Lo sabes?» Le contesté que no. «El ser perfecta -me explicó- significa ser completa, y la persona no sería completa sin la parte mala, pero lo sabe llevar en equilibrio. Eso es ser perfecta.» Eso te libera mucho, te permite aceptar tu humanidad, ver que eres lo que decía María, tu caos y tu cosmos.*

-Incluso Jesús, cuando alguien le dice: «Eres bueno», se enfada. «Sólo Dios es bueno», dice Jesucristo.

M. S.-*Los chinos ven la palabra crisis como oportunidad.*

P. G.-*Mi novio, antes de venirme a Río, en el aeropuerto, me dijo justo esa frase. No utilizó la palabra crisis sino problema: «Paula, los chinos ven la palabra problema como oportunidad.»*

M. S.-*Paulo ha hablado de la peregrinación, del camino, como una búsqueda, para encontrar su propia identidad. La pregunta es, ¿se trata de una tarea que acaba en algún momento o es permanente? ¿Es un acontecimiento o un proceso?*

-Buena pregunta, Mauro.

M. C.-*Porque tras esta pregunta se justifica o no el sentido de la peregrinación.*

-Sin duda. Yo siempre he intentado contestarme a la famosa pregunta, ¿quién soy yo?, y ya no vuelvo a intentarlo. Ya no es una pregunta, es una respuesta: Yo soy. Y desde el momento en que soy, tengo que ser. Entonces, no puedo contestar, tengo que ser integralmente. Fue la misma respuesta que le dio Dios a Moisés cuando le preguntó: «¿Quién eres?» «Yo soy el que soy», le contestó. Creo que nosotros somos, y nada más, y aquí estamos. A partir de ese momento empieza la peregrinación. Antes tenía metas, creo que sigue siendo muy importante tenerlas, tener una idea, organizar un poco tu vida, pero entendiendo que el camino es el gran disfrute.

M. S.-*Es decir, que la finalidad es el proceso. Ésa es la gran frustración de muchas personas que, o por peregrinación o por cualquier otra forma de búsqueda interior o exterior, no encuentran el final, porque no entienden el verdadero sentido del comienzo. Hay que tener muy presente que aquí, por ejemplo, todos estamos haciendo, cada uno a su manera, una búsqueda por motivos particulares. Creo que todos los que estamos aquí entendemos el sentido de ese proceso, pero si colocas aquí a una persona que no entiende el sentido del proceso, aunque esté maravillado por las opiniones que oye, saldrá con una gran confusión.*

-Sí. Hay una poesía -porque aquí cambiamos varias veces los tercios- de Cavafis, un fantástico poeta griego, que se llama «Itaca», que es magnífica, porque Ítaca es la ciudad adonde Ulises tiene que volver después de la guerra. Empieza la poesía diciendo: «Ahora que vuelves a Itaca, espero que el camino sea muy largo...» Y al final de la poesía dice: «Llegarás a Itaca y la encontrarás pobre, pero no te desilusionará porque Itaca te dio el viaje y éste es el sentido de Itaca.» Creo que tiene toda la razón.

»Cuando vi por primera vez la catedral de Santiago fue un golpe. Me dije: «Éste es el sitio al que al principio de mi peregrinaje estaba loco por llegar, pues ahora se acabó, ahora tengo que tomar una decisión.» Hasta allí tenía muy claro que tenía que hacer el peregrinaje, y cuando llegué pensé: «¿Y ahora qué hago? ¿Qué hago con la catedral? ¿Qué hago con todas las cosas?» Entonces, el sentido del viaje es el de los versos de Machado, el poeta español: «Caminante no hay camino, se hace camino al andar.»

M. S.-*Recuerdo que en el funeral de Jacqueline Kennedy, su compañero de los últimos años, su marido, del que se esperaba que hiciera un discurso en un momento tan solemne, se limitó a leer simplemente el poema de «Itaca», que ha citado Paulo.*

-No me digas. No lo sabía.

M. S.-*Se hablaba antes de la encrucijada, del sí y del no, del avance o del retroceso, tomé unas notas y quizá el sentimiento más peligroso del camino es el «tal vez», el «quizá», que admite una reflexión de la*

encrucijada. Es una palabra que paraliza, que interrumpe el camino y que contiene una reflexión hacia el avance o hacia el retroceso, dos formas de acción. Dijiste, Paulo, que esto no tenía nada que ver con la duda, pero hay muchas personas que creen que el «tal vez» es una forma de acción. Cuando estableces una distinción entre duda y confianza, esa duda es saludable, el «quizá» no es saludable, es el que revienta la acción.

A. G.-*El peor drama del ser humano es tener que elegir, porque la verdad es que te gustaría vivir todo a la vez. Vero tienes que elegir.*

-Pero eso es una trampa, porque la verdad es que cuando eliges, vives todo a la vez, todo, todo. En el momento en que ejerces tu poder de decisión ya están todos los caminos concentrados en este camino.

A. G.—*Pero, cuando vas por aquí, ¿no has dejado de vivir lo que podría ocurrir por allá?*

-No. Esto no es una metáfora, es una realidad. Hablábamos del Aleph, todos los caminos son el mismo camino, pero tienes que elegir y vivirás en el camino todos los caminos que no has elegido. Es una metáfora, porque no tienes que renunciar a nada. El camino que has elegido contiene todos los caminos.

»Volviendo a Jesús, decía: «La casa de mi padre tiene muchas moradas.» Todos los caminos llevan al mismo Dios. Para ponerlo en clave muy personal, nosotros tenemos nuestro camino, es nuestra elección, pero puede haber cien o doscientos. Los antiguos decían: «Hay ocho o nueve maneras de morir.» Si eliges tu camino, es tu historia personal, es tu destino, tu leyenda. Lo que no debes hacer es vivir el camino de tu padre o el de tu marido, porque no son tu camino y llegarás al fin de tu vida sin experimentar el tuyo. Los otros no contienen éste, pero éste contiene todos los demás.

»Y ahora vamos a comer y beber un poquito y seguimos...

(El escritor estaba gratamente impresionado por el nivel de la conversación que se había creado con las tres universitarias españolas, y que acabó contagiando a todos los presentes. Coelho propuso interrumpir para tomar unas tapas de jamón y queso y un magnífico vino italiano que le habían regalado.)

A. G.-*Quería preguntarte si no te da miedo haberle contado a Juan para este libro tantas historias íntimas tuyas, porque te vas a quedar desnudo.*

-No, no tengo miedo a quedarme desnudo, al contrario. Creo que ésta es una obligación del escritor, es muy fácil ocultarse detrás de un libro y crear una imagen que después tienes que vivir y te persigue. Ya viví eso en la música: nos impusieron el papel de un personaje, lo viví y dos o tres años después sobrevino una tragedia. Me prometí a mí mismo que nunca iba a ser personaje. Lo soy, pero quiero ser el verdadero, no el que me construyen.

A. Os.-*Tienes que prepararte, porque puede ser un shock para muchos de tus lectores.*

-Lo espero, lo espero. Jesús lo decía muy bien: «Conocer la verdad os hará libres.» Creo que la única manera de ser libres es a través de la verdad. Eso me infunde la capacidad de continuar escribiendo. Quizá lo que estoy haciendo con Juan al contarle toda mi vida, sin ocultarle nada -hasta el punto que espero, después de este libro, no tener que volver a hablar de mi vida en veinte años-, no sea políticamente correcto en estos momentos pero, a largo plazo, me van a respetar y yo me voy a sentir más libre y mis lectores van a comprender que ésa es mi verdad y me van a aceptar como soy, aunque yo siempre estoy en un proceso y en movimiento.

P. G.-*¿Qué buscas cuando escribes?*

-A mí mismo, porque yo soy muchos Paulo Coelho y en cada momento de mi vida he hecho mis cambios interiores y todavía no me comprendo del todo. Yo escribo también para saber quién soy yo en ese preciso momento.

»Después cambio y tengo que escribir otro libro, y así puedo compartir mis muchos cambios, mis muchas facetas, mis muchos matices. En la medida en que soy honesto y sincero -que no es nada fácil, es un ejercicio de disciplina también-, tengo una identidad con mis libros, y si tengo esa identidad con ellos, seguramente podré transmitir más allá de las palabras la energía de esta identidad.

»Quizá la única manera de explicar mi éxito mundial sea eso, que lo que yo transmito es algo que sobrepasa las palabras mismas de mis libros. Pero eso me resulta difícil explicarlo.

M. S.-Hablando del personaje, Gary Cooper tenía que empezar una película en Hollywood, y cuando el director, John Ford, le entregó el guión, Gary Cooper le preguntó: «¿Cuál es el nuevo nombre que el personaje Gary Cooper va a hacer en el cine?» Porque sólo hacía un papel que era el de Gary Cooper. John Ford le dijo que estuviese tranquilo, que iba a hacer una película en la que no haría el papel de Gary Cooper. La hizo en Irlanda. Se llamó Después del vendaval, con Maureen O'Hara. Es la historia de una tradición, que sucedía en una pequeña ciudad, una historia de amor que John Ford tuvo por su origen irlandés. Fue la única película en la que Gary Cooper no fue Gary Cooper, y ganó un Osear.

-Si no hay nada más, ahora yo voy a entrevistar a Juan Arias, porque tengo mucha curiosidad por profundizar en algunas cosas que escribe sobre el papa Wojtyla y sobre el Vaticano.

Las conversaciones a solas con Coelho prosiguieron en los días siguientes, pero he querido que el libro finalizara con este encuentro -conversación con sus inesperadas lectoras- como emblema de los muchos jóvenes que en todo el mundo se interesan por los libros del escritor brasileño y que suelen convertirlos con frecuencia -como antaño sucedía con los libros de Castañeda- en materia de reflexión en busca de su propio destino personal.

Fin

Digitalización: danitos13
Revisión y Edición Electrónica: danitos13.
Misiones - Argentina
1 de Agosto 2004